



BIBLIOTECA POPULAR

Estante.....

9

Tabla.....

5

Número.....

1965

7.173984







**HISTORIA CÓMICA DE ESPAÑA**





R. 2737

# HISTORIA COMICA

DE

# ESPAÑA

POR

LUIS TABOADA, JUAN PÉREZ ZÚÑIGA,  
SINESIO DELGADO, TOMÁS LUCEÑO, VITAL AZA,  
PABLO PARELLADA, MANUEL DEL PALACIO, JOSÉ ESTRAÑA,  
MIGUEL RAMOS CARRIÓN, CARLOS LUIS DE CUENCA,  
LUIS DE TAPIA, AGUSTÍN R. BONNAT,  
ZADIG Y JOAQUÍN BELDA

~~~~~  
TOMO II  
~~~~~



MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1911

—  
ES PROPIEDAD  
—



## PARTE NOVENA

---

CONTINUACIÓN DE LA RECONQUISTA

POR

**José Estraña**

---

**Reyes de Navarra y reyes de Aragón  
presentados todos como en procesión.**

Fueron pasando por el trono de Navarra los Sanchos, los Alfonsos, los Ramírez, los Garcías, los Gedeones y los Piaves, unos por sucesión hereditaria y otros por sufragio universal con pucherazos.

Sancho Ramírez IV estuvo en lucha con Don Ramón Berenguer y Compañía, del comercio de Barcelona, lucha que terminó pactando el matrimonio de éste con una hija de aquél; pero no pudo realizarse la boda por haber puesto impedimento Doña Petronila, una señora aragonesa que, habiendo tenido casa de huéspedes de á dos pesetas con principio, se dejó querer por Don Ramón, el cual, como la debía seis meses de

pupilaje, se había visto obligado al sacrificio de casarse con aquella osa. Así es que cuando la osa supo lo del pacto, fué á buscar á la hija de Sancho Ramírez y la arrancó el moño.

Como la razón estaba de parte de la Petronila, quedó incumplido el pacto, pero surgió la paz.

Subió al trono Sancho VI el Sabio, durante cuyo reinado hubo tal prosperidad en Navarra, que hasta los maestros de escuela comían á diario pate-foigras, langostinos, pavo truffé, piñas de América y salchichón de Vich.

Después de Sancho el Sabio ocupó el trono Sancho el Fuerte, llamado así porque servía de motor á un molino de viento cuando no había aire que lo moviera. No ocurrió nada notable en su reinado, ni se distinguió en otra cosa Sancho VII que en perseguir activamente, por medio de los agentes de orden público, á los *ratas* y á los timadores, desde que, estando un día contemplando un eclipse de sol con un cristal ahumado, le limpiaron el reloj de níquel que llevaba en la escarcela. En todo lo demás fué tan holgazán Sancho el Fuerte, que ni siquiera tuvo familia. Por eso, al morir, á consecuencia de un sabañón maligno que le salió en la punta de la nariz, obligándole á estar encerrado en Tudela, sin dejarse ver de nadie, legó sus estados al rey aragonés Jaime el Conquistador; pero éste, accediendo á la súplica de los navarros, dió la alternativa á Teobaldo, sobrino de Sancho el Fuerte, el cual Teobaldo fué proclamado y ungido rey en la ciudadela de Pamplona. La historia de Teobaldo se reduce á que tomó parte en las Encrucijadas yendo á Palestina, y á que habiéndole excomulgado el obispo de Pamplona, porque mandaba *flores místicas* á *El Motín*, excomulgó él al obis-

po, declarándole traidor, por lo cual tuvo que escapar el reverendo, refugiándose en Calatayud. El caso no era para menos, porque si le coge Teobaldo le teo... balda.

Cuatro años más tarde murió éste, legando la corona á su hijo Enrique I el Gordo, cuya inconmensurable obesidad fué causa de su inactividad forzosa y de que por fin diera un estallido formidable, desinflándose de repente y dejando una niña de dos años, llamada Juana, que había sido reconocida como heredera del trono poco antes de morir el gordinflón de su papá.

En vista de las trifulcas que sobrevinieron entre los navarros sobre á quién había de encomendarse la tutoría de la nena, su madre, la viuda del gordo, que era la antítesis de su marido, una hebra de algodón, se la entregó al monarca francés, que era Felipe el Atrevido, llamado así por sus atrevimientos con las damas de honor de la reina. Dicho monarca se atrevió también á casar á la niña Juana con su hijo Felipe el Hermoso y de esta manera pasó á la dinastía francesa la corona navarra.

Después de Felipe el Guapo gobernaron, sucesivamente, sus tres hijos: Luis Hutin I el Pendenciero, el cual debió este *alias* á su maniático afán de armar camorras con todo el mundo, pero especialmente con los cobradores del tranvía; Felipe V el Largo, á quien dieron esta denominación por lo *guaja* que era, y Carlos I el Hermoso, calificado así porque decían las damas que tenía una caída de ojos irresistible. Fué su hermosura estéril, porque no tuvo fruto de bendición y sobrevino una revolución espantosa, cuyo resultado fué la independendencia de la corona de Navarra, que ciñó Juana II, hija de Luis Hutin, ca-

sada con Felipe, Conde de Evreux, celebrándose con tan fausto motivo grandes fiestas en Pamplona y siendo el *clou* de ellas un concierto que dió en palacio Pablo Sarasate, por el cual sintió la reina tan vehemente pasión amorosa, que para estar cerca de él, se empeñó en que la enseñase á tocar el violín.

### **Mirada retrospectiva al reino aragonés.**

El orden cronológico nos obliga á dirigirla.

Pedro I recogió los últimos alientos de su padre bajo las murallas de Huesca; venció al ejército aliado de navarros y moros; prendió al rey de Navarra con alfileres; plantó en la torre de Huesca su estandarte, que floreció y produjo naranjas de la China; arrebató á los musulmanes el Castillo de Calasanz ó de Calínez; ocupó el pueblo de Barbastro, y murió de un pelotazo que recibió en la nariz, jugando á la pelota en el frontón de Calatorao.

Le sucedió su hermano Alfonso I, el cual alcanzó muchos triunfos contra los moros, siendo el principal de ellos la conquista de Zaragoza, á la que repobló y engrandeció, creando por medio de una Real orden el río Ebro para que fecundizara aquel territorio. Más tarde hízose dueño de Calatayud, y lo primero que hizo al entrar en la plaza fué preguntar por la Dolores, como aconseja la copla, y allá se fué al mesón, donde la moza le sirvió chocolate con mojicones, á puño cerrado, porque se propasó el monarca más de la cuenta, ignorando que lo de la copla era una calumnia del barbero Melchor.

Después el rey Alfonso se dirigió contra Andalucía, de donde volvió á Zaragoza jadeante, porque no podía con el peso de los laureles. Detrás de él llegaron diez mil familias muzárabes á bordo de un yate de recreo, que había construído Alfonso en las costas de Motril.

Todo le salió bien al rey Alfonso hasta que tuvo la mala idea de meterse en Fraga, atraído por la celebridad de los higos. El walf de Valencia, Aben Gaba, le cogió descuidado y le dió una gran paliza, que le hizo refugiarse en el convento de San Juan de la Peña, donde murió rodeado de cardenales... y de ronchas.

Los aragoneses no respetaron el testamento del monarca que dejaba su reino á los caballeros del Temple ó *templaos* y á los enfermeros del Hospital de Jerusalén y proclamaron soberano al monje Don Ramiro.

Este, á pesar de que ya había profesado y hecho sus votos, se casó con la simpática señorita Inés de Poitiers, hija de padres pobres, pero honrados, y de cuyo matrimonio tuvo una hija llamada Petronila.

Lo más notable del reinado de fray Ramiro fué la *campanada* que dió en Huesca, donde llamó *campana* á un círculo que formó en el suelo con doce cabezas de otros tantos nobles, á los que mandó decapitar porque jugaban á los prohibidos en el *Veloz-Club*.

Al fin, tanto le tiraba el convento, que volvió á ponerse los hábitos después de abdicar en su hija Petronila, y por este hecho se unieron en una sola nacionalidad catalanes y aragoneses.

Después de una porción de líos y de trapisondas con unos y con otros, murió Berenguer de un berrinche y le sucedió Alfonso II el Casto.

Fué conquistador de algunos pueblos, entre ellos Monroy, Caspe y Alcañiz y pudo conquistar también muchos corazones femeninos; pero, ¡quía! En cuanto veía una barbiana, de esas capaces de conmover á un poste del telégrafo, se tapaba los ojos para no ver sus encantos físicos. Así es que sus contemporáneos, entre ellos Valero de Tornos, no le llamaban Alfonso el Casto, como la Historia, sino Alfonso el *gillí*, que le cuadraba mejor indudablemente.

Le reemplazó en el trono Pedro II, quien lo primero que hizo fué pedir la anulación de su matrimonio, porque su mujer era una pantera.

Resuelto el pleito de divorcio á favor de su esposa, Pedro II, para no verse obligado á vivir con ella, emigró á Cuba, donde murió del vómito.

Después de una turbulenta menor edad, subió al trono Jaime I, el Conquistador, al que todos los cronistas aduladores enaltecen por sus hazañas y su sabiduría.

Consiguió hecerse dueño del reino de Valencia; ganó el de Murcia para Castilla; hizo una expedición á Palestina, célebre por los *palos* que allí se daban; dictó leyes; protegió las letras... de cambio; arregló la Hacienda; reglamentó el servicio de los coches de punto; recibió de los árabes un horrible vapuleo, y murió en Alcira de un atracón de chufas.

Sucedióle Pedro III, que se calzó también la corona de Sicilia, á consecuencia de que los italianos tocaron á vísperas sicilianas con las campanas de Palermo y degollaron á ocho mil y pico franceses. Carlos de Auxon, que era el gobernador civil de Sicilia, desafió á Pedro III á un duelo á sable en las cercanías de Burdeos, resultan-



do vencido el monarca aragonés por la habilidad que desplegó Carlos de Auxon para darle un sa- blazo... de cinco duros.

Los franceses invadieron á Aragón; pero la de- rrota de sus naves en la Rioja y una epidemia de sarna que se desarrolló entre ellos, les obligaron á retirarse rascándose desesperadamente.

### **Historia clara y sencilla de Aragón y de Castilla.**

Los aragoneses sintieron mucho la muerte de Pedro III, pero no la pudieron llorar porque ocu- rrió en un veraneo de mucha sequía. Su hijo Al- fonso III supo su orfandad cuando se hallaba si- tiando á Ibiza. y con el título de rey comunicó á las Cortes de Zaragoza que se le había rendido aquella plaza. Los ricos-hombres, vulgo mayores contribuyentes. llevaron á mal que se titulara rey antes de jurar el cargo y le hicieron saber que si no prestaba juramento podía irse á la venta del Grajo á cazar gorriones.

Humildemente fué Don Alfonso á Zaragoza y juró respetar las leyes establecidas, no suspender las garantías constitucionales sin motivo justifi- cado y rendir siempre culto á la Virgen del Pilar y á la Jota aragonesa.

Quiso el rey rechazar las exigencias de los no- bles, pero le amenazaron con el destronamiento y la proclamación de la República. Ante esta ame- naza se dió por vencido y otorgó el famoso pri- vilegio de la Unión, cuyas disposiciones no po- dían ser más humillantes para su regia autori-

dad; pero él se echó la cuenta de que más valía sufrir la humillación que perder el destino.

Por virtud de ese privilegio de la Unión, el rey se quedó de figura decorativa, pues únicamente le reconocieron las Cortes el derecho de leer novelas eróticas, fumar tabaco filipino y escribir revistas de toros.

No contentos aún los nobles, le obligaron á pedir perdón al Papa por haber comido salchichon de Vich en Viernes Santo; le exigieron que pagase al romano Pontífice una indemnización de treinta pesetas en descargo de su culpa; le hicieron ir á Tierra Santa á cazar grillos; le instaron á que obligara á su hermano á restituir al Papa el reino de Sicilia y le impusieron el acto de ofrecer al monarca castellano la Paz, que era una planchadora por la cual andaba Alfonso III de coronilla. Así lo había entendido éste, hasta que los nobles le sacaron de su error, diciéndole que la paz de que se trataba era la paz entre los príncipes cristianos.

¡Dios sabe hasta dónde hubieran abusado todos de la debilidad de carácter de Alfonso III, si no hubiera muerto en la flor de su juventud de resultas del sentimiento que le causó la fuga de la planchadora con un barítono de Reus!

Su hermano Jaime II, así que subió al trono, cortó con unas grandes tijeras de sastre las desavenencias con el rey de Castilla Sancho IV, y en una conversación que tuvo con él en Soria, comiendo mantequilla, acordaron el casamiento del baturro con la infanta Isabel, hermana del castellano.

Más tarde, por complicaciones que sobrevinieron, renunció Jaime su derecho al reinado de Sicilia á cambio de Córcega y Cerdeña, porque

creyó que se llamaban así estos dos países por su abundancia de corzos y cerdos, respectivamente. También se separó de su esposa Isabel de Castilla para casarse con Blanca de Nápoles, porque aquélla tuvo la desgracia de usar equivocadamente un cosmético, con el cual le salió una barba con la que parecía la pobre mujer un capuchino.

Durante este período fué cuando el emperador griego Miguel Paléologo asesinó en un banquete al caballero catalán Roger de Flor y á otros capitanes, que habían ido á ruegos del antecesor de aquél á defender á Grecia contra los turcos. Esta charranada griega indignó á catalanes y aragoneses, y allá fué una legión de ellos á Constantino-pla, cantando un himno de Guimerá, dispuestos á dar una horrorosa tunda á los griegos y á los otomanos, y aun descerrajando si hubiera sido preciso la Sublime Puerta.

Tan colosal fué la paliza, que quedó grabada para siempre en la Historia con el nombre de *Venganza catalana*, que es el que se aplica desde entonces á la justicia que se toma uno por sí mismo. (*Vendicta catalaniciae quidicunt homines sapientibus.*)

Terminadas las guerras de Sicilia empezaron los nobles á ejercer de *ingleses* cerca de Jaime II, presentándose todos los días con cuentas, pagarés y facturas, y reclamando su pago con amenazas de embargarle hasta los artefactos del oficio. Deudor y acreedores comparecieron, por fin, ante el Justicia Mayor, y éste, resolviendo que el rey era insolvente, porque hasta los muebles los había alquilado en una prendería, condenó á los nobles á pagar las costas del juicio y además quince pesetas en papel de multas por temerarios.

Jaime II falleció á los sesenta y seis años de edad, de un ataque de tos ferina de la peor.

Séale la tierra leve.

Tuvo muy buen corazón  
ese rey, y mucho seso.  
Nunca olvidará Aragón  
que le debe la invención  
de las pavías con hueso.

Volvamos á Castilla, donde á la muerte de Fernando IV el Emplazado, heredó el trono su hijo Alfonso XI, en la dichosa edad de la lactancia.

Durante su minoría los príncipes y señores andaban revueltos y tuvieron al país en continua agitación, la cual perjudicó en alto grado á la industria nacional, principalmente á las fábricas de azúcar de remolacha, á las de plumas de acero y á las de pastas para sopa, sin que hicieran mella en los nobles las enérgicas protestas de las Cámaras de Comercio y de las Ligas de Contribuyentes. Ellos contestaban que sólo harían caso, por galantería, de las ligas de las *contribuyentas*.

Al fin el rey cumplió catorce años y se sentó en el trono. Los infantes Don Felipe, Don Juan Manuel y Don Juan el Tuerto, que habían sido los tutores, presentaron las cuentas de la tutoría, y el rey las aprobó sin verlas por no meterse á descifrar jeroglíficos. A continuación el rey, desentendiéndose de los tutores, anunció que depositaba su confianza, para lo sucesivo, en Garcilaso de la Vega y Alvar Nuño de Osorio, discípulos de D. Gumersindo Azcárate, que les felicitó por telégrafo cuando lo supo.

Los infantes, viéndose desairados, se conjuraron contra la regia autoridad, y para estar más unidos, Don Juan Manuel ofreció la mano de su

hija Constanza á Juan el Tuerto, con gran disgusto de la joven, que deseaba un marido que no fuera defectuoso para la lidia. Súpolo el monarca y se fué al quite, pidiendo para él la mano de Constanza; y teniendo noticia de que el tuerto, despechado por haberle birlado la novia el rey, movía contra él á los reyes de Aragón y Portugal, dió orden de que se lo condujeran á Palacio, y allí, en uno de los corrales, un pinche de cocina que era aficionado al arte de Cúchares le dejó seco de un golletazo á paso de banderillas.

Pero el rey, dicho sea con todo el respeto que la inviolabilidad impone, era un tío charrán con las mujeres, y en lugar de casarse con la Constanza, cuya mano había pedido, inspirando á la pobre chica una pasión volcánica, se casó con María la Portuguesa, desesperando de tal modo esto á la abandonada doncella, que se dirigió al Pisuerga con ánimo de ahogarse, y no lo realizó por miedo de coger un catarro.

El padre de Constanza, indignadísimo por la poca vergüenza del rey, se separó de su servicio y le declaró la guerra, en la cual tomaron parte muchas ciudades en odio á los favoritos Garcilaso y Osorio. Los insurrectos de Soria cogieron al primero y lo fusilaron, y el rey tuvo que dejar cesante al segundo por imposición de la Milicia Nacional de Valladolid, que había estrenado morriones nuevos. El caído favorito fué á militar en las revolucionarias banderas de Don Juan Manuel; pero un asesino, pagado por el rey Alfonso, le descabelló á la primera. Todos los revoltosos fueron cayendo así, á golpe de puntilla, y los que quedaron vivos pidieron perdón al rey, incluso el mismo infante Don Juan Manuel, padre de la señorita Constanza.

A todo esto, el rey, cada día más calaverón y más perdido, se enredó con Doña Leonor de Guzmán, una sevillana de buten, que se cantaba y se bailaba por todo lo alto, con tanto derroche de sal y tantísima gracia, que Don Alfonso, con la corona puesta de medio lado y el manto cayéndosele de los hombros, la jaleaba, gritando:

—¡Olé tu madre, serrana, y viva el mérito de tu personita, porque sí!

Estos amores ilegítimos, á los que prestaban su asentimiento los padres de Leonor, por la honra de la familia, fueron causa de grandes disgustos con el rey de Portugal, suegro de Don Alfonso, suscitándose una guerra, que se suspendió por tener precisión de acudir los príncipes cristianos á impedir una invasión que preparaba el rey de Marruecos, según cablegrama transmitido por el gobernador militar de Ceuta, que lo era entonces el general López Domínguez.

Castellanos y aragoneses formaron una escuadra, que fué incendiada por las velas musulmanas, las cuales se apoderaron de Gibraltar; y como el rey considerase culpables de ello á los nobles, cogió á unos cuantos y les condenó á entregar sus cabezas al verdugo, el cual no tuvo que hacer más que recibirlas de las manos de los interesados y echarlas en un cesto.

Los demás nobles, aterrados, andaban errantes y prófugos huyendo de la benemérita, que les perseguía incesantemente.

El rey no se abatió por aquella derrota, y haciendo las paces con su suegro, se lanzaron juntos á librar á la plaza de Tarifa, que estaba sitiada por los moros. Estos les salieron al encuentro y se trabó la horrorosa y sangrienta batalla del *Salado*, llamada así porque tuvo lugar en las ori-

llas de un riachuelo donde se bañaban las moras más *salerosas* de Andalucía. No quedó ni siquiera un moro que pudiera ir á contar el suceso á su familia, y la batalla del *Salado* quedó grabada en la Historia con sal molida.

Después de esta victoria conquistó el rey Alfonso á Algeciras, donde conoció al *Morenito*, y quiso hacerse dueño también de Gibraltar, pero no lo pudo conseguir, porque se murió de triquinosis, á consecuencia de haber comido carne de cerdo epizoótico.

Fué un monarca Alfonso Onceno  
valeroso, inteligente,  
de corazón noble y bueno  
hasta la pared de enfrente.

Para dar al mundo fe  
de literato y poeta,  
escribió un *Tratado de  
la caza con escopeta*.

En la historia nos dejó  
páginas de gloria ricas,  
y también se distinguió  
por su afición á las chicas.

¡Y le censuran los memos  
por esta sola futesa!...

¡Zúñiga y yo le absolvemos  
si toda su falta es esa!

### **Historia de Pedro el Cruel fratricidado en Montiel.**

Llegamos al reinado de Perico I, hijo legítimo de Alfonso XI y de María la Portuguesa.

A poco de sentarse en el trono, cayó grave-

mente enfermo con el trancazo, y viéndole en peligro de perder el cutis, se dividió el reino ante la peliaguda cuestión de quién había de heredar el regio mueble y los chirimbolos del oficio. Unos, apoyados por el favorito Don Juan Alfonso de Alburquerque, patrocinaban al infante baturro Don Fernando, y otros á Don Juan Núñez de Lara. Pero no murió el rey, gracias á lo atrasada que estaba entonces la Medicina, y desaparecieron las causas de la división.

La primera barbaridad que hizo Perico, después de la convalecencia, fué mandar prender á la señora ilegítima de su papá, Doña Leonor de Guzmán, y condenarla á morir de un golletazo, al mismo tiempo que con motivo de una huelga de queseros en Burgos, mandaba escabechar á Garcilaso de la Vega, á Pedro Fernández de Medina y á otros varios individuos del Centro Obrero, á quienes había soliviantado en un *mitin* el compañero Quejido de aquella época.

Alburquerque, el favorito, deseoso de sujetar el genio endemoniado del rey con el yugo del matrimonio, le sugirió la idea de casarse con madamoiselle Blanche, sobrina del rey de Francia y de la cual tenía Don Pedro en su poder una fotografía muy bien hecha. Mientras se concertaba la boda, previa la petición de mano y arreglo de papeles de los novios, Alburquerque invitó al rey á un viaje de recreo á Sahagún en automóvil, y allí le presentó á María de Padilla, una arrogante morena *super*, de la cual se enamoró Don Pedro vehementísimamente. Correspondió Mariquita á la fogosa pasión del Monarca, y aquello fué un idilio con gotas, hasta que Alburquerque, temiendo que los Padillas se inclinasen al partido de los bastardos para hacerle la barba, recor-



dó á S. M. el compromiso contraído con la sobrina de su colega el rey de Francia, que era un tío; cuya amistad le convenía por lo que pudiera tronar.

Dócil Don Pedro al llamamiento de sus deberes y de su conveniencia, se casó con la francesita; pero á los pocos días, harto de oírle contestar á todo *je ne comprend pas*, pidió á los reverendos obispos de Avila y Salamanca que anularan su matrimonio.

Mientras los citados obispos resolvían acerca de su petición, se lió el Monarca con la viuda de un administrador ambulante de Correos, hermosa gallega, llamada Doña Juana de Castro, á la que llevó al tálamo nupcial tan pronto como los prelados declararon la nulidad de su matrimonio con la francesa, no atreviéndose á contrariar al rey con una negativa, por miedo á que mandara que los desmitrasen con cabeza y todo.

Casado el rey con Doña Juana la abandonó al día siguiente de la boda por motivos que pertenecen al secreto del sumario, promovándose, á causa de ello, en Galicia, una formidable insurrección dirigida por los parientes de aquélla que recibía inspiraciones á la vez de los hijos que el papá de Perico había tenido de contrabando con Doña Leonor de Guzmán. Exigieron del pobre rey Don Pedro que se uniera á su primera esposa Doña Blanca, que desterrase á la Padilla y que declarase cesantes á los parientes de ésta, y no tuvo más remedio que sucumbir, á lo cual contribuyó mucho el fallecimiento de Alburquerque, ocasionado por una espina de besugo que se le atravesó precisamente á la salida.

Esta docilidad del rey y el cambio de consejeros, hicieron creer á la prensa independiente que cambiaría de rumbo la nave del Estado; no contó

con la huésped, y la huésped fué la Padilla, de cuyos brazos no había medio de arrancar al impetuoso Perico. Volvieron las agitaciones y el rey comenzó á reprimirlas, como lo consiguió haciendo vistosas pirámides con las cabezas de los descontentos.

Abusar quiso del honor de doña  
María Coronel,  
que logró defenderse enarbolando  
como arma una sartén.  
A su bastardo hermano Don Fadrique,  
que un héroe en Murcia fué,  
hizo que le mataran en Sevilla  
como quien mata un buey.  
Al infante Don Juan, que era su primo,  
le escabechó también,  
y á gran número de altos dignatarios  
hizo cortar la nuez.  
Los únicos que allí quedaron vivos  
salvándose por pies,  
fueron Loma, Caamaño, Novo y Colson,  
Laserna y Saint-Aubin.

Destronado en Granada el rey moro Bermejo, acudió al rey de Castilla implorando su auxilio y pidiéndole caritativa hospitalidad. Aceptó Don Pedro las ricas joyas que Bermejo le traía—entre ellas una preciosa huri,—y se mostró Perico tan hospitalario y obsequioso con su huésped, que le invitó á un banquete magnífico, y á los postres, para que hiciera bien la digestión, le abrió una ventana en la tripa de un lanzazo, dispensándole el alto honor de dárselo él mismo de su puño y letra.

Poco después muere repentinamente la de Padilla, y Don Pedro declara en las Cortes heredero

de las herramientas de reinar al niño Alfonso, fruto de sus amores con ella, sin poner más límite á la libertad de los diputados de las minorías, para tratar del asunto, que el de mandar cortar la cabeza al que censurase su regia determinación.

Mientras tanto, el infante Don Enrique no se daba punto de reposo para birlar la Corona á su hermano Pedro.

Recibe éste una paliza en Nájera, y va á rascarse de ella á Francia. Vuelve de allí con refuerzos que le proporciona aquel rey, mandados por Beltrán Duguesclin, y Don Pedro, con la ayuda del príncipe de Gales, á quién ofrece el Señorío de Vizcaya y los gastos de la expedición, vuelve á dar á su hermano otra tollina.

Después del triunfo, el príncipe de Gales reclama á Don Pedro el Señorío de Vizcaya y quinientas cincuenta mil pesetas diez y siete céntimos de gastos, y contesta el deudor:

—¡Huye de mi vista, *inglés*,  
no parando hasta Sigüenza,  
ó vas á saber quién es  
un monarca sin vergüenza!

Como todavía no había nacido Chamberlain, se achantó el príncipe de Gales y se quedó sin dinero y sin Señorío.

Pero volvió á entrar en España Don Enrique con nuevos refuerzos franceses, y entonces Don Pedro recurrió al rey moro de Granada, que sólo le pudo mandar mil quinientos cuchillos de cocina y un trabuco. Era la tercera vez que el bastardo probaba fortuna, y á la tercera fué la vencida. Salió Don Pedro con las manos en la cabeza, y tuvo que encerrarse en la fortaleza de Montiel.

Un tal Rodríguez Sanabria, que anduvo á la escuela con el conde de Torreánaz, propuso á Duguesclin que permitiera la fuga de Don Pedro á cambio de varias mercedes, entre ellas Mercedes García, cantinera del batallón de Arapiles, y el jefe bretón aceptó el convenio; pero fingiendo poner en salvo al fugitivo, le condujo, con el pretexto de tomar unas tintas, á la tienda de Don Enrique, una tienda de vinos que había establecido para *enriquecerse* con el matute. Verse los dos hermanos, insultarse, sacar las navajas y acometerse como tigres, fué obra de un momento. Don Pedro, como más fuerte, cayó encima de Don Enrique; pero monsieur Duguesclin, que era un tío charrán, cometió la rufianada de darles la vuelta, quedando debajo el pobre Perico, á quien Don Enrique dió setecientas cincuenta y tres puñaladas, que bastaron para dejarle exánime. Desde entonces fué conocido Don Enrique de Trastamara con el sobrenombre de *máquina Singer*.

Un testigo presencial de la trágica escena, el poeta D. José Zorrilla, dice que entre un amigo de Don Pedro y Duguesclin se cruzaron las siguientes palabras:

—¿Y es esa, gran bandolero,  
de caballeros la ley?  
—¡Ni quito ni pongo rey,  
pero ayudo al tabernero!

La calificación del interfecto ha dividido á los historiadores.

Unos le llamaban el Justiciero y otros el Cruel.

Nosotros, más imparciales, creemos que el sobrenombre que merece es el de Bárbaro.



## PARTE DECIMA

---

### OJEADA RETROSPECTIVA

POR

**Juan Pérez Zúñiga.**

---

**Los cuartos Don Alfonso y Don Pedro.—Los primeros Don Juan y Don Martín.—Caspé. Alfonso el quinto.**

Uno de los dignísimos individuos que se nos han venido con historias, consignó algo respecto á los reyes de Aragón, Cataluña y Navarra en la Edad Mediana (que otros llaman Media), y después de matar á Don Jaime II (q. e. p. d.), dejó en suspenso la indicada serie de monarcas, y para que éstos no queden suspendidos por más tiempo, pues tal posición habría de llegar á serles molesta, voy á permitirme continuar la plausible labor de mi colega ilustre, dando á los lectores, como remate á este trabajo retrospectivo, una idea del rastro... del rastro que dejó la dominación árabe en la patria de Santa Teresa y del *Cantimplas*.

Vamos por partes

A Jaime II de Aragón le sucedió en el trono Alfonso IV el Benigno, llamado así porque siendo párvulo tuvo viruelas benignas y además porque era tan débil de carácter que hasta toleraba los pescozones de su familia y de sus criados.

Por capricho de su esposa Doña Leonor, pretendió dividir el reino; pero temeroso de que lo dividieran á él, desistió de sus propósitos y cedió los utensilios de reinar á Pedro IV, y este buen señor hizo todo lo que sigue, que ya es hacer:

1.º Contribuyó á los triunfos de Alfonso XI de Castilla sobre los calomelanos.

2.º Se apoderó de la isla de Mallorca, con sobreasadas y todo.

3.º Incorporó á su reino las Baleares, el Rossellón y el Reventón.

4.º Dominó la isla de Cerdeña, sin dejar vivo un solo cerdo.

5.º Se posesionó de Sicilia cuando Don Fadrique cerró el ojo.

6.º Movió su guerra con Castilla á favor de Don Enrique de Trastámara, por lo que pudiera chupar.

7.º Secuestró los bienes del caracterizado noble Pedro Gérica por un quitame allá esas nobles pajas.

8.º Pretendió que fuese heredera del trono su hija Constanza, no obstante ser algo coja.

9.º Derrotó á los nobles de la Unión en los combates de Epila, Mistela y Calaguala (1348).

10. Rasgó con su puñal el privilegio de la Unión, por lo cual se le llamó Pedro el del Puñal, como á un chulo cualquiera.

11. Derritió el bronce de la campana que los congregaba, y se lo hizo beber á los rebeldes, con

bizcochos, según unos autores; á palo seco, según otros.

12. Fundó el archivo de Aragón. con gran acopio de cuentos baturros.

13. Restauró la Universidad de Huesca, barnizando á los catedráticos.

14. Protegió las ciencias y las letras, especialmente las jotas.

15. Escribió poesías y artículos, que le fueron admitidos en los periódicos, por ser quien era, que si no...

16. Asistió á su doncella Gervasia en el último parto que tuvo.

17. Falleció.

Como mis lectores ven, no desperdió el tiempo Don Pedro IV, que probablemente desearía morir para descansar.

Sucedióle *Juan I el Cazador*, cuyo reinado, aparte de lo amenizado que fué por torneos y juergas, nada ofrece de particular, pues la afición á los conejos no era cosa nueva entre reyes, ni ha caído en desuso.

Su hermano *Martín I el Humano* (llamado así porque era natural de Humanes (Guadalajara), al par que rey de Sicilia) venció á su sobrina la distinguida señora de Boiz, hija de Don Juan I, así como á varios nobles que todavía ejercitaban el derecho del pataleo, y metió su cucharada en el cisco de Occidente, apoyando al arzobispo baturro Don Pedro Luna de Miel para que vendiera seda pontificia en Avignon.

Don *Martín I el Humano* falleció como fallecen todos los humanos, por poco reyes que sean, y á su muerte anduvieron á bofetáas por la corona varios aspirantes, que, por lo visto, eran también impelentes.

¿Que quiénes fueron? Don Fernando Mantuquera, el Conde de Casa Urgel, los Duques de Sandía y de Calandria y Don Fadrique, hijo (natural según unos y artificial según otros) del difunto Don Martín.

No llegaron á entenderse y tuvo que intervenir en el ajo el reputado pontífice Benedicto XIII, y reunidos los compromisarios de Aragón, Cataluña y Valencia en la cocina del castillo de Caspe (á orillas del mar Caspio), bajo la presidencia de San Vicente Ferrer, después de firmar un compromiso los que sabían firmar, proclamaron al primero de los pretendientes con el nombre de Fernando I de Aragón, que le caía muy bien.

¿No habían oído hablar mis queridos lectores del compromiso de Caspe? Pues ahí le tienen, aunque algunos historiadores errados atribuyan la fama de tal compromiso á que pidió cinco duros al Conde de Urgel un tal Don Ruperto Caspe y se vió en el compromiso de devolvérselos.

*Don Fernando*, llamado *el Justo* por mal nombre, reinó cuatro años, sofocó las rebeliones de los sicilianos en Sicilia y de los cerdos en Cerdeña, sofocó también al citado Conde de Urgel y anduvo en el zipizape de lo del Occidente.

*Alfonso V el Magnánimo*, inventor de la magnesia, además de ser hijo de Don Fernando *el Justo*, se preocupó mucho de los asuntos de Italia, mostrando gran afición por la música de Verdi.

La reina de Nápoles Juana II, la embustera, dió el gran timo al rey de Aragón, pues prometió nombrarle su sucesor si la auxiliaba en su guerra con la apreciable familia de Anjou. Doña Juana puso los dientes largos al pobre Don Alfonso, que envió una escuadra, ante la cual tuvieron que salir por pies las naves francesas; pero conseguido por



Doña Juana el objeto que le guiaba, dejó con un palmo de narices á Don Alfonso, y éste, como es natural, trabó guerra con los italianos, cobrando gran repugnancia á los angebinos y á los rabiolis.

La guerra fué larga y estrecha.

La escuadra aragonesa, que no pasaba de ser una rondalla marítima, fué desmenuzada en Peonza y hecho prisionero el propio Don Alfonso, quien lejos de achicarse y una vez libre y sin costas por mediación del Papa, volvió á la lucha con tal vigor que se metió á Nápoles en el bolsillo con Vesubio y todo, á pesar de la heroica defensa que hizo el napolitano Curro Sforza al frente de un puñado de esforzados macarrones. (1442.)

(Este 1442 es el año en que ocurrió el suceso, no el número de los defensores.)

Alfonso V logró con estos triunfos la simpatía del duque de Milán, protector de las moscas del mismo título, y el tal le nombró su sucesor, malquistándole de paso con la silla apostólica, sin pensar lo malo que es malquistarse con esta respetable clase de sillas.

Por estar torcido con el Papa Calixto Navarro III no intervino Don Alfonso en la jira que se organizó contra los turcos que se habían apoderado de Constantino Pla; pero recibió en su regazo á los fugitivos griegos y los colmó de caricias y de bombones. Además fundó la Universidad de Barcelona, falleciendo después de haberla fundado, y no antes, como algunos historiadores mal informados aseguran.

Pasó el reino de Nápoles á Fernandito y los territorios de Aragón á su hermano Juanito, yerno del rey de Navarra Carlos III *el Noble*, padre de Doña Blanca Doble, llamada así porque valía por dos.

Las coronas de Navarra y de Aragón quedaron desde entonces pegadas como con cola, constituyendo una sola nacionalidad tan grande que su extensión no bajaría de cien metros cuadrados, y tan poderosa, que terció con éxito durante el reinado de Don Juan II de Castilla en no pocos rifirrafes exteriores y en más de cuatro broacas intestinales.

El trono correspondía al príncipe de Viana, Don Carlos, que había hecho de padre durante las ausencias de su rey, ó mejor dicho, de rey en las ausencias de su padre, el cual, dicho sea de paso, tenía un colmillo roto; pero Don Juan retuvo el reino en compañía de su dulce esposa Doña Juana Enríquez y armó un lio doméstico de mil demonios que vino á encender la guerra entre dos familias numerosas, la de los Beamtont y la de los Agramont (ingenieros agrónomos), de todo lo cual resultaron duros descalabros para el de Viana, que, reducido á prisión, se entretuvo en escribir piecitas en un acto y en descifrar charadas.

Como en su confortable encierro no necesitaba abrigarse, dijo: "Yo tengo que abrigar algo", y abrigó la esperanza de ocupar el trono; pero Alfonso V de Aragón nombró sucesor á su señor hermano el rey de Navarra. Entonces los catalanes, calándose la barretina y al grito de ¡Voto va deu!, ayudaron á los beamonteses en favor de Don Carlos y éste fué proclamado rey de copas, no obstante la cara de vinagre que le pusieron Doña Leonor y Doña Blanca (la de Enrique IV) y otras "miembras" de su respetable familia.

El príncipe de Viana y su referido hermano murieron envenenados por dentro, no se sabe si á instancias de la reina ó á las de Doña Leonor ó á las de su propio padre, lo cual no deja de ser una

barbaridad muy gorda. Lo que no ofrece duda es que el veneno llegó al augusto vientre de Don Carlos metido en un buñuelo de viento.

Desde entonces, la guerra interior fué una verdadera lata bélica. Los catalanes, siempre aficionados á esta clase de separaciones, querían separar su reino del de Aragón, pero quedó sometida Cataluña con tejidos y todo.

Luis XI de Francia ayudó á Don Juan desinteresadamente con el fin de atrapar el Rosetón y las Cerdas para sí; pero no era cosa de perder territorios y sobrevino nueva bronca franco-española, hasta que entre ambas naciones se ajustó la paz, no siendo ésta la primera Paz ajustada que hemos conocido.

Aquellos dominios volvieron á ser de la Pílica y así logró Don Juan la integridad de su territorio, victoria no floja que le valió el título de grande, contra la opinión de algunos historiadores mentecatos, según los cuales el apodo proviene de que Don Juan era una especie de gigante aragonés, cuando realmente no tenía más que 80 centímetros de pierna, según las apuntaciones que su sastre conserva todavía.

**Civilización árabe. — Organización árabe.  
Tributación árabe. — Agricultura, Industria y Comercio árabes. — Ciencia árabe.  
Arte árabe. — ¡Todo árabe!**

El poder de los árabes en España, aun sin haber estado antes arrollado, se desarrolló considerablemente durante el siglo que medió desde que un reputado sacamuelas llamado Mahoma comen-

zó á hacer de las suyas, hasta que sus secuaces tuvieron la feliz ocurrencia de invadirnos.

Los árabes puros y los que no pasaban de pitillos, por su mezcla con los africanos y con los berberiscos ó árabes de barbería, hicieron que España progresara mucho, merced á su esperanza de alcanzar el Paraíso, ó lo que es lo mismo, de coger el cielo con las manos.

Como la cultura atrae á los hombres, excepto á los de los pueblos cercanos á Madrid, muchos sujetos que no tenían de árabes ni tanto así, ayudaron á éstos en la obra civilizadora, particularmente los españoles llamados muzárabes (mozos árabes).

Las dos razas fundieron sus aptitudes para contribuir al progreso del país. La ciencia árabe metió su cucharada en la formación de las tablas de Alfonso el Sabio (que no fué ninguna obra de carpintería, por más que lo parezca); los mudéjares crearon la literatura *aljamiada*; los madrileños acompañaban á los árabes á visitar la Casa de fieras y San Francisco el Grande, y en cambio los árabes inventaron las almejas y la mojama para recreo de los españoles; adquirieron relativa consideración entre los árabes nuestras mujeres, es decir, las de los españoles de entonces (si eran guapas, pues con las feas no querían bromas); vencedores y vencidos efectuaron una amalgama de idiomas y de costumbres que ni Dios la entendía; lo mismo entre los cristianos que entre los árabes se encontraban vinculados el espíritu caballeresco, el espíritu de vino y todos los demás espíritus, excepto el Espíritu Santo, que nunca hizo buenas migas con los moros. Estos nos enseñaron á brujulear (aplicar la brújula), á usar la pólvora en las armas, excepto en los alfanjes,

á curar á los enfermos por medio del álgebra y á aplicar los rayos X á la extinción de la langosta. Hasta en los trajes llegaron unos y otros á parecerse de tal modo que, yendo por la calle, no se sabía quiénes eran árabes y quiénes eran españoles. A lo mejor encontrábamos un mahometano de pura sangre con *smoking* y *clac*, y en cambio veíamos á un individuo con aspecto de morazo terrible, y bajo aquel turbante y aquel albornoz se ocultaba el ebúrneo cuerpo de una patrona de huéspedes que iba al rosario.

La organización árabe en España era la siguiente: No había más jefe absoluto político, religioso, militar, culinario y tauromáquico que el *Califa*. Como Pontífice le limpiaban las babuchas unos sacerdotes llamados *Faqués*; tenía como intérpretes del Korán unos *gachós* denominados *Ulemas* porque gastaban más hule que el resto de los mortales; los *Santones* (creadores de la santonina), los *Morapios* y los *Muezines*, encargados de tocar las campanas.

Como soberano temporal, formaban su corte los miembros del *mescuar*, que no eran ninguna cosa fea, sino unos apreciables consejeros, de los cuales, el principal era *Hegib*, dependiendo de él los gobernadores y los alcaldes, llamados, respectivamente, *Wailles* y *Mukachones*, sabe Dios por qué. El ejército árabe, cuando vino á España, no tenía organización. Tampoco tenía capellanes castrenses, ni bombardinos. No había entre ellos rendición á metálico, ni se conocían los hijos de viuda árabe. La táctica era nula, y el éxito en la guerra sólo se confiaba al poder de las grandes masas y al amparo del gran amasador Mahoma.

Después adoptaron los árabes la organización militar de los cristianos y hasta llegaron á susti-

tuir la cimitarra por la navaja de Albacete y el alfanje por la bandurria.

Respecto á las fuerzas navales, se las encomendaron á un Recontralmirante con arabescos. las dotaron de bctones de ancla y constituyeron una escuadra que tan pronto se batía con las flotas enemigas como se dedicaba á la pesca de las sardinas escabechadas ó del aceite de hígado de bacalao.

Las contribuciones estaban establecidas con desigualdad entre la raza vencida y la vencedora y no habían adquirido el desarrollo que hoy. Lo que se había inventado ya era el odio á los recaudadores. Los cristianos y los judíos pagaban el impuesto de *capitación* (un tanto por cada capita) y además el *azaque* y el *almojarifazgo*. Con parte de lo recaudado contribuían á sostener las cargas del Estado (ahora sostenemos también las descargas) y otra parte se destinaba á la adquisición de babuchas para el Califa.

La agricultura también alcanzó gran desarrollo entre los árabes. Ellos se dedicaron á la fabricación de árboles de distintas especies y adoptaron un medio muy eficaz para sostener la vida de las flores y las hortalizas, medio que consistía en echarles agua, según el testimonio de reputados historiadores.

Importaron los árabes varias industrias y mejoraron otras. Trabajaban admirablemente en cueros, siendo inmejorables curtidores de pieles. Inventaron el papel de Armenia, el percal francés, las jofainas de ajófar y los altramuces, y perfeccionaron, en fin, las obras de alfarería, añadiendo sabiamente el pitorro á los botijos españoles.

En cuanto á la cultura intelectual, llegaron los árabes muy lejos.

Por iniciativa de los Califas se fundaron escuelas, academias, bibliotecas y otros centros de corrupción.

Enumerar los sabios que salieron de tales centros, sería tarea pesada para el historiador, y al propio tiempo lastimaría la arábica modestia de los interesados.

No obstante, debemos citar al gran *Averroes*, famoso ratón de biblioteca; *Abu-Villa*; los *Avencoar*, padre é hijo, médicos forenses y taquígrafos del Congreso; *Sevet*, matemático y panderetólogo; *Ver-Biquí*, autor de un soberbio plano de Getafe; *Mahomed ben Allavoy*, distinguido compañero en la ciencia de contar historias; *Abu Zacaria* y *Abu-Cheo*, naturalistas con toda la barba, y muchos más.

Por regla general, eran los árabes facilísimos versificadores. Lo mismo escribían un epitafio al lucero del alba, que unas seguidillas á las ánimas del purgatorio. Cultivaban la música con verdadero frenesí. Por doquier organizaban orfeones (entre ellos el de San José) y no había moro que en su guzla sonora no ejecutase la *Fantasia morisca* de Chapí ó la *Moraima* de Espinosa, ni había mora medianamente educada que no tocase el trombón por la calle.

Más tarde sobresalieron en la arquitectura, empezando por copiar el estilo *bizantino*, llamado así porque lo inventó San Vicente de Paúl. Mezclaron luego dicho estilo con el *ojival* y de ambos surgió el estilo *andaluz*, que tanta fama ha proporcionado á las Macarronas y á Juan Brea.

A su lado (no al de Juan, sino al de los estilos citados) nació el *mudéjar*, y de él son notables ejemplares el *Alcázar de Segovia* y la *Catedral de Villamelones*.

La *Alhambra* de Sevilla, la *Mezquita* de Granada, la *Giralda* de Córdoba, la *Alfarería* de Zaragoza y la *Casa de Tócame Roque* son hermosos monumentos que nos dejó la dominación mahometana, caracterizados por sus arcos voltaicos de herradura, la esbeltez de sus columnas vertebrales y las combinaciones de sus honrados azulejos, todo lo cual, unido á las zarzamoras, al moro de los dátiles y á la goma arábica, mantiene hoy día en nuestras puras almas el recuerdo de aquella sublime dominación.

**Cuadro de la Reconquista.—La Iglesia cristiana y el Estado interesante.—Ordenes de caballería.—Idem de infantería.—El poder real.—Los funcionarios.—La nobleza.—Los conejos.—Las Cortes.**

Los árabes tenían metida en un puño á nuestra señora madre.

Me refiero á la madre patria.

Y no estando los españoles conformes con la tal dominación, como era natural, tuvieron que hacer esfuerzos de Tito, ó sea titánicos, para rescatar la patria y la religión, dos frioleras como quien dice.

Primero intentaron sobornar á los moros con chufas y cacahuetes; luego les amenazaron con romperles la cabeza (á pesar del turbante), para lo cual contaban nada menos que con la cooperación personal del Apóstol Santiago, el Prim de la Corte celestial.

A los españoles les guiaba la fe; pero como ésta lleva una venda en los ojos, cosa no muy bue-



na para guiar, consideraron que cuando se les oponían las lanzas enemigas no estaría de más que otras lanzas auxiliasen con sus afilados pinchos á la protección divina, y de aquí la organización de fuerzas militares que, llenas de coraje y no exentas de constancia, fueron poco á poco reconquistando territorios y dotándoles de curas párrocos.

La misión de la Iglesia cristiana durante la dominación árabe fué mucho más importante y trascendental que el descubrimiento de la carne de membrillo, si son ciertas las referencias que han transmitido más de cuatro monaguillos de aquella época á sus apreciables descendientes.

Los sacerdotes peleaban con verdadero arrojo en las batallas, figurando siempre entre los combatientes, no en concepto de capellanes de regimiento como ahora, sino en el de jefes de la fuerza y hasta en el de redoblantes.

Y al propio tiempo que extendían en los monasterios el tesoro de su cristiana ciencia, fuera de ellos se complacían en sacar las tripas á los herejes que se descuidaban.

Las nacionalidades que se iban creando cultivaban relaciones de estrecha amistad con la Iglesia, y no había fraile que no fuese á jugar al tresillo diariamente á casa de algún jefe militar ó político; y quien dice al tresillo dice al monte ó al escondite.

La Santa Sede paró mientes al fin en que los reyes españoles dominaban al clero más de lo regular, y una vez unificado el rito (que nada tiene que ver con la Rita) perdió el poder real su influencia y se vino á un arreglo entre papas y reyes, del cual tuvieron la amabilidad de nacer las *órdenes de caballería*.

De las de artillería nada nos habla la historia, quizá por olvido involuntario.

Las órdenes más importantes fueron la de *Calatrava* (año 11.640), instituída para conservar el orden entre los que acudían á misa á las Calatras; la de *Santiago* (11.750), para proteger á los gallegos que iban al Santo en romería; la de *Alcántara* (11.770), por ser este el punto donde más se zurraban moros y cristianos, y la de *Montesa* (13.570), formada por empleados del Monte de Piedad.

Organizadas con toda formalidad y con sus respectivos cornetas de órdenes las órdenes militares, fueron auxiliar poderosísimo para la Reconquista, y aun hoy día, sin los caballeros de las órdenes (que son unos señores muy vistosamente ataviados en ocasiones) no habría patria, ni religión, ni nada.

No es cierto que dichos caballeros llevasen en un principio mantones de Manila para las grandes solemnidades, como aseguran algunos historiadores poco serios. La verdad ante todo.

Enfrente de los desórdenes religiosos nacieron las órdenes religiosas al calor del espíritu cristiano convenientemente encendido en la lamparilla de nuestra madre. (Seguimos refiriéndonos á la patria).

Entre las órdenes religiosas podemos citar la de *Predicadores*, fundada por Santo Domingo (el Santo más festivo de la Iglesia); la de *Trinitarios*, dedicados á trinar por todas partes, y la de Nuestra Señora de la *Merced*, hija de San Pedro Nolasco (q. e. p. d.)

Además se importaron varias órdenes extranjeras, como la de los *Cistercienses*, llamados así porque vivían en una cisterna; los *Cartujos*, fundadores de la famosa fábrica de cacharros de Se-

villa, y los *Templarios*, que tenían á su cargo la explotación de los caloríferos para templar las habitaciones.

¿Cómo nació la monarquía?—Van mis lectores á saberlo inmediatamente.

Durante la dominación árabe salía de entre los guerreros dispuestos á la lucha uno que, sobre ser el más guapito, era el de más agallas, por no decir otra cosa, y éste, asumiendo la suprema jefatura de los demás, se hacía en un santiamén rey absoluto por aclamación y sin abuso de requilorios, algo así como si le nombrasen director de orquesta, ó cosa parecida, siendo de notar que los que tal privilegio alcanzaron, no sólo pudieron disfrutarlo durante su preciosa vida, sino que consiguieron el momio de poder dejar la corona en herencia como si se tratara de un melonar ó de un estuche de cubiertos.

Mas no en todas las monarquías de la Península tuvo la misma extensión la autoridad real. Las que nacieron en Asturias al son de la gaita tuvieron un carácter monárquico químicamente puro, no obstante la intervención de la Iglesia, de las órdenes militares, de la nobleza y de los conejos.

En Navarra tenía la voluntad real un freno en el consejo de los ricos homes que venían á ser, por tanto, unos guardafrenos distinguidos.

En Cataluña los condes sólo tenían una autoridad derivada, y no la podían ejercer sino sobre los operarios de las fábricas de tejidos de Sabadell y de Tarrasa, que ya sabían por entonces entonar *Els segadors*.

Y en Aragón el rey era el primero entre varios caballeritos que mangoneaban á su antojo el país de la jota, con la intervención del *Justicia*, otro buen señor que no le dejaba al rey ni respirar.

El Justicia era un funcionario que tenía que contemplar lo mismo al rey que á los nobles, que á los albañiles, que á las cigarrereras. Era consejero del monarca, ponía el veto á las leyes hechas fuera de Cortes, administraba justicia, era regulador á la vez que válvula de seguridad de la autoridad regia, y... y todavía le quedaba tiempo para visitar á la Pilarica y bailarse una jota con los maños, advirtiéndole que su cargo era vitalicio, ó lo que es igual, que lo habría de ejercer precisamente mientras viviera, no antes ni después.

En Asturias, León y Castilla tenía el rey un Consejo de Ministros para andar por casa, que era lo que los historiadores llaman *Jaula regia*.

Para lo militar y administrativo tenían el cuerpo de *Adelantados* ó "echaos pa adelante", que desgobernaban las provincias, y los *Corregidores*, que corregían á los pueblos y los aumentaban más ó menos, según su fecundidad.

Para lo judicial funcionaba el *Tribunal del Forro*, que revisaba las entretelas de las sentencias dictadas por los *Merinos* (meros pequeños) y por los *Alcaldes de Cortes*, ó sastres con vara.

La nobleza fué otro auxiliar importantísimo de los reyes contra los árabes.

Muchos nobles (que no cito por no alimentar su orgullo de ultratumba) llegaron con su absoluto dominio sobre grandes territorios á ser verdaderos soberanos ó señores feudales, algunos de los cuales han fallecido ya.

No pocas veces anduvieron á la greña con los mismos reyes, que si lograron en ocasiones tenerlos á raya, en otras no pudieron impedir que la tal raya se torciera, dando motivo á más de cuatro broncas de mal gusto.

Entre los nobles, así en la tierra como en el

cielo, es decir, así en Aragón como en Castilla, hubo categorías diferentes, á saber: Ricos-homes, Duques, Marqueses, Condes, Fijos-dalgo, Descuideros, Espadistas, Infanzones, Caballeros y Señoras, cuyos títulos provenían del cargo que desempeñaban ó de un capricho real.

De aquellos tiempos, pues, data la nobleza de muchos señores que vemos por esas calles de Dios y por esos salones del mismo.

La nobleza de los toros de Veragua es algo posterior; pero de que son nobles hace muchos años no cabe la menor duda.

*Los Concejos de Castilla*, impropriamente llamados *conejos* por algunos comentaristas mal hablados, son romanos en su origen y se conservaron durante muchos años después de aquella dominación. Nosotros no conocemos hoy, al menos por aquí, los concejos; pero conocemos muy bien á sus hijos los concejales.

Los tales concejos, llamados en el país de Eusebio Blasco *Universidades* (quizá porque funcionaban en el Universo) fueron un poder político, un poder militar y una representación del estado llano, ó sea del estado de los que habitan en las llanuras. Su mayor ó menor influencia dependía de las llamadas *Cartas pueblas*, que eran unas cartas escritas á las mujeres de los pueblos por sus respectivos reyes dándoles fueros para contrarrestar el poder de los nobles á quienes los monarcas no podían tragar, según me he tomado la molestia de manifestar en más de una ocasión.

Los concejos se unían entre sí para fines de interés de cola, ó sea colectivo, constituyendo lo que se llamaba *Hermandades*, si todos los concejales eran hermanos (de leche cuando menos), y

*Comunidades*, si se trataba de algo relacionado con los quioscos feudales de necesidad.

Todos los vecinos de los pueblos, después de bien limpios y arregladitos, tenían derecho á concurrir, ya en coche, ora en tranvía, á las sesiones del concejo; pero la autoridad que representaba al común (representación poco decorosa, al parecer), era el funcionario llamado *Alcalde de Fuero* si lo elegían los vecinos, y *Alcalde de Salero* si le nombraban las vecinas. Este señor presidente mandaba las milicias, presidía las corridas de toros y administraba justicia seca, excepto en tiempo lluvioso.

Los cargos menores de los concejos estaban distribuídos entre los *Regidores*, los *Jurados*, los *Sesmeros* (llamados así porque se esmeraban en cumplir su misión) y los *Consellers*, *Alguaciles*, *Almotacenes*, *Aguamaniles*, *Alarifes*, *Altramuces* y otros golfos de justicia.

El régimen municipal modelo era el de Barcelona, á cuyo frente se hallaba el *Consejo de Ciento*, fundado por San Bruno, que daba ciento por uno. También merece ser citado el *Tribunal de los Veinte* de Zaragoza, aunque valía la quinta parte del anteriormente aludido. En cambio hubo punto cuyo concejo sólo constaba del Alcalde, una prima suya coja y un perro de aguas.

Respecto á las *Cortes*, sólo podemos decir que en aquellos felices tiempos de la Reconquista no se parecían á las Cortes modernas, afortunadamente.

Estas hacen mangas y capirotos de los asuntos legislables y suelen perder el tiempo en discutir majaderías, sin que los reyes molesten á los representantes de los pueblos, gente hoy día fresca y desahogada, por regla general. Las Cortes de

la Edad Media se reunían cuando y como á los reyes les daba la gana real, ó la real gana, ocupándose en los asuntos que los mismos monarcas sometían á su deliberación.

Las Cortes se compusieron al principio de prelados y nobles afectos al soberano; pero andando el tiempo fueron llamados por éste los representantes de los pueblos, llegando á codearse en el Parlamento los obispos con los traficantes en cueros, y los duques con los vendedores de jaulas para loros.

En Aragón, Cataluña y Valencia eran cuatro las clases representadas en Cortes: los nobles, los caballeros, el pueblo y el clero. Las señoras no podían concurrir sino disfrazadas y los niños menores de veinticinco años tenían asimismo prohibida la entrada en el hemicycleo y aun á veces en el triciclo.

Ello es que los representantes en Cortes tenían en el orden político y en el administrativo muchas facultades además de las intelectuales, privilegio de que Natura no ha dotado siempre á los señores diputados.

En Castilla el rey llamaba individualmente á las personas que creía oportuno reunir en Cortes, así como á los taquígrafos, en cuyo vertiginoso cuerpo comenzaba por entonces á prestar servicio mi querido y aventajado compañero don Tomás Luceño, historiador morisco y sainetero cristiano.

**Los ramos en la Edad Media: Gracia y Justicia.—Hacienda.—Guerra y Marina, Agricultura, Industria y Comercio.—Instrucción pública y Bellas Artes.—Punto final.**

Durante la Reconquista hubo una variedad de legislaciones capaz de volver loco á un letrado tonto.

Cuando se establecía un centro de población, el rey, los nobles y el clero ¡cataplum!, dictaban una *carta puebla* (que era algo más difícil de dictar que una carta amorosa) y quedaba así constituido un fuero ó conjunto de franquicias á favor de los pobladores. De este modo nacieron los lugares de *realengo*, *señorito* y *abadejo*, que no eran por cierto, lugares comunes.

Códigos que merecen citarse (como si dijéramos, "casas recomendadas"):

Los *Usatges*, en Cataluña; *El Fuero de los 0.25* y el de *Que usté se mejore*, en Navarra; *El privilegio del general* y el del *Bazar de la Unión*, en la patria chica de Cavia; y en Castilla el *Fuero rancio*, el *Espéculo* (que todavía usan los médicos especialistas); el *Ordenamiento de las tafurerías*, regulador de las timbas cristianas; el *Código de las siete partidas* (que fueron siete) y el *Ordenamiento de Alcalá*, ó manual del perfecto fabricante de almendras garapiñadas.

En las provincias vascongadas había ya fueros especiales, que hoy se conservan y mañana también. (Veremos pasado mañana lo que ocurre).

Era, pues, como se ve, complicada y varia la legislación de aquella bendita época, sin que lo-



graran unificarla los esfuerzos de Don Alfonso X de Castilla y de Don Jaime I de Aragón y mucho menos los de Montero Ríos, entre otras cosas porque este señor no había resuelto venir al mundo todavía.

La condición de las personas variaba mucho en aquella época. Existían esclavos que andaban con sus esclavinas de un lado para otro; pero mezclados con hombres libres para ir á pelear contra los árabes se les dulcificaba considerablemente la esclavitud, hasta el punto de que algunos murieron de diabetes sacarina, no siendo la Iglesia la que coadyuvó con menos azúcar á dicho cristiano fin.

Hubo, sin embargo, los *siervos* (llamados *cierros* por no pocos andaluces), los *vasallos* y los *villanos* (especialistas en juegos de manos).

Entre los libres había sujetos de diferentes categorías, una de las cuales era la de los *pecheros*, llamados así comúnmente porque daban el pecho á los nobles recién nacidos.

Sobre el pueblo pesaban tributos impuestos por los soberanos y existía ya la odiosa casta de los recaudadores, que, cayendo sobre los vasallos, les apretaban más que aprieta un dolor de muelas...

¡Y qué caprichosos eran los tributos!

En Castilla se pagaban los impuestos siguientes: el de *fonsadera* ó *fuenlabrada*; la *moneda florera*; la *ambada*, ó cantidad con que se pagaba á los *heraldos* (hoy sólo cuestan cinco céntimos); el *yantar*, ú obligación de dar al rey pan y queso cuando danzaba por esos pueblos de Dios; la *sisá* (impuesto propio de cocineras); el *diezmo* (décima parte de las guindas y alcachofas recolectadas con destino al clero); los derechos de *aduanas* y los que fueron establecidos por el paso de

puertas, puentes y barcas, denominados respectivamente derechos de *portazo*, *pontealgo* y *barcáiztegui*.

Con todas estas socaliñas, los ingresos del erario eran enormes, y á pesar de las filtraciones consiguientes, con ellos podían los reyes darse vida de príncipes y los señores feudales tener más de una criada y de dos camisas; y todavía sobraba dinero para edificar templos, construir frontones, comprar cartuchos y organizar cuchipandas.

El ejército se componía de todos los españoles, excepción hecha de algún tullido que otro.

Formábase por grupos, llamados *mesnadas*, porque no cobraban nada al mes, y acudían á la guerra cuando ardía ésta, del mismo modo que en tiempo de paz cada soldado se iba á su casa y Dios á la de todos, quedando en armas un par de centinelas para que al rey no le entrasen moscas.

Cosa parecida ocurría con las fuerzas navales, alimentadas, por cierto, con nabos, de donde tomaron el nombre.

Cuando muy avanzada la Reconquista se construyeron barcos, bergantines, galeras y tartanas, fueron llamados los genoveses y los pisotones para dirigirlos, y á su servicio acudió la gente de mar española al mando de un Almirante.

Hay algunos historiadores desequilibrados que presentan ya á Auñón como jefe de aquellas escuadras; pero no juzgamos verosímil tal noticia, por la sencilla razón de que dicho marino era *todavía* muy pequeño.

¿Saben ustedes qué armamento se gastaba en la época de la Reconquista?

Habiéndose tropezado con algunas dificultades

para adquirir fusiles Maüser por varias razones, entre ellas porque no se había inventado todavía tal armamento, se consideró preciso apechugar con la lanza, la ballesta, la espada y el basto, que fueron siendo sustituidos por la badila y otras armas de fuego tomadas de los árabes, hombres fogosos con anterioridad á los cristianos.

Entre los *ballesteros* más notables que consigna la historia, recordamos á D. Juan Gualberto, á don Luis López y á D. Calixto. Espadistas hubo más.

La Agricultura, la Industria y el Comercio, que no son fuentes de vecindad, pero lo son de riqueza en todos los países, como dijo muy bien el gran Chapoteaux, no podían prosperar en tiempo de guerra.

Faltaban brazos por todas partes, no porque los españoles estuvieran mancos, sino porque no podían empuñar á la vez la lanza y la regadera, la espada y el serrucho, la ballesta y la vara de medir. Hasta que la situación fué normalizándose, no pudo ir habiendo maquinistas, horteras y destripa-terrones.

La Iglesia fundó monasterios y plantó coliflores alrededor. Los concejos se pusieron á manejar el arado, formándose poderosas yuntas de concejales, y de entonces data el famoso *Consejo de la Mesta*, que comenzó por ser un consejo de rumiantes y hoy subsiste formado por apreciables ganaderos.

El desarrollo industrial fué más lento, pues hasta el final de la Edad Media no vimos en España fábricas y talleres de paños, curtidos, armas, muebles, pedrería, zambombas y guirlache.

El comercio alcanzó en Cataluña mayor altura que en el resto de la Península. Había allí tiendas hasta en los pisos cuartos. Y para conven-

cerse de su desarrollo no había más que leer la plana de anuncios de *La Veu de Catalunya*, y el movimiento del puerto de Barcelona, mucho mayor entonces que el del puerto de Guadalajara.

¿Y á qué fué debido todo ello? A la apertura de vías de comunicación, á los mercados, á las ferias (no á las de Madrid), y sobre todo á la sustitución de la tiranía por la libertad.

Algo debo decir de la cultura intelectual de España durante la Reconquista, y estoy seguro de que he de hacerlo con mi peculiar acierto; como no lo ha efectuado hasta hoy historiador alguno.

La Iglesia fué la depositaria del saber, y el clero fué el cultivador de las ciencias, propagando todos los estudios, desde el de las matemáticas hasta el de las castañuelas. De los monasterios y de las iglesias fué de donde salieron las misas; es decir, de allí salieron las enseñanzas populares, contribuyendo á su difusión las Universidades y llegando éstas á adquirir tal fuerza, que más que de sabios, parecían estar formadas de mozos de cuerda, unidos por la filosofía escolástica.

Entre los individuos aplicaditos que sobresalieron por aquel entonces, figuran el doctor Villavieja, D. Raimundo Fernández Lulio, San Francisco Ferrer, San Vicente de Borja, mi distinguido émullo el *Tostado* y otros modelos del humano saber.

Algunos reyes echaron también su cuarto á ciencias. Escribieron latas en latín Sebastián de Salamanca, Speraindeo, Juan Hispalense y otros. Corrompido el latín (sin duda por estar mal tapado) y revuelto con el godo y el árabe, se produjo un idioma llamado *romance*, del cual nacieron el *bable*, el *catalán*, el *valenciano* y el *mallorquín*. (*La Mallorquina* es algo posterior.)

El primer monumento de poesía castellana fué el *Poema del Cid*, debido á la bien tajada péñola de D. Eduardo Bustillo. Después aparecen prosistas muy notables como el Marqués de Villena, Sancho el Bravo, Alfonso el Sabio y Melantuche.

Respecto á Bellas Artes, dieron los cristianos, igual que los árabes, visible preferencia á la arquitectura, sobresaliendo también en la construcción de castillos en el aire.

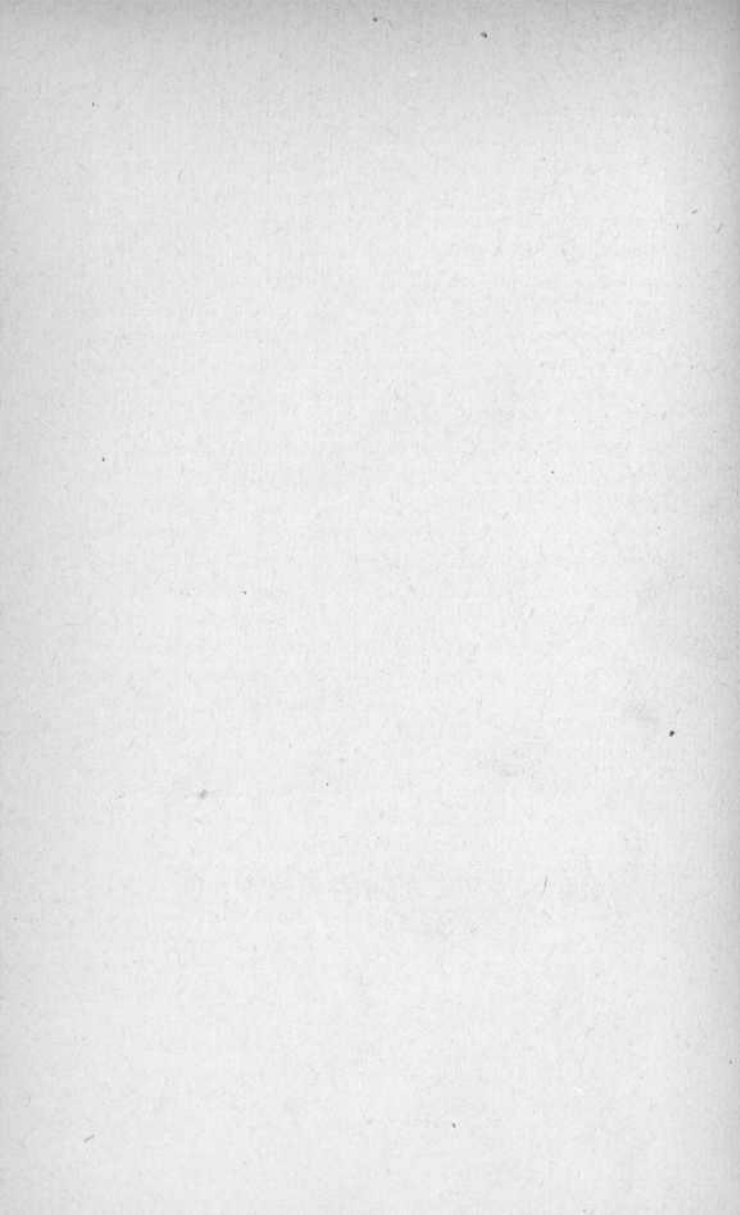
Dominó el orden latino-bizantino en un principio, después dominó el orden público y por último llegó á imperar el gótico florido, ó sea el de las flores con gotas, al cual pertenecen las catedrales de Toledo, León, Sevilla y Burgos y el Matadero de cerdos de Madrid.

Cultivaron asimismo aquellos buenos señores la pintura y la música con aplicación á fines religiosos, hasta el punto de que en tan felices tiempos se veían santos pintados por todas partes y no había músico que no compusiera cada día su correspondiente salmo penitencial para guitarras y bandurrias.

Y con tan ingeniosas frases doy por terminada mi tarea, para que otro historiador más agraciado y menos formal que yo la continúe.

Dejo, pues, este lugar,  
y antes que alguien me eche el toro,  
me retiro por el foro  
y me voy á descansar.







## PARTE UNDECIMA

---

### LA CASA DE TRASTAMARA

POR

**Miguel Ramos Carrión.**

---

**La rama de los Trastamara y sus frutos, algunos de ellos prohibidos. — Guerras y paces.**

El reinado de los Trastamara, que fueron unos trastos, empezó por la subida al trono de Don Enrique II, "el Bastardo", por lo cual debería escribirse con letra bastardilla. Pero no quiero bastardear los hechos, y con mi palabra debe bastardos, digo bastaros. Y basta.

Después de la tragedia de Montiel que, como ya se sabe, acabó con la muerte de Don Pedro, cariñosamente asesinado por su hermanito, fué reconocido éste rey de Castilla y jurado en las Cortes de Toro, que, á pesar de llamarse así, no eran tan fieras como indicaba el nombre.

Muchas poblaciones, fieles todavía á la memoria del malogrado Don Pedro, protestaron contra el nuevo rey aliándose con Aragón y Navarra. El monarca granadino declaró la guerra á Don Enrique y acometió á Algeciras, cuyo puerto, según cierto historiador que tengo á la vista, *cegó*, sin duda por no ver al moro, que era muy feo.

Para pagar sus trampas, mayores cada vez, por lo cual sin duda no estuvo nunca á bien con los ingleses, alteró Don Enrique el valor de la moneda, recurso de que en aquellos tiempos se valieron algunas veces, pero que no servía para nada. Porque, es claro, las cosas aumentaban de precio, y aunque un perro chico valía cuatro reales, no podía evitarse que costase una peseta un número del *Heraldó*. Y todo por el estílo.

De este modo pagó el rey con poco dinero los servicios de las tropas de Duguesclin, que por lo visto era tonto de capirote, y para premiar lo que en favor suyo había hecho ayudándole contra Don Pedro, concedió á aquél grandísimos favores, medio que empleó también á manos llenas para congraciarse con los nobles de Castilla y León, por lo cual se llamó á Don Enrique II, *el de las Mercedes*.

No tuvo, pues, este sobrenombre, como indica algún cronista malicioso, porque estuviera liado á la vez con Mercedes la *Chalequera* y Mercedes la *Cambianta*, dos menestralas que vivían en la calle de Ministriles.

Lafuente y otros historiadores no menos veraces, aseguran que dejó á su muerte *trece hijos bastardos habidos de diferentes damas*. ¡Olé por las damas y por el reyecito!

Era éste, según lo pinta el Padre Mariana, muy simpático y agradable y hacíase querer por



su dulce y suave condición y sus *¡¡buenas y loables costumbres!!* Y aquí debemos añadir: ¡Olé por el Padre Mariana!

Consuela y fortifica el ánimo esto de ojear ú hojear, como ustedes gusten, las páginas de la Historia y ver en ellas cómo andaba la moral por aquellos tiempos, que hoy la gente reaccionaria y apegada á lo antiguo quiere mostrarnos como ejemplares.

Pero volvamos á nuestra historia, es decir, á la historia de Don Enrique.

Víctima de contrariedades y disgustos sin cuento que le proporcionaban á cada paso sus compañeros de profesión, quiso evitar en lo posible el encontrarse aislado y sin fuerzas para combatir á sus enemigos, y recordando que siempre le había probado su afecto el rey de Francia, á quien realmente debía el trono, se alió con él por lo que pudiera tronar.

Poco después firmó con el de Granada una paz por veinte años, pues entonces no se hacían las paces por poco tiempo, y sitió y tomó á Carmona, donde Martín López de Córdoba, con los hijos de Don Pedro el Cruel, se había hecho fuerte, levantando el pendón de la legitimidad contra el perdón del usurpador fratricida.

Lo cual prueba que en todas ocasiones en España hubo sobra de pendones.

Entró Don Enrique en la ciudad, apoderóse de Don Martín, y se deshizo de él en un periquete, vengándose así del defensor de Don Periquito.

Don Fernando de Portugal, que era biznieto de Sancho el Bravo, se levantó una mañana, y dijo:

—Pues, señor, yo estoy haciendo el primo con ese primo que ocupa indebidamente el trono de

Castilla y León; no aguanto más. Mi derecho es incuestionable, puesto que vengo directa y legítimamente de mi abuelo (que en gloria esté), y supongo que los castellanos y leoneses preferirán á ese bastardillo un monarca como yo, arrogante, valeroso y guapo.

De estas palabras se deduce que á Don Fernando, no sólo se le había muerto su abuelo, sino también su abuela.

Decidido á sentarse en el trono de sus mayores, buscó algunos gallegos, como si fuera á hacer una mudanza, y con ellos se dirigió á Castilla.

Supo Don Enrique *las que se traía* su simpático pariente de Portugal, y, ni corto ni perezoso, enderezó allá sus pasos, penetró en el reino, se apoderó de varias poblaciones importantes, Viseo entre ellas, y sembrando el terror entre los portugueses, y acaso entre las portuguesas, llegó hasta Lisboa, de la cual se hubiese apoderado sin la mediación del Papa, que aconsejó la paz y la logró, lo cual no han conseguido otros pontífices en nuestros días, á pesar de sus buenos oficios.

Una hija de Don Pedro, sobrina por consecuencia de Don Enrique, estaba casada con el duque de Lancaster, inglés flemático y patilludo, y este señor, que por su matrimonio con aquélla se creía con derecho al trono de Castilla, pretendió también esta corona; pero renunció á ella cuando se firmó la paz con Portugal.

Que de tiempos atrás los portugueses se entendieron muy bien con los ingleses.

A éstos, como ya dijimos antes, aborrecía don Enrique con toda su alma, cosa natural en quien era tan pródigo y despilfarrador, y contra ellos ayudó á Francia, enviando dos escuadras al man-

do del celeberrimo Bocanegra, famoso también como matador de toros.

Y ahora sí que debemos decir: ¡qué tiempos aquéllos! No sólo pudo el rey de *unas cuantas provincias de tierra adentro* ayudar á su aliado extranjero con dos escuadras, sino que una de éstas derrotó á la de los ingleses en la Rochela, y otra, al mando de Rui-Díaz de Rojas, obligó á los enemigos británicos á retirarse con viento fresco y con las popas bastante averiadas.

Para hacer las paces de Portugal, de que hablamos antes, fué necesario concertar varios matrimonios entre infantes y príncipes, todos bastardos y alguno de ellos poco más que recién nacido. Porque en aquella época era muy frecuente que un rey dijese á otro:

—Oye, compañero, nos conviene ser suegros para que algún día se unan en las cabezas de nuestros hijos las coronas que hoy disfrutamos.

Y contestaba el colega real:

—No hay inconveniente. Yo tengo disponible una princesita que nació el mes pasado.

—Pues mi esposa debe de dar á luz uno de estos días, y lo que nazca lo casaremos con tu hija.

—¿Y si es chica también?

—Sí es chica la retuerzo el pescuezo. ¡No faltaba más!

¡Y de *orden del rey* nacía chico... y ya casado!

“La moralidad de los reyes de este tiempo se ve en la prole ilegítima que todos *tenían* y en que concertaban públicos enlaces.”

Esto dice en su Historia textualmente  
don Modesto Lafuente.

Lo copio para que alguien se convenza  
de que hubo muchos reyes sin vergüenza.

**Eclesiásticos de altura.—Leyes taurinas.—  
Perico IV de Aragón.—Defunción de Don  
Enrique.**

Por entonces se armó en Roma un cisco, digo un cisma de todos los demonios.

Muerto el Pontífice Gregorio IX, le sucedió Urbano VI, elegido entre protestas, alborotos y escándalos, más propios de plazuela que de cónclave.

Los cardenales disidentes; los Urzaizes purpurados, como si dijéramos, se marcharon de la ciudad eterna so pretexto del calor insufrible que se sentía, según dicen todos los historiadores; pero en realidad para unirse y nombrar otro Papa.

En Fundí, pueblo donde hacían una riquísima horchata de chufas, tomáronla todos, y allí decidieron elegir Pontífice á Roberto, cardenal de Ginebra, con el nombre de Clemente VII. Claro es que un Papa nombrado en *Fundi* había de ser considerado en Roma como un *in-fundio*. Llovían sobre él y sus parciales excomuniones y censuras; pero otras tantas lanzaban ellos contra los de Roma, y los dos Pontífices se pusieron de ropa de pascua, dando el espectáculo más lamentable.

Nombró Urbano VI veintinueve cardenales en un solo día, que ya fué un buen golpe, y Clemente VII con los suyos marchóse á Aviñon, donde formó su corte pontificia.

Los italianos, alemanes é ingleses reconocieron á Urbano; los franceses y los escoceses á Clemente, y los españoles dejaron pasar tiempo antes de decidirse por uno ó por otro.

No parece sino que gobernaba don Segismundo.

Don Tello, hermano del rey, señor de Vizcaya y de Lara (no D. Cándido), sintió un día horribles retortijones de tripas y falleció á poco. La voz pública acusó á Don Enrique de este segundo fratricidio, tal vez por aquello que dice el refrán: quien hace un cesto hará ciento, y hasta asegurábase que para matarle se había servido de unas hierbas que cogió.

Don Enrique sintió de veras la muerte de su hermano y le guardó luto seis meses, no asistiendo á teatros, conciertos ni toros y llevando media gasa en el sombrero de copa. Porque, eso sí, el rey era bondadoso y sensible y parecía querer borrar con sus actos el recuerdo de lo que había hecho con su hermano Perico.

Otras cualidades dignas de elogio hay que reconocerle imparcialmente, y una de ellas, la mejor sin duda, fué su deseo de emplear el poco tiempo que le dejaron libre las guerras en dotar al país de leyes saludables, más necesarias que en ningún punto en Castilla, donde apenas se conocía otra ley que la del embudo.

Las más dignas de mención y que pronto arraigaron, como germen fecundo del poder legislativo, fueron hechas en Cortes el año 1371 y son conocidas todavía por el nombre de Leyes de Toro. No hay que confundirlas con el reglamento para las corridas de toros, que es algo posterior.

Don Pedro IV de Aragón, llamado el *Ceremonioso* por su exagerada afición á saludos, etiquetas y cortesías, tomó tirria á Don Enrique porque no le envió tarjeta el día de su santo, 29 de Junio, y unido con el rey de Navarra y con los ingleses, declaró la guerra al de Castilla.

Este pobre hombre no podía vivir en paz: cuan-

do no eran unos, eran otros. Lo traían como un zarandillo.

Pero en este caso tuvo suerte y recobró pronto la plaza de Logroño, que ya empezaba á ser famosa por sus pimientos morrones, y la ciudad de Vitoria, donde compró una sillería que daba el opio, por lo cual era excelente para dormir la siesta.

Aquella guerra sin cuartel, y sin cuarteles, porque entonces no había edificios especiales para albergar á las tropas y no se conocían más cuarteles que los inútiles de los escudos nobiliarios, acabó como la mayoría de las comedias, en matrimonio. En esta ocasión los cónyuges fueron los hijos de los combatientes. El príncipe Don Carlos de Navarra enlazóse con Doña Leonor de Castilla, y el príncipe Don Juan, heredero de Don Enrique, con Doña Leonor de Aragón.

Para este arreglito medió diplomáticamente el rey de Mallorca, que envió á los novios, como regalo de boda, dos ensaimadas y una sobreasada de su país.

Ya estaba Don Enrique tan satisfecho por haber colocado á casi todos sus hijos y por ver su reino en relativa paz, cuando el demonio vino á dar al traste con la alegría.

Una tarde de primavera, cuando la Naturaleza se vestía con sus galas más espléndidas, paseaba el rey por los jardines del palacio de Santo Domingo, luciendo entre la nobleza unos borceguíes que le había regalado el emir Mohammud de Granada y que, á pesar de oprimirle un poco los juanetes, llevaba el monarca con orgullo, porque le hacían el pie muy chiquitito.

De pronto sintió en los tobillos una picazón extraña, como si le brotaran sabañones, impropios

en aquella estación, y apoderóse de todo su cuerpo un desasosiego y un malestar que se convirtieron en dolores agudísimos.

Aquella noche falleció el rey, y como por la mañana había tenido una entrevista con Carlos de Navarra, llamado *el Malo*, tal vez para distinguirlo de otros peores, se supuso que éste había envenenado al rey de Castilla.

No faltaban ciertamente motivos para tal sospecha, pues poco tiempo antes el monarca navarro había querido dar jicarazo al de Francia; pero averiguóse muy luego que tal suposición era injusta, y que el rey había fallecido emponzoñado por los borcegués del morito.

Don Enrique murió el 20 de Mayo de 1379, á los cuarenta y seis años de edad, y fué muy llorado por su familia, que como ya hemos dicho, era numerosa y variada.

### Juan I.

Una vez muerto Don Enrique, pues, como todos, no se murió más que una vez, ocupó el trono su hijo legítimo Don Juan, á quien se llamó Primero, porque no hubo antes ningún otro rey del mismo nombre, aunque las crónicas nada dicen acerca del particular.

Coronado solemnemente en las Huelgas de Burgos, que nada tenían ni tienen que ver con las huelgas actuales, preocupación constante de los Gobiernos, su primer acto fué quemar los borcegués de su señor padre para evitar que alguien se los pusiera, pues quedaron en muy buen uso.

Con motivo de la coronación celebráronse fiestas memorables en la ciudad del Papamoscas:

conciertos por la banda del Hospicio, fuegos artificiales, toro del aguardiente, fuentes de vino; en fin, todo lo acostumbrado cuando se muere un rey y le sucede otro.

Para hacer saltar á los ingleses, á quienes por odio hereditario aborrecía Don Juan, aliado con el rey de Francia, formó una escuadra de muchas galeras, supongo que aceleradas, porque en poco tiempo y al mando de Sánchez Tovar llegó hasta el mismísimo Londres por el Támesis. Claro es que por el río había de ser, pues por tierra era imposible que llegase; pero así lo dicen los historiadores y no quiero separarme de ellos.

Indignése con tal atrevimiento y osadía el duque de Lancáster, y unido al rey de Portugal, declaró á Don Juan la guerra, con poca fortuna para lusitanos é ingleses, que fueron derrotados, figurando entre las victorias de los de Don Juan la toma de Almeida (no del peluquero de la calle de Sevilla).

Aquella guerra terminó por la estipulación del casamiento de Don Juan con Doña Beatriz, hija y heredera del rey de Portugal. Muerto éste, su viuda, Doña Leonor, llamó cariñosamente á su yerno, caso excepcional entre las suegras y muy digno de figurar en las crónicas, para que ocupase el trono vacante; pero los portugueses, que siempre nos han tenido entre ojos, ó sea montados en la nariz, reunieron Cortes en Coimbra, patria de los cohombres y de algunos churros, y proclamaron rey al maestro de Avis, hombre rarísimo, por lo cual se dijo aquello de *rara avis!*

Era éste hermano natural, naturalmente, del monarca difunto, y llamóse como el de Castilla, Don Juan I, por la misma poderosa razón de no haber existido antes otro de igual nombre.



Poco tiempo más tarde estalló la guerra entre ambos reinos.

Y en la batalla de Aljubarrota,  
tras una lucha de algunos meses,  
España tuvo la gran derrota,  
pues nos vencieron los portugueses.

El susodicho, redicho, citado y precitado duque de Lancáster, que por lo visto era un tío muy chinche, volvió á pretender el trono de Don Juan, y protegido por el papa Urbano VI, que le confirió, *porque sí*, el título de rey de Castilla y de León, desembarcó en la Coruña con un ejército de ingleses, ante los cuales temblaron todos los dueños gallegos.

*Pero Don Juan no se arredra*; sale á buscar á su enemigo, y después de varias batallas, acciones, encuentros y escaramuzas, termina la guerra con la paz del Troncoso.

Tal vez porque el nombre convidaba á *entroncarse*, quedó allí concertado el matrimonio entre los hijos de los dos combatientes, el príncipe Don Enrique de Castilla y Doña Catalina de Lancáster, primeros que usaron el título de príncipes de Asturias.

El rey Don Juan I congregó Cortes repetidas veces, buscando siempre sanos consejos para gobernar.

No se gastaba en aquéllas, como en las de ahora, lastimosamente el tiempo en discusiones estériles, personales y enojosas; no eran los diputados caciques de tal ó cual comarca, ni bebían agua con azucarillos, ni chupaban caramelos de la Pajarita, ni obligaban á que se agitase más campanilla que la de la garganta del presidente.

Las Cortes de Burgos, en que se hizo la ley

de vagos, oportuna siempre en España, las Cortes de Segovia, las famosas de Valladolid, las célebres de Briviesca y de Guadalajara, son páginas honrosas para aquel rey, más merecedor de renombre y gloria que otros muchos expuestos á la pública admiración en estatuas y monumentos.

La estatua de Don Juan I, caso de erigírsele, y consúltese con el Sr. Canalejas, que es el llamado para estos casos, no debería ser ecuestre, porque el pobre señor no tuvo fortuna como jinete.

En Alcalá de Henares, yendo un día con varios señores de la Corte, con el arzobispo de Toledo y con Don Pedro Tenorio, tatarabuelo del famoso Don Juan, al atravesar un barbecho apretó las espuelas, despidióle el caballo y quedó muerto.

### Enrique III.

A la edad de once años, escasa siempre para reinar, pero más escasa porque no los había cumplido todavía, empuñó Don Enrique el cetro como hubiera empuñado cualquier juguete de Noel.

Asegúrase que el encanijado Enriquecito, ó *Quitito*, como familiarmente le llamaban en palacio, se crió muy mal y solamente con leche de cabras, por lo cual sin duda, desde pequeño tuvo cierto aspecto de chivo, que conservó siempre, como puede comprobarse por las monedas y medallas de entonces en que se halla su efigie.

Ni la emulsión Scott, ni el aceite de hígado de bacalao, traído expreso de Escocia, ni la harina lacteada, ni cuantos específicos anunciaban los periódicos, bastaron para fortalecer al esmirriado príncipe, que por sus achaques fué siempre conocido por el *Doliente*.

Hasta su mayor edad debía gobernar el reino, según disposición del difunto monarca, un consejo ya por él designado; pero la ambición de los nobles y la influencia, decisiva entonces como ahora, del alto clero, representado por los arzobispos de Toledo y de Santiago, produjo un zipizape de todos los demonios, que acabó por el nombramiento de una regencia compuesta de nueve nobles y seis procuradores de las ciudades; total, quince regentes.

Si con uno, salvo excepciones, han andado muy mal las cosas, figúrese el lector cómo andarían con quince.

No se entendían entre sí ni querían entenderse; deshacían los unos lo que ordenaban los otros; repartían todo lo del reino entre sus parientes, amigos y paniaguados y malgastaban con verdadero escándalo el Erario público, que por burla, sin duda, llamaban *Tesoro*.

Uno de los sucesos más notables entre los ocurridos por entonces, fué la matanza de judíos en Sevilla, ocasionada por el arcediano de Ecija, y en Córdoba y en Castilla por diferentes socios más ó menos arcedianos.

¡Qué brutos!

Con los excesos, prodigalidades y latrocinios de los regentes y tutores, hallábase ya Don Enrique, no digo hasta la coronilla, sino hasta la corona real y un poco más arriba.

Un día que un chismoso palaciego, de los que nunca faltan, y alguna vez son útiles á los reyes, porque les enteran de lo que no saben, le dijo cé por bé las fechorías de no sé cual de los regentes, el monarca se ajustó bien los pantalones y exclamó con voz enérgica, impropia de un pecho poco desarrollado:

—¡Ea, esto se acabó! ¡Guay de los malsines que así desbaratan las rentas públicas y que me ponen en berlina!

Y terciando el manto real á modo de capote de paseo, se encaminó á las Huelgas (pues esto sucedía en Burgos), y allí, sentado en su trono, y á presencia del legado pontificio, del arzobispo de Santiago, del duque de Benavente, del maestro de Calatrava y de varios otros magnates y caballeros, dijo que desde aquel momento soltaba los andadores y empezaba á gobernar el reino, sin esperar los dos meses que le faltaban para cumplir la mayor edad.

Quedáronse los nobles como de una pieza; pero aguantéronse como unos zorros y el rey salió de las Huelgas aclamado por la muchedumbre, que empezó á cantar el himno de Riego.

Otro rasgo de entereza digno de mencionarse, fué el de Don Enrique al tomar posesión del Señorío de Vizcaya. Juró el rey en Larrabezúa, en Bermeo y so el árbol de Guernica (*Guernicaco arbola*), según la costumbre establecida, y después de bailar el zortzico y de soportar varios discursos en vascuence, de los cuales claro es que no entendió palabra, negóse á varias demandas que le parecieron injustas con energía tan inusitada y dando tales puñetazos sobre el pupitre, que los vizcainos se quedaron absortos.

Sin embargo, convencidos de las razones que asistían al monarca para negarse á sus pretensiones, mostráronse con él afables y corteses y le regalaron una boina encarnada con borla de oro, que estrenó el día de su boda con Doña Catalina de Lancáster.

Parecían olvidados el antagonismo y la lucha entre cristianos y moros hacía mucho tiempo, y

vivían en santa paz los unos y los otros, cuando un incidente inesperado vino á turbar la quietud de que disfrutaba el reino.

El maestro de Alcántara, fanatizado por las predicaciones de un ermitaño, que le había vaticinado que expulsaría á los infieles, desafió al rey de Granada, *ciento contra doscientos y mil contra dos mil*.

En vano Don Enrique le hizo reflexiones acerca de los peligros á que se exponía con tal reto, que rompía las treguas venturosas entre Castilla y Granada, y en balde le aconsejó que desistiese de aquella tontería caballeresca; el fanático maestro pasó la frontera con más de cinco mil hombres.

Enojado, y con sobrada razón, el rey moro llamó á las armas á todos sus vasallos, y reuniendo un ejército de cinco mil jinetes y más de cien mil hombres de á pie, cayó como una nube de langosta sobre los cristianos, haciendo en ellos horrible matanza. El imbécil maestro murió también en el combate, peleando, según dicen los historiadores, *con un valor digno de mejor cordura*, lo cual prueba una vez más que se puede ser muy valiente y no tener pizca de sentido común.

Y gracias á que mediaron entre el monarca moro y el castellano leales y francas explicaciones, prosiguió la interrumpida tregua y reinó la paz entre moros y cristianos.

No así entre españoles y portugueses, que volvieron á las andadas, porque el rey de Portugal se apoderó por sorpresa de Badajoz y prendió al mariscal de Castilla, Garci-González de Herrera, lo cual indignó á Don Enrique de tal modo, que armó sus fuerzas de mar y tierra. Después de conquistar varias importantes ciudades y de salir vencedor en muchas batallas, derrotó á la flota

portuguesa, que venía de Génova cargada de armas y municiones, mostrándose el almirante Don Diego Hurtado de Mendoza tan cruel y vengativo, que arrojó al mar más de cuatrocientos prisioneros después de asegurarse de que no sabían nadar.

Aunque el rey doliente, después de su mayor edad, había recobrado la mayoría de las rentas que durante su tutoría se zampaban con la mayor desvergüenza el duque de Benavente, los condes Don Pedro y Don Alfonso y la reina de Navarra, otros magnates, tan desahogados como aquéllos, usurparon las rentas reales y robaban de tal manera, que el monarca se veía reducido á la mayor estrechez.

Tal vez antes no se quejó de esto porque era muy delgado; pero á tal extremo llegó su penuria, que hallándose una vez en Burgos, al volver de caza se encontró con que en Palacio no había comida ni para él ni para la reina.

En la morada del arzobispo de Toledo, D. Pedro Tenorio, se celebraba aquella noche un banquete al que asistían nobles, obispos y magnates, y cuyo *menú*, que por rara casualidad ha llegado á mis manos, era el siguiente:

Menudillos de gallo á lo San Pedro  
 Hígado de cerdo á lo San Antón  
 Chuletas *grillées* á lo San Lorenzo  
 Pichón á lo Espíritu Santo  
 Capones á lo tiple de capilla  
 Espárragos de Aranjuez (vulgo *pericones*)  
 Suspiros de monja, Tocino del cielo  
 y Cabello de ángel.

Enterado de esto, el Rey, á quien se le hacía la boca agua leyendo la lista de los manjares, llamó

á su ayuda de cámara, un gallego muy listo, y entregándole su gabán, le dijo así:

—Tú eres persona de toda mi confianza. Con la mayor reserva ve á una casa de préstamos y empeña este gabán.

Y gracias á tal recurso, aquella noche pudieron relamerse las reales personas con un succulento bisteque.

Terminada la cena frugal, el monarca pidió prestado á un pajecillo su traje y vistióse con él.

Así disfrazado y con los cabellos echados hacia la cara para desfigurarse más, encaminóse al Palacio del Arzobispo, donde entró como si fuera un trovador de los que entonces, con sus cantos, entretenían á los grandes señores mientras comían éstos.

¡Qué curda tendrían los respetables señores allí reunidos cuando ni siquiera conocieron á su monarca convertido en trovador gentil!

Cantó éste por todo lo *jondo* malagueñas y soleares, é indignado al ver tal espectáculo, salió al fin por peteneras, es decir, se marchó á la calle.

Al siguiente día hizo divulgar en la corte que se hallaba enfermo y, claro es, los cortesanos acudieron todos á palacio, donde el rey, secretamente, había ocultado debajo de la cama seiscientos hombres.

Cuando toda la nobleza se hallaba reunida en un gran salón, presentóse de pronto el rey con la espada en la mano, como en el final del segundo acto de cualquier ópera, y sin andarse con músicas ocupó el trono, y á cada uno de los nobles, atónitos al ver aquello, fué preguntando cuántos reyes había conocido.

—Señor—respondió el Arzobispo de Toledo,—yo he conocido cuatro.

Y los demás respondieron como aquél, diciendo el más viejo haber conocido cinco.

—¿Cómo es—replicó irónico el rey, saliéndose de sus casillas,—que siendo algunos de vosotros ancianos no habéis conocido más de cinco reyes, cuando yo, tan joven, he visto más de veinte?

Y cuando los nobles, azorados y suspensos, no sabían qué responder, entraron en el salón los seiscientos hombres prevenidos y armados en compañía del verdugo Mateo Sánchez, que traía el tajo, el cuchillo y demás instrumentos de su honrosísima profesión.

¿Qué tal?

El Arzobispo de Toledo se arrodilló ante el rey, pidiendo clemencia; imitáronle los otros magnates y Don Enrique, después de hacerles prometer que restituirían todo lo usurpado, les perdonó la vida; pero los tuvo presos dos meses, hasta que devolvieron tierras, rentas y castillos.

Por este rasgo enérgico y valiente de cuya exacta relación no dudo, mejor que el sobrenombre de *Doliente* le sentaría el de *Morrocotudo*.

### Juan II y Don Alvaro de Luna.

Muerto á la temprana edad de veintisiete años Don Enrique III, subió al trono su hijo Don Juan, que aún no contaba dos años, por lo cual suponemos que subiría á gatas ó que lo llevaría en brazos la nodriza.

Como gobernadores del reino y tutores del precoz monarca fueron reconocidos su madre, Doña



Catalina, y su tío, el infante Don Fernando, entre los cuales duró poco tiempo la armonía, cosa muy común entre los individuos de las familias reales.

Empezó la guerra entre los moros, y deseoso de tomar parte en ella el infante, para evitar las contingencias que pudieran sobrevenir, logró hacer con la reina un convenio por el cual se dividía el reino en dos partes, una desde los puertos hacia Castilla la Vieja y León, que regiría Doña Catalina, y otra que, desde la misma línea, había de comprender Castilla la Nueva, Extremadura, Murcia y Andalucía, gobernada por Don Fernando.

Alcanzó éste grandes victorias sobre los musulmanes, dignas todas de honrosa mención; pero muy principalmente la que logró en el cerco y conquista de Antequera, ciudad ya célebre, aunque parezca mentira, antes del nacimiento de D. Francisco Romero Robledo, de felice recordación.

Vacante el trono de Aragón por haberse muerto el rey, que es cuando generalmente vacan los tronos, el sobrino del difunto monarca Don Martín, ó sea el propio Don Fernando, reclamó sus derechos á la corona aragonesa, que le disputaban los duques de Denia y Prados, nietos de Don Jaime II; el conde de Urgel, biznieto de Alfonso IV, y Don Fadrique, hijo bastardo de Don Martín de Sicilia.

Y surgió el compromiso de Caspe, del cual queda hecha mención en otra parte de esta interesante HISTORIA, y fué adjudicada la corona á Don Fernando el de Antequera, que no la hizo ascos ni mucho menos.

Marchóse el nuevo rey á la tierra de los baturos y quedó Castilla huérfana de buen gobierno y entregada en manos de Doña Catalina y de su hijo que, como es natural, á la edad de siete años.

no pensaba más que en jugar con soldaditos de plomo y en hacer chiquilladas.

Sin embargo, ya demostraba su vocación decidida por las letras, desarrollada después para bien de éstas y desdicha del reino, dedicándose con asiduidad extraña en sus pocos años á la lectura de obras clásicas, tales como la Historia de Bertoldo y las aleluyas de Don Perlimplín, que acababan de publicarse.

Hablemos ahora, pues bien lo merece por su influencia en el reinado de Don Juan, de un personaje célebre cuyo trágico fin ha dado motivo á leyendas, cuadros y obras dramáticas y líricas más ó menos dignas de aplauso. Nos referimos al favorito de aquel rey, Don Alvaro de Luna.

Al servicio de Don Juan, cuando éste todavía era niño, entró como paje por recomendación de su tío, Don Pedro de Luna, Arzobispo de Toledo.

*Sus gracias*, su donaire, su amabilidad, su continente y otras dotes que debía á la naturaleza (que no menciona, tal vez por ser discreto, ningún historiador), le hicieron pronto dueño del corazón del tierno monarca, que no acertaba á vivir sin la compañía de su doncel amado.

¡Ya se ve, cosas de muchachos! Pero es lo cierto que aquel afecto, desarrollado con la edad, llegó á ser funesto para la nación, víctima inocente de los caprichitos del rey y de la voluntad del antiguo pajecillo, que llegó á ser el verdadero soberano.

En vano Doña Catalina procuró en varias ocasiones separarle de su hijo; inútilmente contra el favorito, ya odioso por su preponderancia, se juntaron los nobles y los prelados y toda la gente de la corte; Don Alvaro se sobrepuso á ellos y logró que hasta los que más le aborrecían llegaran á

ser partidarios suyos, para gozar, aunque fuera en segunda fila, de los favores del rey.

—¡Pero qué simpático y qué bonachón es este Don Alvarito!—exclamaba, por ejemplo, el infante Don Juan, mientras decía en su interior:—¡Así te lleven los demonios!

Lo cual prueba que para los palacios de los príncipes se inventó aquel refrán que dice: *manos besa el hombre que quisiera verlas cortadas*.

En afirmación de todo esto, voy á referir un caso chusco ocurrido en Tordesillas el año de 1420, ayer por la tarde como quien dice.

Los infantes Don Enrique y Don Juan, tíos del rey, no se podían ver ni en pintura, á pesar de su cercano parentesco, pues eran hermanos carnales.

Habíase marchado el Don Juan á Navarra para celebrar su boda con la princesa Doña Blanca, que era una morena muy graciosa, y aprovechóse Don Enrique de aquella ausencia para dar un golpe de gracia, pero de muchísima gracia.

Dormía el rey tranquilamente muy poco antes de amanecer, y en la regia alcoba, alumbrada por una lamparilla de aceite, pues todavía no se había hecho la instalación de luz eléctrica, sonaban dos ronquidos: el uno, agudo y casi dulce, como las notas de la flauta; el otro, grave y áspero, como los gruñidos del piporro.

El ronquido atiplado salía de las augustas narices del soberano, que dormía con la boca cerrada y respiraba por donde podía; el ronquido varonil y grueso partía de la garganta de Don Alvaro de Luna. El favorito dormía con la boca abierta, como si hasta en sueños estuviera dispuesto á tragarse cuanto se presentara. La mayor honra y confianza que podía entonces recibirse de un rey era dormir á los pies de su cama, y de este fa-

vor gozaba Don Alvaro, muy envidiado por ello de todos los nobles, que hubieran ocupado con satisfacción y orgullo aquel sitio, más digno de un perro que de un hombre.

Dormían, pues, los dos amiguitos muy profundamente porque se habían acostado tarde. La caza les había ocupado hasta las altas horas de la noche; la caza de chinchas, muy abundantes en Castilla la Vieja por aquel tiempo.

De pronto les despertó ruido de voces y pasos que sonaban muy cerca y vieron invadido el augusto dormitorio por el infante Don Enrique, seguido de trescientos hombres armados todos. Ya era para asustarse.

Claro es que los trescientos no llegaron á entrar en la alcoba, porque no cabían; pero los que entraron dieron grandísimo susto á Don Juan y á Don Alvaro, atemorizados ante aquella inesperada irrupción.

El rey, todo turbado, saltó del lecho derribando la mesa de noche con lo que contenía, y el favorito, más turbado todavía, no acertaba á ponerse los calzones y metía las piernas por las mangas de la ropilla.

—Tranquilizaos, señor—dijo el infante,—todo esto no va contra vos ni contra el simpático Don Alvarito, que seguirá sin separarse de vuestro lado.

Esto bastó para que el rey quedase más alegre que unas pascuas y desde aquel día el infante Don Enrique, después de apoderarse de cuantas personas rodeaban al monarca, se hizo dueño de todo y, como dicen los chulos, *partió el bacalao*.

Su dominio, del cual en vano quiso escapar varias veces el rey ayudado por Don Alvaro, fué

tan desdichado que el infeliz Don Juan llegó á verse en situación análoga á la de su padre cuando tuvo que empeñar el gabán, lo que no pudo hacer su hijo porque los gabanes habían pasado de moda y no se llevaba otro abrigo que capa con embozos encarnados y alguna que otra pelerina.

**¡Valiente favorito!—¡Ande la poesía!**  
**Fin de Luna.**

El favor del rey para Don Alvaro manifestábase más grande á medida que pasaba el tiempo, y con el título de Condestable de Castilla le fueron otorgadas mercedes á porrillo, títulos y propiedades de pueblos, todo, en fin, lo que podía ambicionar. Únicamente no se le concedió, porque todavía no se había inventado, la gran cruz de Isabel la Católica libre de gastos.

Tantas distinciones y preeminencias exacerbaban la envidia de los nobles y se formó contra Don Alvaro una liga, con la cual lograron cazarle como á un inocente jilguero.

Obligado el rey por los magnates desterró al Condestable, que se retiró á su villa de Avllón, donde, según los historiadores, vivía más como príncipe que como proscrito. Los donceles más distinguidos fuéronse con él y parecía que la Corte se había ido con Don Alvaro, no que éste se había ido de la Corte.

Locos de júbilo los que lograron su destierro pretendieron sustituirle dominando al rey; pero eran tantos á procurarlo y se tenían recíprocamente tal hinchá, que bien pronto surgió la discordia y no hubo quien gobernase, llegándose al más espantoso desorden en todo el reino.

Qué tal sería que los mismos que procuraron alejar de la Corte á Don Alvaro pidieron al rey que lo llamase, para lo cual no se hizo de rogar mucho, pues lo deseaba con todo su corazón.

Poco tiempo después se ganó contra los moros la célebre batalla de Sierra-Elvira, llamada también de la Higuera, hecho de armas notabilísimo y en el cual demostraron Don Juan y el Condestable que no se les encogía el ombligo cuando se trataba de pelear.

Algo bueno había de ocurrir en medio de tantos desastres y desdichas como sufría la nación, y para gloria de aquella edad puede citarse el florecimiento de la literatura castellana, debido en gran parte á las aficiones del rey, que estimulaba con su ejemplo el cultivo de la poesía y de la música.

Tocaba la bandurria con verdadero primor, punteando en ella las canciones más populares y entonaba coplas amorosas, compuestas por él, que partían los corazones. A su lado el célebre *Mochuelo* era una garrapata.

Entre la Corte corrompida y asquerosa de nobles indignos, otra Corte esplendente y hermosísima brillaba con fulgores de gloria. Filósofos y poetas vivían á la sombra del rey, que sólo para esto tenía buena sombra.

Sobresalían entre aquéllos y han dejado nombre famoso en las letras patrias, Juan de Mena, el marqués de Santillana y el marqués de Villena, cuyas obras quemó el obispo Don Lope Barrientos, que no fué bisabuelo, como algunos suponen, de María, la famosa tiple.

En aquel período se instituyeron las Cortes de amor, los Certámenes musicales y literarios y los Juegos florales, muy útiles entonces; pero—¡ay

de mí!—origen funesto de los que hoy se estiman para premiar con flores, más ó menos naturales, á poetas chirles y vates falderos, salvo excepciones honrosas, aunque escasas.

La debilidad de carácter de Juan II, que hizo la fortuna escandalosa de Don Alvaro, fué también causa de la desdicha de éste.

La reina Isabel de Portugal, enemiga del favorito á quien debía su casamiento, unióse á la nobleza y apoderándose del ánimo del rey logró que éste creyera cuanto quisieron contarle de Don Alvaro.

Unas cosas verdad y otras inventadas, acumularon tales cargos contra él, que consintió Don Juan en que se le prendiera, dándole, eso sí, *su fe y palabra real* de que ni su persona ni su hacienda recibirían daño.

Palabra de rey se llama en lenguaje vulgar á la que se cumple, y debe de ser por burlas, pues en la Historia á cada paso se ve que tales palabras quedan incumplidas como las del plebeyo más bellaco.

En vano quiso el ya desvalido que el rey le concediese una audiencia. Negóse á ello, contestándole que él mismo en otros tiempos le había aconsejado que no hablase nunca con persona á quien mandara prender.

Empezó el proceso contra Don Alvaro, sacáronle los trapos á relucir, se descubrieron chanchullos é irregularidades, y al poco tiempo, por mandato del rey, fué conducido desde Burgos á la fortaleza de Portillo entre parejas de la Guardia civil.

Así, atado codo con codo, como un tomador cogido infraganti, entró en Valladolid, donde tantos años había hecho gala de su grandeza y su poderío. Y fué condenado á garrote vil; sentencia

que se cumplió, en medio de la compasión de las gentes sensibles y en medio de la plaza de Valladolid, siendo enterrado de limosna el cadáver entre los de los malhechores más distinguidos.

Esta es, sin duda alguna, la mayor enseñanza y el mejor ejemplo para los que logren el favor de los reyes.

Don Juan sobrevivió muy poco al desventurado Condestable. Murió también en Valladolid, donde acaso se le recrudeció la fiebre que padecía, viendo la cadena que aún existe en la plaza del Ocho y de la cual estuvo pendiente la cabeza de Don Alvaro, ¡tan acariciada por él en otros tiempos!

### Enrique IV.

Su triste sobrenombre de *impotente* fué merecido positivamente.

Así, con razones fáciles de comprender y difíciles de explicar, lo aseguran todos los historiadores, haciéndolo alguno en términos tales y tan jocosos que no nos atrevemos á reproducirlos en nuestra HISTORIA CÓMICA.

La subida al trono del nuevo rey fué saludada por el pueblo como su esperanza, pues no era posible creer que este reinado fuese más desastroso que el anterior; pero bien pronto se desvanecieron las ilusiones y empezaron á convencerse los súbditos de que este monarca, por lo malo, daba quice y raya á su difunto padre.

Muy jovenzuelo todavía se casó con Doña Blanca de Navarra, y al poco tiempo tuvo que anu-



larse el matrimonio por no dar fruto la bendición.  
¡Qué había de dar!

Para entretenerse el monarca, en vez de jugar á los soldados con los de plomo, lo hizo con los de carne y hueso, y movilizandó un ejército considerable, realizó por tierras de Andalucía tres expediciones, en las cuales se gastó inútilmente muchas perras.

Idas y venidas, marchas y contramarchas en busca de los moros, que no parecían por ninguna parte, disgustaban á los soldados, ansiosos de pelear por hacer algo.

Lo único reconquistado entonces fué Gibraltar; pero no por la fuerza de las armas, sino porque su gobernador se hizo cristiano y entregó la plaza, acaso para probar lo arraigado de su nueva fe.

Cansado el rey de aquellos jugueteos bélicos y para entretenerse sin duda en otros ejercicios, tan inútiles para él como aquéllos, contrajo segundas nupcias con Doña Juana de Portugal, y si á Doña Blanca la puso verde á fuerza de disgustos, á ésta la puso de veinticinco colores.

A los pocos meses de la boda se encaprichó el rey por una dama portuguesa llamada Doña Guiomar, que entre sus servidores había traído Doña Juana, y llegó ésta á cerciorarse de la infidelidad de su esposo cuando se hallaban en una función de Corte.

Don Enrique, sin recatarse de su mujer, guiñaba el ojo á la portuguesa como si jugasen á la brisca y tuviese el tres, y la reina, que lo vió, saltó del trono como una fiera, cogió del moño á Doña Guiomar y la dió la felpa hache, sin que pudieran impedirlo los nobles allí presentes, ni el mismo rey, que exclamaba á gritos:

¡Doña Juana, esposa mía,  
ten prudencia y disimula,  
piensa en tu categoría,  
que no eres ninguna chula!

Aquella bronca produjo á la reina una bronquitis agudísima de la que estuvo á punto de perecer, y la Corte se dividió en dos bandos: uno á favor de Doña Juana y otro partidario de Doña Guiomar, ¡¡¡acaudillado por el Arzobispo de Toledo!!! (Permitidme poner tres admiraciones, aunque por lo mucho referido antes no debemos admirarnos de nada.)

Fuerza es confesar que la humillada esposa no era, ni con mucho, un modelo de fidelidad.

Don Beltrán de la Cueva, uno de los más gallardos caballeros de la Corte, procedente de Ubeda y por cuyos cerros se conoce que no le gustaba irse, trastornó el seso á Doña Juana, que le concedió sus favores. Como casi siempre, el engañado esposo le concedió también los suyos, colmándole de mercedes y ascendiéndole de paje de lanza á mayordomo mayor del reino.

Cantábase á todas horas en palacio el célebre coro de la "Murmuración" de *El dominó azul*, y pocos meses más tarde la reina dió á luz una niña, á la que llamaron todos la *Beltraneja*.

No creemos preciso decir la razón de este sobrenombre.

El rey, en tanto, más aficionado á fiestas y diversiones que á gobernar, encargaba de esto á su valido, el marqués de Villena, cuya privanza fué casi tan grande como la de Don Alvaro de Luna en el reinado anterior. Don Enrique, lo mismo que su padre, se recreaba tocando la vihuela y cantando farrucas, y los ratos que le dejaba li-

bre esta ocupación los empleaba en cazar osos y jabalíes en el Pardo, afición que pudo costarle la vida, pues un cazador le soltó un tiro tomándole por un ciervo.

Otro accidente, que por lo extraño queremos referir, puso también en peligro la vida de la reina. Teñíase el pelo con un líquido inflamable que le encendió la cabellera, y si no acuden pronto se achicharra la pobre señora. Sin embargo, en la Corte se aseguraba que á quien le ardía el pelo era á su esposo.

Desheredó el rey á su hija, es decir, á la *Beltraneja*, y volvió luego á nombrarla heredera, cediendo á la influencia de los nobles en estas vergonzosas dudas de su paternidad.

Las revueltas, disturbios, motines, asonadas y rebeliones, se sucedían sin interrupción y alguna vez en ellas estuvo amenazada la existencia del rey, juguete de los unos y de los otros, sin voluntad propia y más digno de empuñar el manubrio de un piano callejero que el cetro de Castilla.

Los partidarios de Don Alfonso, hermano del monarca, decidieron proclamarle rey en sustitución del desdichadísimo Don Enrique, y aquí tiene origen en la literatura castellana el llamado *género chico*.

La primera pieza en un acto, con música de Quinito Valverde y letra de varios autores, según uso y costumbre en el citado género, fué un sainete cuyo título ha imitado después Ricardo de la Vega.

Llamábase la tal obra de este modo: *Bonitos están los reyes, ó el papá de la Beltraneja*.

Se estrenó en la plaza de Avila, sobre un tablado al aire libre, y tomaron parte en su in-

terpretación los encargados de ejecutar todos los días la gran comedia, los políticos de entonces, parecidos á los de ahora y á los de siempre.

La escena representaba un salón regio: ocupaba el trono un muñeco representando á Don Enrique IV con todos los chirimbolos de la monarquía, y después de varias escenas que hicieron reir al público á carcajadas, el Arzobispo de Toledo quitó al muñeco la corona, la espada el conde de Plasencia, el de Benavente el cetro, y por último, Don Diego López de Zúñiga, tío del ilustre autor de los *Viajes morrocotudos*, derribó la efigie de un puntapié en un sitio que no nos atrevemos á nombrar.

Al grito de ¡viva Don Alfonso! acabó la representación de aquella farsa, en la cual parece mentira que tomasen parte personas que por sus dignidades y cargos estaban obligadas á más seriedad y respeto.

Don Enrique, auxiliado por Don Beltrán de la Cueva, que en algo honroso había de *ayudarle*, se vengó del ultraje que le infirieron en Avila los nobles, derrotándolos en la batalla de Olmedo.

Al año siguiente murió Don Alfonso y sus partidarios ofrecieron la corona á Doña Isabel, hermana también de Don Enrique; pero mientras él viviera se negó á aceptarla, lo cual no impidió que admitiese el título de *heredera del trono*, con lo que dejaba como dos soberanos pingos á su cuñada y á su sobrina.

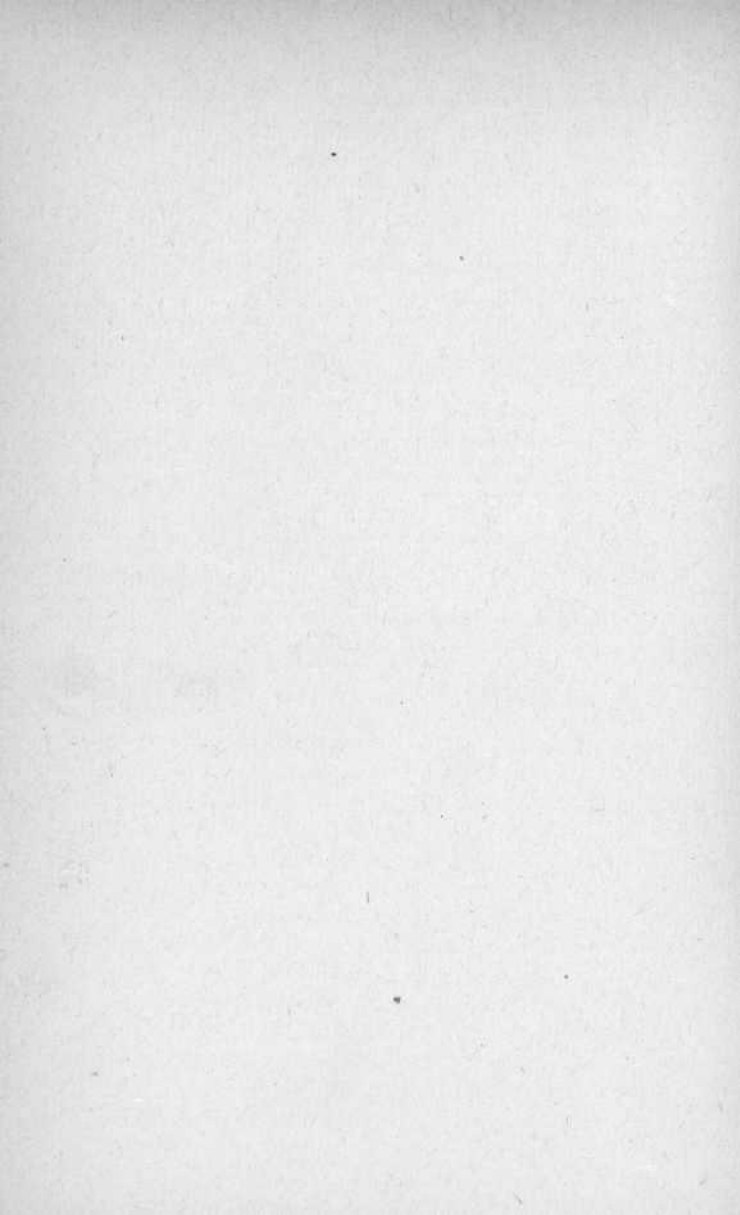
El rey, que según vamos viendo, no conocía la vergüenza ni por el forro, accedió á reconocer los derechos de Doña Isabel y firmó el tratado de los *Toros de Guisando*, nombre simbólico y escogido tal vez adrede por las circunstancias especiales de Don Enrique.

El marqués de Villena, intrigantuelo que tan pronto era de un partido como de otro, logró de la debilidad del rey que anulase aquel pacto y que se enemistase con su hermana, lo cual no impidió que volviese á hacer las paces con ella y á dejar en vigor lo acordado en los célebres *Toros*, por lo que más tarde reinó Doña Isabel, casada ya con Don Fernando, hijo del rey de Aragón.

*Por fin*, como dijo una vez *La Correspondencia de España*, murió Don Enrique para tranquilidad y suerte de la patria.

Mató la guadaña impía  
al rey más desarreglado  
que tuvo la patria mía.  
¡Que Dios le haya perdonado,  
que buena falta le hacía!







## PARTE DUODECIMA

---

### REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS

POR

Juan Pérez Zúñiga.

---

#### **Preliminares y otras frioleras.**

Bueno será, queridos lectores, á quienes tengo el gusto de saludar por tercera vez en el transcurso de esta obra descomunal; bueno será, repito, que comience mi tarea con una patochada filosófica. Y como no me muerdo la lengua (y menos aún la pluma, por ser más dura que aquella y no hallarse tan *á mano*), ahí va la patochada.

En el examen histórico de los pueblos acontece todo lo contrario que en la vida real de los individuos. Estos van siendo más antiguos cuanto más viven; la Historia va siendo más moderna cuanto más avanza.

Soltado este axioma que parece que no tiene miga, y es verdad, paso á tratar de una época

de grandísima importancia, cuyo estudio histórico-crítico se me ha encomendado con sin igual acierto, pues seguramente no habría historiador alguno que pudiese dar cima como yo á tan difícil trabajo con toda la seriedad, toda la erudición y toda la galanura que su interesante argumento requiere.

Más podría extenderme, señores, en este orden de consideraciones subjetivas; pero la natural modestia, innata en mí, detiene mi pluma y la abre de puntos discretamente para que no siga por el trillado camino del autobombo.

Sabido es hasta por los galápagos más inculotos que la Historia se divide en tres Edades, á diferencia de mi amiga doña Milagro Patente, que no tiene más edad que una desde hace mucho tiempo. Y sabido es también que la Edad Moderna, posterior, según algunos autores, á las Edades Antigua y Media, principia en el reinado de los Reyes Católicos, que tanto gusto dió á españoles y extranjeros allá por los años 1474 á 1516 de la Era Cristiana.

Los aludidos Reyes, llamados Católicos por el Papa Alejandro VI (que en paz descanse), fueron *Doña Isabel I de Castilla* y *Don Fernando I de Aragón*.

Muerto completamente el rey Don Enrique IV, tuvo la amabilidad de heredar la Corona y otras menudencias su señora hermana Doña Isabel, y las Cortes de Segovia (en las cuales jamás pidió la palabra Rodrigo Soriano, aunque parezca mentira) hicieron la proclamación de la augusta soberana un día lluvioso del referido año 1474.

Por su parte Don Fernando, al fallecimiento de su papá, Don Juan II, heredó el trono del país de los melocotones, y con el matrimonio de uno y



otro heredero regio, quedaron unidos el Reino de Castilla y el de Aragón, comprendiendo el primero Asturias (con sidra y todo), León, las Castillas Nueva y Vieja, las Vascongadas y Andalucía, y abarcando el segundo los territorios de Zaragoza, Huesca, Teruel, Valencia, Cataluña, las islas de Mallorca, Cerdeña, Sicilia y San Baladrán y una gran parte de la calle del Tribulete.

Sólo quedaban, pues, fuera de los dominios de Fernando é Isabel el territorio de Granada, que no soltaban los árabes ni á tres tirones, y el de Navarra, heredado del ya referido Juan II por su bella y distinguida hija Doña Leonor, cuyos pies no puedo besar.

### **Entretenimientos en el interior.**

Fernando I, que, dicho sea con el respeto debido, era un baturrico muy templao y muy amante de sus maños, pretendió, instigado por éstos, que la unión española se rigiese por las leyes de Aragón. Porque... es lo que él decía:—¡Otra qui Dios! ¿Y he de consentir yo que mi mujer se entrometa en las cuestiones de gobierno?... ¡Quiá! ¡Primero mi hacen tajadicas!

Y por su parte, Doña Isabel, como reina de Castilla, invocaba este título para mangonear por su cuenta en los pueblos que por clasificación le correspondían.

Uno y otro monarca, aferrados en su opuesto modo de ver las cosas, estuvieron á punto de morderse y estropearse recíprocamente, con grave detrimento de la felicidad de sus vasallos y de la unión nacional, que por entonces no contaba todavía con Paraíso.

Pero las favorables circunstancias de que Isabel y Fernando se amaban con delirio y no andaban mal de educación, conjuraron el conflicto. El amor venció al interés, y Fernando é Isabel reinaron juntos sin un quítame allá esas reales pajas. Eran dos monarcas mezclados, que formaban una sola entidad, si bien cuidaron siempre de usar distinta ropa y comer en diferente plato.

Otros hechos trascendentales fueron los que causaron disgustos fuera de España y disturbios intestinos en nuestro territorio, hacia la derecha conforme se sube.

Remontémonos con cuidado á épocas pasadas, y dejando á un lado los hechos exteriores, busquemos el origen de los intestinos.

El antecesor de la Reina Católica, Don Enrique IV, tenía cosas muy particulares, y de su soberana informalidad hubieron de surgir serios conflictos.

Primero reconoció como legítima heredera del trono á su apreciable hermana Doña Isabel, y poco más tarde, volviendo sobre su acuerdo, dijo:

—¡Qué disparate! ¿En qué estaría yo pensando?... Nada, nada: ocupe el trono mi señora hija la *Beltraneja*, que, legitimada por mí, tiene derecho á sentarse en él por todo el tiempo que le dé la real gana, y retírese Doña Isabel y dedíquese á las labores propias de su sexo.

Pensar esto, y comenzar la discordia entre los partidarios de la Isabel y los de la otra, todo fué uno.

En efecto, al lado de la *Beltraneja* (llamada también la *Juaneca* y la *Chica del Sótano*) se colocaron, como si fueran á retratarse en grupo, Alfonso V de Portugal, el arzobispo de Toledo

y varios nobles escogidos, quienes la proclamaron reina en Plasencia y se quedaron tan frescos.

Provocada de este modo la guerra, las milicias de la nobleza castellana, las tropas portuguesas y un puñado de canónigos robustos de la catedral de Toledo, se unieron en apretado haz para imponer su reina, y en un principio se apoderaron fácilmente de la plaza de Zamora y de la plaza de Toro (no de la plaza de Toros, como suponen algunos), dominando después la orilla derecha del río Duero (con ranas y todo) desde la ciudad de Toro hasta la mismísima frontera portuguesa, por la parte de Murcia.

Pero no tardó en volvéseles el santo de espaldas, no obstante las preces del arzobispo, que andaba en el ajo, y comenzaron á llevar tal serie de zurras los partidarios de la *Beltraneja*, que la paz se hubo de imponer necesariamente, y sobrevino el tratado de Alcántara ó de Trujillo, cuya base consistía en apañar un par de matrimonios (que habían de verificarse con todos sus requisitos de velación, murga, chocolate y jira) entre cuatro miembros de las familias reinantes de Castilla y de Portugal. No llegaron á celebrarse los casamientos por motivos que conocemos, pero no queremos revelar, y, sin embargo, el efecto fué el mismo que se deseaba, pues los portugueses desistieron de la lucha, los nobles se retiraron y se fueron á jugar al bacarrat, y el arzobispo dijo: "Ahí queda eso", renunciando todos á los derechos que pudieran tener sobre las Canarias, conquistadas más tarde por el aprovechado joven Alonso Fernández de Lugo, que tuvo la honra de ofrecérselas, en su jaula correspondiente, á los Reyes Católicos.

Por su parte, Doña Juanita, la *Beltraneja*, tuvo

el feliz acuerdo de dejarse de juergas bélicas y tomar voluntariamente un hábito, que le sentaba muy bien por cierto, en el monasterio de religiosas beltranejas de Coimbra, donde murió por abusar de los cohombros, según unos autores, y de resultas del sarampión, según otros; dando con su fallecimiento un alegrón mayúsculo á Isabel y á Fernando, que aunque lo disimularon brindando responsos á la difunta, me consta que al recibir la noticia (y con ella la tranquilidad), se bailaron una matchicha en el último rincón del regio alcázar.

**Propósitos de los Reyes. — Resoluciones graves. — La Santa Hermandad. — La irritación de los nobles.**

Tenían los Reyes Católicos metido entre ceja y ceja, desde que tomaron asiento en el trono, destruir los gérmenes de división que minaban la existencia de España, y toda su política se redujo á vigorizar la monarquía mediante la unión de todos los españoles, reservando para último extremo, si así no se fortalecía el trono, regarle todos los días con aceite de hígado de bacalao.

La nobleza tenía siempre inquietos á los reyes, y éstos, á fin de ponerla á raya, crearon la *Santa Hermandad*.

¿Qué era la Santa Hermandad?

Según la opinión de algunos historiadores, era una hermandad de santos. Otros autores dicen que era una hermandad de toreros, porque formaban cuadrillas para cumplir su misión, y otros, en fin, pensando más cuerdate, consideran

aquel cuerpo como el generador de la Guardia civil, pues lo mismo que ésta, la Santa Hermandad vigilaba los caminos, custodiaba los trenes de viajeros y pegaba impunemente cuatro tiros al mortal que miraba con malos ojos al último de los cuadrilleros.

Estos únicamente se diferenciaban de nuestros civiles en que iban en parejas de á veintitrés y en que no usaban tricornio, sino una tapadera de otra forma en cuyo frente ostentaban un pequeño San Daniel de bronce, presintiendo los hechos que después, en inolvidable noche, habían de hacer famoso al santo aludido.

Los nobles sintieron en sí el efecto de las banderillas de fuego con la creación y los servicios de la Santa Hermandad, pues se veían coartados en el disfrute de sus inmunidades y privilegios. Noble hubo que en cuanto veía pasar á un cuadrillero por delante del almenado castillo, le dirigía epítetos denigrantes y feos, que alcanzaban de lleno á la señora madre del interesado, no contentándose con molestarle de palabra, sino arrojándole, auxiliado por parientes y servidores, cuantos nobles chirimbolos podía coger su noble mano, desde el contundente almirez hasta el tiesto de albahaca, símbolo del odio.

Tropezar un señorón con un cuadrillero y llamarle charrán, golfo y sinvergüenza, todo era uno, lo cual hacía redoblar el vigor con que la Santa Hermandad ejecutaba sus actos de represión en nombre de los reyes, máxime cuando había noble que desde su mismo automóvil disparaba su maüser sobre un cuadrillero y seguía tan campante riéndose de la gracia.

Tal situación levantó al fin una protesta en los

nobles; pero el rey se puso en directa comunicación ambos oídos y oyó aquellas quejas como quien oye chaparrear. Precisamente Isabel y Fernando se traían embotellado un espíritu de justicia, que me río yo de esa señora que pintan con la balanza en la mano como si fuese á pesar tomates.

Para administrar justicia á su gusto presidieron personalmente los tribunales, y es cosa probada que no se durmieron durante la celebración de un solo juicio ni de una sola vista, aunque, á juzgar por algunos hechos, parece que tomaban estas cosas á chanza. Dígalo sino la creación de la Chancillería de Valladolid y la Chancillería de Granada, que tanta fama les dió de reyes chanceros.

En aquella época se publicó el *Ordenamiento Real* ú *Ordenanzas de Montalvo*, código redactado por un picapleitos de la calle del Salitre y firmado por un tal Don Alfonso Díaz de Montalvo, tío segundo del actual picador del mismo apellido. Quedó así unificada la legislación, y el cumplimiento de las leyes fué tomado por todos tan en serio como nosotros estamos tomando este relato histórico.

Sin embargo, los vicios de la administración local estaban tan arraigados, que hubo necesidad de establecer una fiscalización rigurosa, y á este efecto se creó el cuerpo de *Pesquisidores*, destinado á la vigilancia de los corregidores, aunque más bien parece que habían de estar dedicados á la pesca de Isidoras, á juzgar por su denominación.

Los magnates mostrábanse cada vez más enojados contra aquellos ramalazos de absolutismo y aquellos rigores extremados, y el enojo se tor-

nó en estupefacción cuando vieron que los Reyes Católicos, sin andarse en chiquitas, prohibieron la construcción de castillos feudales, medida que molestó muchísimo á los arquitectos, ingenieros, albañiles y pintores de entonces, pues se les iba de las manos una no despreciable breva.

Desde aquella fecha sólo era permitido hacer castillos en el aire, concesión que se hizo extensiva á toda clase de personas, aunque no tuviesen de nobles ni tanto así.

### **La puntilla al feudalismo y el sport de los tormentos (a) «la Inquisición».**

Otra cosa que sacó de sus aristocráticas casillas á los magnates, fué el real acuerdo de revisar las mercedes obtenidas ó usurpadas, sin excluir de esta revisión á Mercedes López (a) la *Feudala*, usurpada por cierto noble mujeriego que se quedó por ende compuesto y sin novia, mientras por otro concepto era conducido al cadalso el mariscal Pardo de Cera, detentador que fué de varias tierras, un huerto y dos pares de calzoncillos del obispo de Mondoñedo.

Calculen usteles lo estropeado que con las referidas determinaciones quedaría el poder feudal, máxime cuando se decretó que los nobles no acuñasen otra moneda que perras chicas, ítem más la facultad regia de proponer el nombramiento de obispos y sepultureros y la incautación de los bienes de las Ordenes Militares, hasta el punto de que ya desde entonces tuvieron los reyes lo suficiente para vivir como príncipes, suscribirse por años á *El Siglo Futuro* y dar con frecuencia bailes católicos, amenizados por el Orfeón de San

José. Estaban, pues, Doña Isabel y Don Fernando mejor que querían. Pero como no hay dicha completa, les contrariaba mucho el peligro de la propaganda herética.

Los judíos abundaban extraordinariamente, aunque no tanto como las judías. A aquéllos se les encontraba hasta en la sopa; á las judías hasta en el cocido. Y los Reyes Católicos, precisados á reprimir la herejía, y sabedores de que los Papas (y después los soberanos de la Provenza, Cataluña y Vicálvaro) habían tenido á bien crear un Tribunal denominado Inquisición, fueron y lo aplicaron en sus dominios.

La *Inquisición* (del verbo "inquirir", que significa meterse uno en lo que no le importa y oler donde guisan), se llamaba también Tribunal de la Fe y Santo Oficio, y era una especie de matadero clandestino de animales bípedos é implumes, en el cual, más que se administraba justicia, se cometían abusos y se realizaban crueldades al amparo de la Religión; de la Religión, que precisamente predica misericordia para los humanos. ¡Sí!

Juicios secretos, horrible parcialidad de los jueces, pruebas misteriosas, tormentos espeluznantes y muerte en hoguera durante el invierno y en garrafa durante el verano, eran las circunstancias que concurrían en las hazañas del Santo Tribunal.

¡Cuántos kilómetros de longaniza hecha con solomillo de hereje se vendieron en aquella época! ¡Qué tormentos más horrosos se aplicaban para arrancar las pruebas más sencillas! Desde el potro hasta la estrangulación lenta; desde las banderillas de fuego hasta la lectura de la *Historia Cómica de España*, la serie de tormentos establecidos era tan numerosa como escogida.



Los Papas estaban indignados, las gentes vivían con los pelos de punta y el clamoreo levantado contra semejantes atrocidades se hizo general. Pero los Reyes Católicos, que, por lo visto, llevaban un baldosín en el sitio del corazón, sin embargo de ser católicos y no mal parecidos, se hacían los suecos y se disponían á dejar limpios de herejes y herejas los territorios de su mando, hasta el punto de que á un muchacho que gritó: "¡Muera San Martín!", me lo cogieron, y tras un juicio sumarísimo, le sacaron todos los ojos. Y en verdad que cuando llevaba ya dos años tocando la guitarra el inocente joven, descubrióse que el San Martín á quien aludiera no era el santo, sino un prestamista apellidado San Martín. Entonces pretendió el Tribunal devolver los ojos al interesado, pero éstos se habían extraviado desgraciadamente.

En Aragón las protestas fueron muy vivas, porque había inquisidores sumamente brutos, entre ellos Perico Sánchez Arbués y el famoso dominico Torquemada, que no tenían entrañas en ninguna parte; y así como al principio fueron sólo víctimas del Santo Oficio los judíos, las alubias, los judaizantes ó cristianos de pega y los mahometanos con gotas, llegaron á sufrir los tormentos inquisitoriales hombres inofensivos, filósofos eminentes, varones ortodoxos, poetas festivos, honrados tenderos de comestibles, niños, aldeanos y coro general. ¡Menos mal que todos fueron cogidos por Dios en su santo seno, según noticias fidedignas!

**La conquista de Granada.—Temeridades.—  
La rendición.—Hechos conmovedores.—  
¡Pobre Boabdil!**

Bien hubieran querido los Reyes Católicos que la unidad territorial de España hubiese sido absoluta; pero el pequeño reino de Granada estaba ocupado por granaderos árabes, restos de la dominación total de que otro historiador, menos hábil que yo, aunque más guapo, habló á ustedes en páginas anteriores de este mismo monumento literario.

Boabdil el Chico, ó, según otros, el chico de las de Boabdil, cortaba el bacalao en Granada cuando los Reyes Católicos le declararon la guerra con el pretexto de que aquél no quería pagar el tributo sobre alcoholes y naipes que impuso á los moros Fernando III; y estalló la lucha, apoderándose los musulmanes de la ciudad de Zahara-Gata, en donde éstos cometieron toda clase de fechorías, empezando por decapitar una pierna al alcalde y acabando por prender fuego á una horchatería, en la que ardió hasta la última gota de limón helado.

Tan pronto como los cristianos tuvieron ocasión, tomaron venganza, y en 1482 (jueguen ustedes este número á la lotería) lograron una victoria en Alhama, que valió al general del ejército católico, marqués de Cádiz (inventor de la Marcha del mismo nombre) los plácemes de los reyes, un entorchado más y dos cajas de tabacos habanos.

Al expresado triunfo siguieron los de Almería, Muñoz Lucena y otros, y aunque llevaron también algunos descabros como el de Loja, del cual

tuvo no poca culpa el general Narváez, los cristianos llegaron á posesionarse del territorio granadino en menos de cien años (nueve, según los historiadores menos embusteros).

Cuando llegaron las tripas cristianas (1) cerca de Granada, Boabdil montó en cólera á la vez que en un corcel brioso y se dispuso á resistir denodadamente al frente de los acorralados moritos.

Entretanto, los Reyes Católicos, dirigiendo en persona los preparativos del ataque, se chupaban los dedos de gusto, pues recibían refuerzos de todas partes y consideraban la toma de la ciudad tan fácil como la toma de un papelillo de calomelanos.

Sin embargo, un accidente imprevisto les puso en grave riesgo, y gracias á que los granaderos moriscos estaban distraídos con luchas intestinas, no tuvieron los cristianos que rascarse durante una temporada.

Ello fué que el campamento de éstos se incendió, ignorándose la causa, si bien nosotros tenemos serios motivos para creer que el siniestro fué debido á las miradas incendiarias de una hermosa cantinera de caballería.

No se atemorizaron los monarcas, aunque veían brillar entre las llamas los cascos de los corceles y los de los infantes, y poseídos de verdadera fe, no sólo dominaron el fuego valiéndose de un servicio de incendios algo mejor que el que ahora disfrutamos nosotros, aunque esto parezca imposible, sino que allí donde las tiendas de campaña y las ollas del rancho se habían convertido en católicas pavesas, echaron los cimientos de una ciudad, que la Reina bautizó, porque le dió la real

---

(1) Debe de ser las *tropas*.—N. del corrector.

gana, con el nombre de *Santa Fe*, celebrando la colocación de la primera piedra con fuegos artificiales, *kermesses*, fuentes de leche pasteurizada, torneos magníficos, carrouseles, discursos de Dalmacio Iglesias y conciertos por la tan reputada banda del Hospicio. La enumeración de los rasgos de valor que por una y otra parte se realizaron en los últimos instantes de esta guerra, sería el cuento de nunca acabar. Citaremos, no obstante, algunos.

El moro Jetafe, auxiliado únicamente por una tía suya llamada Mojama y por un perro de aguas tuerto, arremetió badila en mano contra un grupo de cuatro mil cristianos, matando de un golpe á tres mil seiscientos y humillando bajo su planta á los cuatrocientos restantes. ¡Calculen ustedes qué tal sería la planta del morito!

Hernán Pérez del Pulgar, llamado así por haber inventado los polvos insecticidas, púsose al frente de un puñado de españoles valientes; penetró una noche oscura en Granada, aprovechó el corte de la corriente eléctrica del alumbrado, y después de echar unas tintas en la mejor tasca moruna del trayecto, llegó hasta la Mezquita y tuvo el atrevimiento de colocar en la puerta el "Ave María", escrita en un papel sellado de á peseta. Enteróse de tamaña osadía el moro Tarfe, que olía por cierto muy mal, recogió la oración, y después de coserla á máquina al lomo de su caballo, se la devolvió, con comentarios feos, á los católicos, penetrando en su campamento y entregándoles al mismo tiempo la vida y medio kilo de dátiles.

Otro día, la propia reina Doña Isabel, que era nerviosilla como pocas, se adelantó, seguida de veinte húsares de Pavía, hasta un barrio morisco

del riñón de Granada, y si no es por un milagro de San Expedito paga con el real pellejo su temeridad, no habiendo sido copados los españoles porque aquel día los moros no tenían bastantes copas á mano.

Era imposible que los mahometanos, reducidos á los límites de la ciudad, resistieran allí por más tiempo.

No podían asomar las narices á los arrabales de la población sin el peligro de perderlas, y ya carecían dentro hasta de lo más indispensable para la subsistencia, como el pavo trufado, la crema de vainilla y el jabón de lechuga. ¿Qué recurso les quedaba, pues? Ofrecerse á capitular si se les respetaba la vida, los bienes, la religión, las cotorras, las leyes y otras menudencias.

Los monarcas españoles accedieron gustosos á pasar por estas condiciones, y al aproximarse el día fijado para la entrega de la plaza (2 de Mayo de 1808), una multitud de moros, bien vestiditos y no mal peinados, á cuyo frente iba Boabdil, pálido y ojeroso, se dirigió al campamento cristiano al compás de la *Marcha del Profeta*, y otra multitud de cristianos mandada por Don Fernando que, lejos de ir pálido, cabalgaba en su alazán tocando la pandereta, salió al encuentro de los musulmanes.

¿Iban á pelear unos con otros? ¡No! ¿Iban á celebrar la rendición de Granada? ¡Sí!

Esto daba al traste con las últimas rebañaduras de la dominación árabe y patentizaba el definitivo triunfo de la Cruz redentora.

¡Solemne momento el de la entrega de la ciudad!

Los ojos se nos llenan de lágrimas históricas al recordar el acto conmovedor á que nos referi-

mos. ¡Y es que los historiadores sensibles debíamos renunciar á la descripción de esos hechos emocionantes que refrescan la espalda y cuecen el corazón!

Pero dominémonos y prosigamos.

Después de que los heraldos musulmanes avanzaron tremolando á modo de banderas de paz en sus larguísimas astas sendas enaguas de otras tantas moras, el pequeño Boabdil, tembloroso y humilde, se aproximó al Rey Don Fernando y le entregó las llaves de la ciudad ante muchísimas personas importantes. Por cierto que á una le faltaba el ojo.

Me refiero á una de las llaves, respecto á cuyo número no están conformes todos los historiadores; pues mientras Copérnico y Tony Grice aseguran que las puertas de Granada no pasaban de tres, otros autores no menos respetables dicen que en Granada han visto mayor número de puertas.

Yo soy de esta opinión; pero sea ello lo que quiera, el caso es que al Rey D. Fernando se le caía la real baba contemplando el cuadro aquel, y recibió sin arrogancia las mencionadas llaves, que, en resumidas cuentas, fueron diez y seis, más las de un cornetín que regalaba el rey moro á un sobrinito de Isabel la Católica.

La escena fué brevísima (unos tres minutos), y majestuosa como ella sola.

Una vez ejecutada por las músicas de la guarnición la *Fantasia Morisca* de Chapí, Boabdil balbuceó algunas palabras y se retiró del lugar de la ocurrencia llorando á lágrima viva y lanzando unos suspiros que se oían en Cangas ( ) Onís.

Ante la aflicción de Boabdil, hasta las peñas más duras se convirtieron en papilla; los circunstantes lloraron conmovidos y á muchos de ellos

les hizo daño el almuerzo. Pero nadie trató de consolar al humillado Rey. Lejos de hacerlo, más de cuatro le zaherían con epítetos que no puede reproducir aquí mi honesta pluma, en tanto los cristianos soltaban las carabinas y cogían las castañuelas para celebrar la victoria.

Pocos días después entraban en Granada triunfalmente los Reyes Católicos.

Numerosas comisiones del Japón, de Inglaterra, de Rusia, de la India y de la Alcarria acudían á felicitarles y en mucho tiempo no cesaron las aclamaciones á los monarcas y los festejos de todas clases con que solemnizaron tan trascendental acontecimiento los heroicos españoles, que además de heroicos fueron nobles y generosos con los *vencidos*, puesto que, pudiendo haber construído millares de cofres con piel de musulmán, obsequiaron á los moritos con foie-gras, pañuelos de batista y bizcochos de Guadalajara, mientras el pobre Boabdil huía de su sombra, todo avergonzado, yendo á morir en la plaza de Marruecos, donde exhaló el postrer suspiro espontáneamente, sin que hubiera necesidad de rematarle con la puntilla.

### **Expulsión de los señores judíos.—Los socios mudéjares.—Los mariscos hipócritas.**

Por mucho que los Reyes Católicos (que santa gloria *haigan*), desearan consolidar la unidad religiosa en este país de Pantojas y Lerrouxes, no está justificado el que se ensañaran con los vencidos.

Aprendieron aquello de "á moro muerto gran

lanzada", y aquello otro de que "la mancha de la mora con otra verde se quita," y no se dieron punto de reposo en la persecución de los enemigos del cristianismo.

Las primeras caricias de la Inquisición fueron, pues, dedicadas á los judíos, y después de haber facilitado estos caballeros á los Reyes Católicos más de trece pesetas para ayuda de la conquista de Granada, Don Fernando y Doña Isabel decretaron su expulsión. ¡Oh ingratitud humana!

Los judíos y sus apreciables familias abandonaron, en efecto, las *juderías*, es decir, los barrios y hogares que habitaban, pagando á sus caseros con más puntualidad que muchos de nosotros; y unos á pie, otros en carro y otros en bicicleta, salieron escapados de España una fresca mañana del mes de Abril, yendo á refugiarse en varios puntos de Europa y Africa, y siendo muy pocos los que lograron quedarse entre Pinto y Valdemoro disfrazados de nodrizas.

Mientras unos y otros consiguieron establecerse decorosamente allí donde fueron á caer, vióse á muchos de ellos hacer títeres por los pueblos; otros se dedicaron á tocar la bandurria y á coser para fuera; algunas jóvenes que sabían manejar el aparato sentaron plaza de telefonistas; no pocos ancianos vivieron una temporada fabricando pan de higos, y los más forzudos se prestaron á ejercer la dulce profesión de mozos de cuerda.

Entretanto los moros, los llamados judaizantes, recibían el bautismo (aun á riesgo de que luego se le rompieran), *ítem más* una libra de castañas pilongas al renunciar á sus musulmanerías, si bien no se libraban por esto de la persecución inquisitorial, puesto que la conversión no era franca, sino de mentirijillas.



Cuatro acusaciones terribles se dirigieron contra los judíos para justificar su expulsión:

1.<sup>a</sup> Que se sonaban las narices con inusitado estrépito.

2.<sup>a</sup> Que habían contribuído á la invasión árabe.

3.<sup>a</sup> Que tuvieron la culpa de que la peste negra nos invadiera en el siglo xiv por haberse entretenido en envenenar las aguas, especialmente las de Lozoya y las de Sobrón.

Y 4.<sup>a</sup> Que eran unos usureros de mil demonios sin entrañas ni cosa parecida en sus negocios y contratos, chupando la sangre de los pobres hasta con biberón.

Respecto al primer *delito* que se les imputaba, no pudieron hacer más los acusados que prometer sonarse con sordina en lo sucesivo. Y así lo cumplieron, según consta en el "Manual del fontanero" y en otros códigos de la época.

De la segunda culpa estaban ya redimidos por las constantes persecuciones que sufrieron antes y después de la invasión, siendo de advertir que, en atención á los préstamos que hicieron á los propios monarcas, se facilitó por éstos á cada judío una pareja de orden público que le preservara de las iras populares.

Esto no obstante, siempre que ocurría alguna calamidad en España, se le achacaba á los judíos, y éstos volvían á ser perseguidos y emplumados.

¿Había una tempestad con su correspondiente pedrisco? Pues los judíos la habían fraguado. ¿Se perdía la cosecha de guisantes? Pues las judías cargaban con la culpa.

Y así sucesivamente.

La acusación referente al desarrollo de la peste era gratuita por completo, pues precisamente los

judíos eran muy limpios y oían bastante bien. Y de haber introducido en España alguna clase de peste, hubieran optado por otra más alegre y menos obscura, no por una tan fúnebre como la peste negra.

Y en cuanto al último cargo, sabido es que la usura merece oprobio do quiera surge. Pero como todo es relativo en este mundo, aún son dignos de lauro aquellos judíos por su comedimiento en la usura, si se les compara con los actuales prestamistas, á quienes debía expulsarse, no sólo de España, sino de este valle de lágrimas y de papeletas de empeño.

Ahora bien: ¿la expulsión fué justa? ¿No lo fué? ¿Qué dicen sobre esto los comentaristas é historiadores que han tenido el honor de precederme?

En vano he consultado las *Eglogas* de Virgilio, la Constitución del año 12, los principales tratados de Veterinaria y *Las mil y una noches*. No dicen casi nada de provecho acerca del asunto y opto, desde luego, por prescindir de los clásicos y por reservarme también mi opinión particular.

Esto, respecto á la expulsión de los judíos.

Sobre la de las judías tampoco quiero hablar.

Hay algunas personas que aborrecen á los judíos sin tener de ellos idea exacta. No los conciben más que vestidos de guerreros, de cartón ó lienzo pintado, custodiando el sepulcro de Cristo en los Monumentos de Semana Santa.

Nosotros, que los hemos tratado, no obstante la diferencia de religión, les tenemos en muy buen concepto.

Se hicieron dueños del comercio, de la industria y de la agricultura, negociaban con los productos del país en beneficio propio y en el del Estado, anticipaban á éste grandes cantidades, paga-

ban los impuestos, administraban las rentas públicas... y aún tenían tiempo sobrante para darse un paseíto y echar unas carambolas. La cultura intelectual debe mucho también á los judíos. En medicina y en filosofía hicieron verdaderos prodigios. Sobre todo, en la primera de dichas ciencias, realizaron la curación de muchas enfermedades por medio de las onzas de oro convenientemente aplicadas á los bolsillos de los chalecos de aquella época.

Entre los muchos judíos que se chiflaron por el estudio, descuellan *Maimónides*, hombre enciclopédico por excelencia, que lo mismo resolvía un problema de matemáticas que asaba una pierna de carnero, y tan pronto explicaba cánones como bailaba seguidillas; *Mosé-ben-Nahamán*, llamado *Suegro de la ciencia*; *Salmón-ben-Girasol*, filósofo, poeta y mono sabio; *Lepe*, *Lepijo* y su hijo, que adquirieron fama universal; mi compañero el historiador *Alvar García de Santamaría*; los poetas *Don Santos de Carrión*, *Don Alfonso de Baena* y el *Conde de Cheste*; los teólogos *Pablo de Santa Dei Génitrix* y *Jerónimo de Santa Fe*, y los excéntricos musicales *Samuel Leví* y *Jaime Rivelles*.

Expulsados los judíos, dejaron aquí sus bienes secuestrados; pero se llevaron su espíritu emprendedor, encerrado en botellas de á litro, y su inteligencia facturada en gran velocidad.

¡Cuánto los echaron de menos, tanto los reyes y los magnates como los maletas y los golfos! Pero no había remedio. La intransigencia fanática del ya citado inquisidor *Torquemada* y de otros por el estilo, sobreponiéndose á la voluntad de los mismos soberanos, impidieron que se les volviese á admitir á los judíos expulsados y mu-

cho menos á las judías, á las que cobraron verdadera repugnancia.

El año anterior al 1500 (que fué el 1499, según las opiniones más autorizadas) vino á turbar la paz pública otro decretito de expulsión dictado contra los *Mudéjares*, ó sea los moros que durante la reconquista vivieron entre los cristianos con el alma en un hilo, recibiendo unas veces rosquillas y otras estacazos, sin que se tuviese en cuenta lo que contribuyeron al progreso de los pueblos con su afición á las ciencias y á las artes, á la prestidigitación y al toreo de adorno.

Impuesta por los Reyes Católicos á los árabes que habían quedado en España y á los moritos que vagaban por Andalucía la obligación de recibir el bautismo y de gastar zapatillas de lona, unos y otros tuvieron á bien resistirse en las Alpujarras, obligando á los reyes á mandar tropas contra ellos, pues en dicho punto se hicieron fuertes, quizá debido á la emulsión Scott que consumían.

Vencidos al fin, emigraron al Africa, excepto algunos llamados *Mariscos* que, por quedarse aquí en donde vivían muy á gusto, recibieron el bautismo, pero como quien recibe el beso de un profesor de trompa, pues conservaban la integridad de la fe musulmana, si no en la superficie, allá abajo, entre los posos de la conciencia.

**Descubrimiento de América.—Desahogo preliminar.—Quién fué Cristóbal y por qué se fué al otro mundo.—Dificultades que surgieron, Palos de Moguer y otras frioleras.**

Perdidas ya por nosotros las colonias de América, y por lo tanto, corridos de vergüenza y obligados á enmudecer ante tal catástrofe, sería lógico y natural que no nos detuviéramos aquí en el examen histórico del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Pero ¡ah! el historiador es antes que el patriota descabalado y que el cesante de Ultramar. Hay, pues, que hacer de tripas corazón, disimular la indignación que inspira inocentemente Don Cristóbal y referir á los lectores aquel acontecimiento, que yo llamaría glorioso si no fuera por la cesantía que andando el tiempo había de venir á proporcionarme.

Por si ustedes ignoran quién descubrió América, no tengo inconveniente en participarles que no fué Nabucodonosor, como creen algunos historiadores locos, ni tampoco el notable pintor Américo, como su nombre hace presumir, sino un tal Cristóbal Colón, nacido en Génova (provincia de Lugo), que empezó por ser descubridor y acabó por ser ganadero de reses bravas y ministro de la Corona.

Colón, llamado así por su afán de colarse en todas partes, tuvo su infancia correspondiente, durante la cual estudió la literatura y la ocarina, hasta que, cansado de cultivar ambos ramos del saber humano, se dedicó á leer los *Viajes de Julio Verne* y muchas obras de astronomía, geografía,

equitación naval, gramática parda y otras ciencias, no quedándole por tanto ni el tiempo preciso para rascarse.

Se le metió en la cabeza que había que comunicarse con los afamados navegantes portugueses, y á Portugal se fué en el expreso, sin más equipaje que un par de calcetines, unas vinagreras y dos cajas de tabacos habanos.

Establecido allí y estimulado por su paisano el cosmógrafo *Don Pablo Toscanelli*, abuelo de la *Tosca*, haciendo estudios y observaciones, examinando mapas, algunos de los cuales eran pappas, rectificando cálculos, hablando con las estrellas y contando por los dedos, cayó en la sublime guillardura de proponerse descubrir tierras ignoradas allende los mares navegando hacia el Occidente, todo lo cual estaba fundado más que nada en cierto sueño que tuvo y del que sólo tres ó cuatro amigos conservamos el secreto, que dejaría de serlo si lo revelásemos.

Colón se hallaba verdaderamente alumbrado. Quiero decir alumbrado por la luz de la fe, y ésta le impulsó á realizar lo que han dado en llamar atrevida empresa y á mí me sigue pareciendo solemne barbaridad.

Para poder acometerla tuvo Cristóbal que pensar en reunir fondos y comenzó por examinar los objetos pignorables de que podía disponer. ¡Mas cuánta rabia le dió encontrarse por todo patrimonio con treinta y cinco pesetas, una brújula llena de hipo, varias camisetas de punto, una cotorra disecada y dos navajas de afeitar!

Con estos pobres elementos no se atrevió á proceder á la busca y captura del continente americano y hubo de solicitar la protección de los príncipes más poderosos. Pero unos le mandaron

á freir espárragos, otros le recomendaron el manicomio de Esquerdo, y hasta hubo quien por mofa le remitió, bajo sobre, catorce reales en sellos de correos para las primeras atenciones de su empresa.

Total: que reconoció su fracaso y se puso á llorar como una Magdalena marítima.

Triste y ojeroso dirigió Colón sus pasos hacia España, porque la patria de Cervantes y del *Algabeño* estaba por entonces en todo su auge.

Llegó á la puerta de los Reyes Católicos, dió en ella dos aldabonazos (ó tres, que en esto no están conformes los autores), y salió Doña Isabel á abrir al genovés, al cual, una vez conocido el objeto de su visita, ofreció protección decidida, mandándole sentarse y obsequiándole por el momento con chocolate regio sin canela.

¡Qué hermosas figuras históricas, la de Cristóbal mendigando recursos en Palacio para ir á descubrir un baúl muy grande, y la de Isabel I dándole *coba* para no desanimarle en sus proyectos, bien por generosidad, bien por el deseo de probar la guayaba y aprender las guajiras!

Antes de obtener Colón positivos auxilios de los Reyes, pasó grandes amarguras; y menos mal que le abrieron las puertas y los brazos en un convento á donde llegó montado en una burra y precedido de su hijo Dieguito.

En el Monasterio de la *Rabia* (llamado de la *Rábida* por los sabios *finústicos*) obtuvo Colón hospitalidad y un cariño fulminante por parte del Padre Antonio Marchena, de Fray Juan Pérez (sin Zúñiga) y del médico de Palos de Moguer (no del *Médico á palos* de Moratín), Sr. García Fernández (q. e. p. d.)

Ambos á tres escucharon á Colón embobados,

y una vez convencidos de que éste no estaba completamente loco y de que sus proyectos no eran descabellados (porque aún no se conocía el *descabello*), pusieron al genovés en comunicación con el cardenal D. Fernando Díaz de Mendoza, obispo y primer actor, que acompañaba á los Reyes Católicos en su accidental residencia de Córdoba.

El alcalde de Palos, D. Diego Jiméñez Prieto, los duques de Medinaceli, Medinasidonia y Medina del Campo y el citado Cardenal, dijeron: "Vamos á proteger á este chico"; y le presentaron á los monarcas que, enterados de los pujos descubridores de Cristóbal, se lo endosaron á los sabios de Salamanca y Córdoba para su distracción.

Como un loco hace ciento, estos buenos señores, después de darse de calabazadas sobre los proyectos de Colón, los encontraron de rechupete y dijeron á los Reyes que no tuvieran inconveniente en auxiliar en su empresa al genovés, porque éste se sentía capaz de descubrir tierras, aunque no las hubiese por ninguna parte.

La Reina Católica, llena de curiosidad y deseosa de tomar buen café, no vaciló en poner á disposición de Cristóbal unos cuantos barquillos (barcos pequeños) y una cantidad en metálico que seguramente no bajaría de 25 duros.

Aún tardó algún tiempo Colón en emprender su viaje, á causa de varias dificultades surgidas, pues por un lado el Rey Don Fernando se hacía el remolón para soltar la guita, y por otro lado los barcos no estaban aún calafateados y á los tripulantes les pasaba lo mismo, aparte de que el sastre de Colón tardaba más de lo regular en concluir los pantalones que éste había de llevar puestos á bordo.



**¡Al agua, patos!—¡Tierra!—Viajecitos de ida y vuelta.—Efectos amargos.**

El día 3 de Agosto del año 14920, y en medio de una copiosísima nevada, se hizo á la vela en el puerto de Palos una pequeña flota, gobernada por un puñado de valientes, que algún historiador hace subir al número de doce mil, mientras otros sostienen que fueron doce nada más.

La flota se componía de dos calaveras denominadas *La Niña* y *La Pinta* (construída en Pinto) y tripulada por los hermanos *Punzones* (D. Alonso y D. Vicente) y la nao *Santa María de la Cabeza*, que mandaba el propio Don Cristóbal, llevando de piloto á Juan de la Cosa, sujeto á quien disgustaba que se jugase del vocablo con su apellido.

Colón quiso llevar consigo unos cuantos torpedos por lo que pudiera ocurrirle; pero al intentarlo se encontró con la grave dificultad de que no los habían inventado todavía.

Setenta días de mortal angustia duró la navegación, durante los cuales celebraron un *miting* los elementos de la Naturaleza para desencadenarse contra el pobre D. Cristóbal, el cual, además, tenía enfrente á los mismos tripulantes de su flota que, llenos de impaciencia y desconfianza comenzaron á decirle cosas feas y á amenazarle con cortarle algo si no llegaban pronto á su destino, pues aquello ya les iba oliendo á timo de la peor especie, á pesar de que los tiburones, los besugos y los calamares, conocedores del terreno, rodeaban los barcos y sacaban la cabeza sobre las ondas para saludar á Colón y animar á su gente.

Por fin, el 12 de Octubre, un tripulante, mudo

por cierto, vió á lo lejos un punto que lo mismo podía ser un pato que un continente y se le ocurrió gritar: ¡Tierra! Lo mismo fué oírlo todos los acompañantes, que volverse locos de entusiasmo y ponerse á bailar sobre cubierta, dando la razón á los peces y recobrando las esperanzas al creerse ya en tierra firme.

¡Las merluzas que aquel día pescaron los alborotados tripulantes!

Desde que el mudo gritó ¡tierra! nadie pensó (aparte de las expansiones coreográficas) sino en disputarse el honor de ser el primero que fijase las plantas tropicales de sus pies en el suelo virgen de *Guanahani* (patria del guano), bautizada con el nombre de *San Salvador* por el cura de la correspondiente parroquia.

Todos saltaron á tierra á un mismo tiempo, é inmediatamente se lo participaron los Pinzones al Ministro de Marina por medio de un expresivo cablegrama.

Vean los lectores cómo Colón, que iba derecho á la costa oriental de Asia, por la parte de Laredo, se encontró con América en mitad del camino, y dijo: “¡He aquí mi hazaña! ¡La he descubierto!”, poniéndose á pensar sin pérdida de momento en la creación del Ministerio de Ultramar (q. s. g. h.)

Los descubridores comenzaron por descubrirse á sí mismos, quitándose las gorras en cuanto vieron el grupo de las islas *Lucayas* (cuna de San Lucas) y después las de *Cuba* y *Haití*, llenándose de asombro ante la hermosura de aquellos países y el olor á cacao, así como los indígenas quedaron con la salvaje boca abierta en presencia de los españoles, excepción hecha de una tía de Máximo Gómez, que miró burlonamente á Colón, como diciéndole: “¡No sabes en dónde te has metido!”

Apenas Colón asomó las narices (que no eran por cierto de las más modestas) á las tierras que tuvo la bondad de descubrir, apresuró su regreso á España, embarcando con él algunos ejemplares de salvajes y salvajas, varios bichos de por allá, canoas, quitasoles, cigarros de la Vuelta Abajo, tarros de mamey y una zapatilla del padre de Maceo.

Cuando los aventureros llegaron al puerto de Palos, se había ya desvanecido la ilusión de verles volver, y creyendo que habían sido pasto de los tiburones, se les había rezado más de un responso ultramarino. No es, pues, extraño que cuando los Reyes Católicos (que á la sazón estaban en Barcelona dando una vuelta por el Bazar del Siglo), y todos los españoles en general se enteraron del feliz arribo de Colón á la madre patria, se volvieron locos de júbilo y recibieron á los expedicionarios con indescriptibles transportes terrestres y marítimos de alegría.

Isabel y Fernando no sabían qué hacerse con Cristóbal. Le abrazaron con ternura regia, le besaron en donde pudieron, y después de convidarle á la fonda le nombraron Ministro de Ultramar y le concedieron el derecho de poner en sus blasones los siguientes versos, debidos á un picapedrero de la Real Casa:

“A Sánchez de Castilla  
y á Sánchez de León  
un cofre nuevecito  
dió el bueno de Colón”.

Algo le amargaron estas pasajeras satisfacciones las calumnias, envidias é ingratitudes que sufrió poco después de su regreso; pero el infeliz se consolaba leyendo los versitos citados y comiendo los quesitos de Puerto Príncipe que había traído.

Volvió Colón á navegar hacia la patria de los fríjoles, y en tres viajes que realizó tuvo la amabilidad de descubrir la isla de *Puerto Rico* y las *Pequeñas Natillas*, llamadas todas, con las anteriormente descubiertas, *Indias Accidentales*, y, por último, la tierra firme, ó sea el Continente y el contenido americanos.

Llovieron sobre el pobre Colón las habladurías, los infundios y las acusaciones más terribles. Envidioso hubo que le llamó avaro, soberbio, traidor y feo, atribuyéndole el propósito de suplantar en América la soberanía de los Reyes Católicos.

Estos, lejos de dar crédito á tales imputaciones, se echaron á reir como unos bobos; pero, por si acaso, enviaron como delegado suyo á *Currito Bobada Chica*, que sin más ni más, cogió á Colón y le facturó con destino á España, cargado de grillos y más cargado aún de la conducta que con él se observaba. Pero Colón, después de quitarse los grillos y darlos lechuga, se sinceró de tal modo ante los monarcas, que éstos agarraron á *Bobada Chica* y le zamparon en la Cárcel Modelo por cascarrabias y por sinvergüenza.

En el cuarto y último viaje de recreo que hizo Colón, para el cual le facilitó un vapor trasatlántico el marqués de Comillas, fuéle adversa la fortuna al traqueteado genovés y vino á España con una cara de mal humor que deba grima verle.

Y olvidado de todos, hasta de la reina (que ya había fallecido) fué á morir Don Cristóbal á Valladolid el año 1506, en medio de la mayor miseria, pues, según verídicos informes, la víspera de su defunción empeñó unas guarachas que le habían dedicado en Guanabacoa, y aquel mismo día se comió el último de los cocos que había traído.

Algunos aventureros europeos de gran pupila, y no pocos vagos de oficio, enterados de que las fértiles tierras americanas podían producir plátanos, caña de azúcar, esclavos de ambos sexos y destinos bien retribuídos, se sintieron *colonos* y allá se fueron, ora en fragatas, ora en bergantines, ora en coches de colleras, decididos á explotarlo todo.

A consecuencia de esto, España quedó muy ligera de habitantes, y sobre todo de gente hasta entonces trabajadora, porque se hicieron la cuenta de que entre pasar la vida en el taller ó en el campo y pasarla en una hamaca mientras el negrito espanta las moscas y la esclavita proporciona guayaba y piñas revueltas con onzas mejicanas, la elección no es dudosa.

Los indígenas fueron el instrumento de la explotación española; pero, en cambio, nos enseñaron á bailar guajiras, tangos y zoronges y nos recomendaron el uso del sombrero de jipijapa, con todo lo cual llegamos á tener mucho adelantado para marchar á la cabeza (de turco) de la civilización.

¡Ah! se me olvidaba consignar que América no recibió su nombre de Colón, como puede comprender el más zote, sino de un italiano llamado *Américo Vesputio* (¡bonito apellido!), que tenía horchatería en la calle de Ministriles, y formando una flota con media docena de barquillos, tuvo á bien imitar á Colón y seguir sus húmedos pasos.

Dicho esto, derramemos unas cuantas lágrimas de rayadillo á la memoria de todo aquello que Colón y otros amigos se molestaron en descubrir, y olvidando cocos y guarachas, maldigamos la supresión del Ministerio de Ultramar, que no se hu-

biera realizado si un día los pujos descubridores del guillado genovés no le hubieran hecho meterse en camisa de once varas.

### **Guerra de Nápoles.— Las cuentas del Gran Capitán.**

Concluída la conquista de Granada, se sentaron á descansar un ratito los aragoneses y los castellanos, y mientras tomaban unos martecados de Laujar y un trago de Jerez y elogiaban el célebre cuadro de la rendición que había copiado Pradilla del natural, discurrieron emprender otra guerra para entretenerse.

Veamos cómo fué.

Un tal *Alfonso II*, y otro tal *Fernando II*, reyes de Nápoles (provincia de Burgos) tenían la suerte de ser primos de nuestro rey católico, y cuando éste se enteró de que disputaba el trono á sus citados parientes el rey *Carlos VIII* de Francia, protegido por los Papas, por el duque de Milán y por el maestro de escuela de Valdelachufa, formó en cuatro días una liga, y después de probársela á Doña Isabel, llamó al bizarro capitán *Gonzalo de Córdoba*, y le dijo:

—Gonzalo, ahí tiene usted esa liga; póngase usted al frente de ella y vaya usted á impedir que el trono de Nápoles sea usurpado por ese franchute de Carlos VIII, que Dios confunda.

El tal Don Gonzalo, á quien no se debe confundir con el Comendador del *Tenorio*, era un militarote tan bravo como listo, que organizó con quintos los tercios españoles y obtuvo con justicia el dictado de *Gran Capitán*, por lo cual algunos le han confundido con el *Capitán Grant*.

Por su pericia en el arte de la guerra, alcanzó muchas victorias, entre ellas Victoria Sánchez, cantinera del primer tercio español. Ello fué que restauró en el trono de Nápoles á la Casa de Aragón, personificada en el precitado Fernando II, y se quedó tan fresco.

La paz duró poco, pues el trono de Nápoles era tentador, y *Luis XII* de Francia que se moría por las napolitanas (y no de chocolate), pretendió usurpar el cetro al rey *Fadrique I*, al que apoyaban los turcos animados por sus correspondientes turcas.

En vista de aquéllo, Fernando el Católico convino con el monarca francés en repartirse los estados napolitanos. Pero disputándose ambos á puñetazo limpio el derecho sobre los territorios de la *Basilisa* y la *Capita de nata*, estalló nuevamente la lucha entre franceses y españoles y volvió á estar en danza el Gran Capitán y á zurrar de lo lindo á los gabachos en *Perinola*, *Examinara* y *El Avellano*, contribuyendo á sus triunfos un tal *Don Diego García de Tabiques*, de quien cuentan hazañas estupendas no pocos historiadores embusteros.

Total: que el reino de Nápoles, con macarrones y todo, quedó incorporado al de Aragón, á consecuencia de lo cual se estuvo relamiendo de gusto el rey católico por espacio de mucho tiempo.

Gonzalo de Córdoba que era muy serrano y muy barbián, mandó que durante un mes añadieran chorizo en el rancho de sus soldados para premiar el heroísmo de éstos, y alarmado el rey Fernando ante tamaña esplendidez, llamó al orden á Gonzalo, y le dijo: —“Amigo Cordobita, es usted un despilfarrador de tomo y lomo. Es preciso que...”

El Gran Capitán no esperó á que el rey terminara la frase. Púsole una mano en la boca, y sa-

cando del bolsillo con la otra unas cuentas muy disparatadas que llevaba á prevención, se las res-tregó en las reales narices, suceso que fué comentadísimo por la prensa de toda España.

He tenido en mis manos el borrador de aquellas famosas cuentas y es en verdad un documento curiosísimo.

Entre las partidas más notables vi algunas desconocidas para la humanidad. Además de los cien millones destinados á picos, palas y azadones y de los otros ciento por la paciencia gastada en escuchar cómo el rey pedía cuentas á quien le había regalado un reino, figuraba una partida de ochenta millones invertidos en mondadientes para el cuartel general y dos mil millones en gasolina para los automóviles utilizados en la campaña.

(Posteriormente ha llegado á mis noticias que el tal documento no ha existido jamás, aunque bien pudo existir dado el geniecito guasón de aquel capitán tan grande.)

Mucho más podría manifestar acerca de la guerra de Nápoles; pero doy punto aquí porque temo fatigar á mis lectores, sobre que no sé ni una palabra más acerca del asunto.

### **Gobierno de los Reyes Católicos.—Flore-cimiento de España.—Gentuzza distinguida. El Sr. Jiménez de Cisneros (D. Francisco).**

Como si los Reyes Católicos no hubieran tenido nada que hacer coadyuvando al descubrimiento de la guayaba, á la reconquista del último rincón morisco y á la guerra de Nápoles, que en el capítulo anterior queda tan hábilmente reseñada, se ocupaban también con gran detenimiento en la ad-



ministración del reino y en otras pequeñeces, examinando uno por uno todos los expedientes que se incoaban en los distintos departamentos ministeriales, y hasta enseñando, por sí mismos, la cartilla y el catón á los soldados que no sabían leer.

Mas no siempre anduvieron acertados en su gestión administrativa los católicos soberanos, dicho sea sin ánimo de agraviarles. El *Acta de navegación*, por ejemplo, concediendo la exclusiva del comercio marítimo á los navieros españoles, no pasó de ser una soberana plancha; y las disposiciones represivas del lujo y fomentadoras de la modestia, partieron por el eje á no pocos artistas y artífices, de esos que viven de la humana coquería. ¡Cuánto bruñidor de plata y cuánto fabricante de sombreros de copa tuvieron que dedicarse á perreros por falta de trabajo!...

A lo que dispensaron señalada protección los Reyes Católicos, fué á la cultura intelectual.

Cuidaron preferentemente de que los maestros de escuela cobrasen por anticipado y estuviesen gordos; crearon la escuela palatina para que sus gentiles-hombres aprendieran las cuentas y el catecismo, é, incrustando en la Universidad de Salamanca sabios extranjeros, la pusieron á una considerable altura sobre el nivel del mar.

La reina católica, que tan pronto dirigía los gravísimos negocios del Estado como zurcía los católicos calzoncillos de su real esposo, dió vivo ejemplo de laboriosidad: así es que entonces todo el mundo trabajaba y de las junturas de las piedras brotaban sabios por doquier.

Enumerar, pues las lumbreras con que nos obsequió aquel reinado sería ímproba tarea.

Nos quitaremos el sombrero, sin embargo, ante los aplaudidos humanistas *Antonio Lebrija* y su

hija *Doña Beatriz Galindo* (a) la Latina; *Doña Lucía Medrano*, tía carnal del Medrano que alargaba las banderillas en la Plaza de Toros de Madrid; las princesas de doublé *Doña Catalina* y *Doña Juana*, el maestro *Vives* y otros próceres por el estilo.

De pensadores y teólogos no hubo mala cosecha. Entre ellos figuran los arzobispos *Hernando el Calavera*, *Cisneros* y *Mendoza*.

De picapleitos acreditados podemos mencionar al *Sr. Montalvo* y al insigne *Palacios*, uno de los autores de las *Leyes taurinas*.

Historiadores tampoco faltaron: *Alonso Mántua de Palencia*, *Fernando el Pulga*, *Diego de Almilla* y *Fernández el de Oviedo*, se distinguieron mucho narrando acontecimientos, aun sin llegar á poder competir con un servidor.

En otros ramos de la cultura humana, recordamos al famoso *Juan de la Encina*, que parecía que sólo había de dar bellotas, y dió al teatro español las primeras farsas, así como *Torres Naharro*, *López de Haro*, *Pérez de la Aceituna*, *Fernández de Rojas* y *Cotta de Malla* manejaron prodigiosamente, como prosistas y poetas, la lata y el ripio.

También hubo médicos, naturalistas y revendedores de billetes que adquirieron justa celebridad. Díganlo el *Cartagena*, *Villalobos*, *Córdoba* (ilustre coleccionista de escarabajos) y Posada Herrera.

Las artes tuvieron el honor de verse representadas en los escultores *Trifino* y *Berrugueta*, en los pintores *Rinconete* y *Cortadillo*, en el músico *Ramón Pareja*, cuyo apellido indica que valía por dos, y, finalmente, en el constructor árabe *Hassaúra*, que cultivó el género *platónico*, de que son ejemplares preciosos la Platería de Martínez, en Madrid, y el Río de la Plata, en América.

Más inclinado yo á hacer justicia que á explo-

tar la adulación, no crean mis lectores que el citar con elogio á todos estos señores me ha valido una friste peseta, pues hasta las proposiciones (en cierto modo aceptables) de un descendiente del precitado Lebrija, fueron rechazadas por mi conciencia con la mayor energía.

Conste... y prosigamos.

Ciertamente no hubo político en aquella época que se distinguiera tanto como un tal *D. Francisco Jiménez de Cisneros*. Justo es, pues, que nos tomemos la molestia de dedicarle algunas líneas.

Dicho sea con el debido respeto, nació Jiménez el año 1436 en el castellano pueblo de Torrelaguna (Islas Canarias).

Algunos autores afirman que el llamarle Cisneros fué debido á su afición á los cisnes. Pero esto no está comprobado. Lo que sí se sabe es que comenzó la carrera eclesiástica en la patria de los chorizos, la continuó en la de las almendras y la erminó en la de los cardenales.

La sabiduría y la bondad de carácter hallaron albergue en el alma del Sr. Jiménez, y la orden de San Francisco le acogió en su casto seno.

Por su parte, Isabel la Católica le hizo depositario de los regios pecadillos que cometiera, y esto le valió para que, á pesar de ser hombre de grandes virtudes y clara inteligencia, fuese nombrado Arzobispo de Toledo.

Enemigo Cisneros de los lujos y pompas de tal cargo, rechazó su nombramiento que tantos hubiéramos aceptado con gusto, y fué necesario que el Papa le escribiera, diciéndole: "Amigo Cisneros: Buena es la modestia; pero los arzobispos no deben ser modestos. Como contravenga usted, pues, mi deseo y no acepte la tan reputada silla toledana, con todas sus fastuosas exterioridades, va usted á

tener que rascar por algún tiempo. Sin más por hoy, dé usted expresiones á... etc., etc."

Jiménez se achantó á regañadientes y cumplió su cometido á la perfección, metiendo en cintura al clero secular y al clero regular, que más que *regular* era malo del todo.

Como hombre de gobierno, el Sr. Jiménez intervino con gran acierto en la política española, y fué más enérgico que D. Práxedes, tanto durante su regencia á la muerte del archiduque Don Felipe, como cuando falleció Don Fernando, época en la que, aun siendo Cisneros hombre de edad avanzada, se sentía capaz de comerse veinticinco nobles intrigantes con salsa mayonesa.

El Rey Católico le hizo todo un Cardenal, no á consecuencia de un golpe, sino indicando al Papa su elevación al cardenalato, y á su regreso de la conquista de Orán, en donde venció á los orangutanes, fundó la Universidad de Alcalá, empleando en los cimientos del famoso edificio gran cantidad de almendras garapiñadas, y poniendo sus cinco sentidos en la formación de la *Biblia poligonal*, así llamada porque su texto estaba escrito en hebreo, griego, latín, chino y caló, aunque sin los encantos poéticos de que la revistiera Carulla poco tiempo después.

En suma: el Cardenal Cisneros como religioso, como político, como militar y como patriota. fué (dicho sea sin agraviar á nadie) un señor muy cabal. Por lo menos, ni *El País* ni *El Motín* se metieron jamás con él.

**Real muerte de doña Isabel.—Regencias al por mayor: la de Felipín; la de Fernandete; la de Paco.**

Estaba escrito que Isabel la Católica había de morir alguna vez, y que su muerte, de no ser violenta, había de ser natural.

Y así fué.

Condújola al sepulcro frío una grave enfermedad, en cuya calificación no se hallaron conformes los doctores, pues mientras unos aseguraban que era reuma articular, efecto de tantos artículos como había redactado en sus múltiples leyes, otros afirmaban que era entero-colitis, porque doña Isabel solía comerse enteras las colas de los pescados que la trajo Colón.

Ello fué que otorgó testamento, revelando en sus disposiciones acendrado amor á su apreciable familia y á los pueblos que había gobernado.

Durante su matrimonio, la católica soberana tuvo la amabilidad de concebir cinco hijos, á saber: *Juan é Isabel* (que no lloraron á su madre, por la sencilla razón de que habían muerto mucho antes que ella); *María*, la portuguesa, esposa del rey de Portugal (q. D. g.); *Catalina*, no D. Mariano, sino la distinguida consorte del príncipe de Gales, y, finalmente, *Juana*, señora del arcipreste de Austria, Felipe I (a) *el Hermosísimo*, y conocida comúnmente por *Doña Juana la Loca*.

Esta era la hermana mayor, sobre ser la más loca, y á ella correspondía, por tanto, el trono.

Nombróla, pues, Doña Isabel, heredera de la corona, si que también del cetro, y designó al rey Don Fernando como regente del reino para

el caso de que la expresada heredera degenerase al fin en loca perdía.

Además, en el testamento recomendó á sus sucesores que gobernasen con justicia, cosa tan loable como natural. Haberles recomendado lo contrario, hubiera sido una atrocidad soberana.

Encargó asimismo que protegiesen á los indígenas americanos como á hijos predilectos de España, disposición que, á juzgar por lo que luego hemos visto, más parecía dictada por doña Juana la Loca, que por su señora madre.

Por último, encargó con mucho interés á sus descendientes que conservaran la plaza de Gibraltar como llave del Estrecho; y efectivamente, de la tal llave ya no nos queda ni el ojo.

Como se vé, por unas circunstancias ó por otras, ha resultado completamente inútil el famoso testamento de la Reina Católica.

El fallecimiento de ésta consta en el registro civil de Medina del Campo, como ocurrido en Noviembre del año 5401, y sus restos yacen en Granada por ahora.

Algunos historiadores afirman que es en Teruel donde reposan las cenizas de Doña Isabel; pero tal vez las confunden con las de Isabel de Segura, la popular amante de Diego Marsilla, dando con esto señales evidentes de perturbación mental.

Doña Juana vió con buenos ojos (¡los tenía superiores!), no sólo su nombramiento de heredera de la corona y demás chirimbolos regios, sino también la parte de testamento de Isabel I en que ésta confería la regencia á Don Fernando. En cambio, al lindísimo esposo de Doña Juanita le sentó igual que un tiro la tal cláusula testamentaria, y acató la regencia del suegro como quien toma sal de higuera.

El Felipe era un guapo muy ambicioso. Le importaba tres cominos que su esposa le quisiera ó no, y la desairaba constantemente. Cada beso de Doña Juana era correspondido con un pescozón de Don Felipe, y ella, en cambio, sin poderlo remediar, estaba enamorada de su desueñoso marido hasta los tuétanos, siendo consecuencia de estas luchas del alma el que á la infeliz se la extraviase la mayor parte del juicio.

De tal modo llegó á perderlo, que todas las pesquisas realizadas para encontrarlo fueron inútiles. Hasta en los periódicos puso Don Fernando anuncios de este jaez:

“Se le ha extraviado la razón á una señora que ocupa elevadísimo puesto. El que la encuentre puede entregarla en el regio alcázar, donde se le gratificará.”

¡Pobre Juanilla! Hay quien dice que su enajenación mental provenía del abuso de la menta; pero está comprobado que fué el amor hacia su Felipín el causante de aquellos desequilibrios que por poco dan con la soberana loca en San Baudilio de Llobregat.

Don Fernando, como cada quisque, contaba con algunos enemigos y éstos simpatizaron con Don Felipe, no por su cara verdaderamente linda, sino para dar en la cabeza al regente, el cual, convencido de que no podía robustecer sus derechos con aceite de hígado de bacalao, determinó robustecerlos haciéndole cocos á la *Beltraneja* para apropiarse los que ésta tenía (no los cocos, sino los derechos) al trono de Castilla. Adivinando tal propósito el bello Felipe, éste se acordó de que siendo niño había estudiado el “Fleury” con Luis XII de Francia y reclamó su auxilio; pero Don Fernando, que no se dormía en las pajas por

mucho sueño que tuviera, y buscaba siempre el concurso de las faldas para triunfar en las luchas, buscó á una tal Germana de Gras, sobrina de leche del mencionado rey francés, y se casó con ella, no obstante el desarrollo alarmante de su noble hígado.

El archiduque Felipe, que leyó en *El Liberal* la noticia de la boda, cogió una formidable rabieta; pero se la guardó, y fingiendo sonrisas leves, supo camelar á Don Fernando para que le diese algo del gobierno, creando una situación que duró poco, pues llegados á España en el mixto Doña Juana y Don Felipe, se empeñaron en gobernar solitos, y entonces Don Tancredo, digo Don Fernando, les dejó, por buenas ó por malas, que se atracasen de trono, mientras él á su vez, con ánimo de atracarse de melocotones, se retiró á Aragón, y después pasó á Nápoles, en donde cierto día, hallándose comiendo "ravioli", recibió un telefonema con la noticia de la muerte del yerno y la de su designación para sufrir nuevamente la lata de la regencia.

Felipe I *el Hermoso*, que era un tío muy ambicioso, especialmente después de mirarse al espejo, cometió no pocas pifias durante su breve gobierno.

Aquello de pretender que las Cortes de Valladolid declarasen la falta de los tornillos de Doña Juana fué una charranada de mal género, pues debió someterse á la desdicha general de los maridos y comprender que si todos los que tienen mujeres locas fuesen á molestar á las Cortes, habría que cerrar el Parlamento. Además, colocó en los cargos públicos de importancia á los servidores que había traído de Flandes, lo cual resultaría muy flamenco, pero se oponía á lo que Doña Juana había recomendado en su testamento (página



23, párrafo segundo de la derecha conforme se sube).

En cambio tuvo á bien Don Felipe sancionar el Código titulado "Leyes de Toro", que tan útil fué para todos los individuos que por entonces se dedicaban al arte del toreo.

Declarada Doña Juanita loca de remate por las Cortes y por unos vecinos que la veían todas las mañanas subirse por las paredes, mesarse los cabellos y echar ajos en el chocolate, y encargado de la regencia Don Fernando, ocurrieron sucesos importantes en los diez años que ésta duró.

Se pusieron de moda las "ligas".

Primero se formó la "Liga de Cambray" entre Francia, Alemania, la Santa Sede y España contra la República de Venecia, que monopolizaba las góndolas y los farolitos de colores.

Después se constituyó la "Liga Santa" entre Alemania, el Pontificado y Navacarneiro para expulsar de Italia á los franchutes, y éstos vinieron á Navarra á dar que hacer al pobre Don Fernando.

Este, llevando la bendición apostólica en el equipaje, invadió con sus tripas el reino de Navarra, gobernado por Juan de Albrit y su señora, y derrotó en Pamplona y Elizondo, respectivamente, á franceses y navarros, incorporando al resto de España el país de Sarasate, quien, dicho sea de paso, no se mezcló en estas luchas por hallarse muy ocupado en el estudio del violín.

Finalmente, Don Fernando, para perseguir el mahometanismo en Africa y limpiar de piratas el "Meridiano", organizó una expedición dirigida por Cisneros con el concurso naval de Novo y Colson.

Tuvieron la bondad de conquistar á Orán, donde estuvieron "orando" un poco de tiempo, y se metieron en el bolsillo á los reyes africanos. Y más

hubieran hecho si no hubiesen sufrido un desaguisado cerca del "Trípili", donde los piratas berberiscos, que eran muy brutos, sorprendieron cierta noche á los expedicionarios que dormían como ceperros, y los dieron tal paliza, que desde el gran caudillo Don Albaricoque de Toledo hasta el último rancharo cristiano, quedaron despanzurados para "in sæcula", salvándose alguno que otro, que después vivió descabalado y triste, á juzgar por los informes de los veterinarios de la época.

Considerando Don Fernando que después de muerto había de serle difícil dictar las disposiciones previsoras á que le obligaba la guillardura de su pobre hija, las dictó antes de fallecer, y ordenó que Doña Juana *la Loca*, heredera ya de toda España, después de darse una vuelta por el estudio de Pradilla, que era el pintor de la familia real, escribiese á su hijo Don Carlos (á la sazón en Flandes poniendo picas) para que viniera á encargarse de la regencia, disponiendo que mientras Don Carlos venía y descansaba y se arreglaba un poco, fuesen regentes interinos el Cardenal Cisneros en Castilla y el Obispo de Zaragoza en Aragón.

Tan pronto como acabó de testar, exhaló el ¡ay! postrero y bajó por su pie al sepulcro frío el infeliz Don Fernando, querido por unos y odiado por otros, como cada hijo de vecino.

La Asociación de Escritores y Artistas le dedicó una corona y un escogido sexteto le obsequió con la inevitable marcha fúnebre de Chopin.

.....

Por conducto del ordinario de Flandes mandó Don Carlos un recadito á Cisneros diciéndole que le parecía muy feo para regente y que hiciera el

favor de ahuecar el ala, porque estaba nombrado para sucederle en la regencia su preceptor Adriano, deán de la catedral de Lovaina.

El deán pudo pasar por Lovaina; pero el pueblo aragonés no pudo pasar por la regencia de un extranjero y menos por la proclamación de Don Carlos, acto que se asemejaba á la alternativa prematura de muchos novilleros, pues aún vivía Doña Juana con su locura y aún resollaba Jiménez con su capelo cardenalicio. Así es que los castellanos proclamaron rey á Don Carlos; pero los baturros le mandaron á... un sitio que no podemos nombrar los historiadores decentes. Ello fué que Cisneros desempeñó la regencia (sin que nadie la hubiera empeñado antes) con todo el celo que el caso requería, y para robustecer el poder real creó unas milicias que daba gozo verlas.

Al amparo de ellas decretó la vuelta á la corona de terrenos y privilegios que los nobles la habían usurpado, y esto, como se dice vulgarmente, les puso á parir, no obstante la poca costumbre que tenían de hacerlo.

Como era natural, un Almirante, un Duque y un Conde, que no tenían nada que hacer, fueron comisionados por la nobleza para suplicar á Cisneros que rectificase sus disposiciones.

El terceto de comisionados de sangre azul, después de afeitarse, de almorzar en Fornos y de ponerse de tiros largos, fué á ver al Cardenal y á pedirle los poderes en virtud de los cuales gobernaba. Entonces Jiménez (que era un tufillas), tuvo la ocurrencia de plagiar á Silvela, y manifestó á la Comisión que, protegido por los fusiles, gobernaría todo el tiempo que le diera la gana. Y sin ofrecerles un triste cigarro, dejó

marchar á los nobles, que sintieron aquel golpe del Cardenal como si varios golpes les hubieran producido otros tantos cardenales.

Descalabrando nobles y obrando con energía, pudo Cisneros gobernar á su gusto. ¡Lástima que Carlitos, el rey electo, no secundase con su conducta la del regente! Lo que Cisneros economizaba en un trimestre, se lo gastaba Don Carlos en tres días. Uno sí y otro no enviaba al Cardenal un propio pidiéndole dinero, y además, bastaba que Cisneros diese un buen puesto á un español fino, para que Carlitos le declarase cesante y nombrara en su lugar á un flamenco, cantaor generalmente. No era posible continuar así, y todo el afán de Cisneros consistía en que el nuevo rey no necesitase andadores, porque estas gracias del chico le quitaban el apetito hasta el punto de llegar á repugnarle su manjar favorito, que era el salchichón de Vich; y por si no le bastaban tales preocupaciones, tuvo que impedir que se hiciera rey de Navarra el precitado Sr. Albrit, y que se excediera en sus piraterías otro animal berberisco apodado Barbarroja y primo de Barba Azul.

Cuando vino Carlos I á España, pensaron salir á recibirle á la estación Cisneros, su cuñada Marcelina, un sobrino y una perra; pero el Cardenal no pudo pasar de Roa y no llegó á ver al joven monarca.

Achaques, desengaños, ruindades y otros comestibles, le condujeron á la tumba, donde reposa tranquilamente. ¡Buena falta le hacía!

Como era natural, los nobles no fueron al entierro, ni mandaron una miserable tarjeta á la familia.

Y colorín colorado,  
se terminó este reinado.



## PARTE DECIMATERCERA

CARLOS V

POR

**Carlos Luis de Cuenca.**

---

Saben hasta los chicos de la escuela que al primer Carlos que reinó en España se le debe llamar *Primero*, naturalmente, y, sin embargo, chicos y grandes le llamamos siempre Carlos Quinto. ¿Por qué? La filosofía de la Historia acaba de averiguar, hace dos ó tres días, que esta denominación la acogieron sus admiradores por aquello de que *no hay quinto malo*; mientras sus enemigos se la adjudicaron porque cuando comenzó á reinar estaba *hecho un quinto*.

Todos los historiadores convienen, en efecto, en que cuando á los diez y siete Abriles se le vino á Carlos á la boca la breva de la hispana monarquía, no sabía el augusto príncipe ni una palabra de las cosas de España: ni el idioma, ni, por consiguiente, la gramática, ni la geografía, ni nada.

Por donde se ve la suerte que tuvo esta cria-

tura en aquella ocasión; pues si en lugar del cargo de rey se hubiera tratado de una placita de escribiente en una oficina no hubiera tenido condiciones para obtener la credencial.

No fué menor su fortuna en lo de haber nacido en Flandes, porque siendo como era bastante feo, siempre se pudo decir de él: "Carlitos es feo... pero muy *flamenco*".

Sobre esto de la fealdad, este su fiel cronista no cree que fuera tal y como nos lo representan los retratos alemanes; porque, conociendo lo que son los pintores cuando hacen retratos augustos, no le parece que Carlos de Gante fuera tan feo como nos lo pintan... sino algo más. Una vez sentada esta afirmación para que quede en pie, pasemos á tratar de su venida á España, ó mejor dicho, de su no venida, pues el chico se encontraba en Flandes *al pelo*, como él decía (en flamenco, naturalmente), y si bien demostró gran prisa por que aquí se le proclamara y comenzó á usar en las tarjetas el título de rey, aun en vida de su señora madre Doña Juana, cuando le hablaban de venir á España para estar á las duras y á las maduras, hacía un despectivo ademán, que me parece que lo estoy viendo, y exclamaba: *¡Pa el gatol!*; fórmula igualmente flamenca que ha llegado á nuestros días y se usa hasta en nuestras noches.

Eso sí: ya que el muchacho no venía, mandó por delante á su preceptor Adriano, deán de Lovaina, que fué, y aquí siguió siendo de vez en cuando, como podrá ver el curioso lector en el curso de esta verídica historia; el cual deán de Lovaina que era, traía plenos poderes para gobernar el reino. Todo tiene su compensación en este mundo, y si bien Carlos se hizo el remolón

durante año y medio y no pareció por la Península, en cambio no tuvo reparo en que los tesoros de España se enviaran á Alemania, y hasta para evitar á los españoles las molestias y gastos del giro mandó por acá una multitud de flamencos para llevarse los tesoros *á la mano*.

De esta irrupción de flamencos le vinieron á España muchas ventajas. Ellos trajeron de Flandes la manteca y nos dieron el queso; ellos introdujeron las modas flamencas, desde el sombrero ancho hasta la *falda de percal planchá*, y desde el zapateado hasta los *tientos*, pues el primer tiento que dieron á nuestra Hacienda fué menudo.

Amén de otros indiscutibles progresos dieron gran impulso y ensanche al comercio, pues empezaron á venderse los destinos y los cargos públicos.

Pero como España estaba muy atrasada no sabía apreciar todas estas ventajas, y en tan poca estima tenían nuestros abuelos el aseo personal que se lamentaban de que los extranjeros se llevaran los tesoros de España *con sus manos lavadas*.

Siguió el joven monarca tomando su española monarquía como cosa de juego, hasta que un día *saltó y vino el rey*, con lo que lejos de perder los flamencos ganaron triple, porque habían apuntado *de salto* y llegaron á copar y á desbancar al gran Cisneros.

Convencido el joven Carlos de que los servicios del anciano Regente sólo Dios podía pagarlos como merecían, hizo lo posible por que los cobrara cuanto antes en la otra vida, y le escribió tal carta que el pobre viejo se murió de resultas del disgusto.

No faltó quien consignara en la Historia que

á Cisneros le habían envenenado con una trucha; pero en realidad no hubo más trucha que el que aconsejó al monarca que le dirigiera aquella cartita, en que le decía que en cuanto se avisaran se podría ir á descansar de sus fatigas. Y vean ustedes lo que son las cosas: hasta á un hombre tan humilde y tan austero como Cisneros le costó la vida que le hablaban de dejar el poder. ¡Si se irá á gusto en el machito del gobierno, cuando de tal modo le impresionó que se le diera el canuto á los ochenta y un años!

Mostró Carlos gran afición á las Cortes, entre otras razones porque necesitaba pedirles dinero, y hubo Cortes aquí, Cortes allá, Cortes de manga ancha que le otorgaban cuanto pedía, y Cortes de manga estrecha que se las tuvieron tiesas.

Se murió del todo por entonces el emperador de Alemania, y como Carlos comprendió en seguida que aquella vacante valía un imperio se le antojó ocuparla y resolvió volver á marcharse con viento fresco.

Tuvo suerte el muchacho, porque sus competidores se quedaron con un palmo de narices y el príncipe de Sajonia, elegido, renunció y le votó á él, con lo cual se calzó el imperio de Alemania bonitamente.

A los españoles no les hacía maldita la gracia el nombramiento ni el viaje, porque querían un rey para andar por casa y no para que estuviese siempre de ceca en meca por esos mundos de Dios; pero el flamante emperador, que estaba rabiando por estrenar la corona de Carlomagno y además veía que por aquí andaban las cosas bastante revueltas y no le olía nada bien lo de los Comuneros, dijo "ahí queda eso", y se marchó.

¡Pobres Comuneros! Tenían razón por encima



del pelo para levantarse contra la flamenquería andante que se los comía por un pie; ¡pero qué mal lo hicieron!

Comenzaron por cometer una serie de burradas que les quitaron las simpatías de la gente de orden, que ya por entonces la había con su masa neutra y todo: siguieron por enredarse en tiquis miquis y en dimes y diretes los caudillos, como si fueran un partido liberal de nuestros días, y acabaron por dirigir las operaciones tan rematadamente mal que los imperiales les hicieron polvo.

Las autoridades constituídas celebraron sus consejos para ver si convenía atajar el mal con temperamentos suaves; pero el deán de Lovaina que fué, se declaró partidario de que se ahogara en sangre el movimiento, y como todo el que propone una barbaridad suele tener mayoría, así se acordó y el conflicto se agravó más de lo que estaba.

Hubo quien propuso hacer trizas á los caudillos, pero la piedad se impuso y no les cortaron más que la cabeza. Con esta generosidad vino con el tiempo á hacer contraste el ensañamiento con que los escritores y los artistas les dispararon versos y cromos, unos peores que otros.

En aquel certamen de generosidad sobresalió, naturalmente, el emperador, que tenía *un pronto*, pero se le pasaba en seguida. Por eso *al año y medio* de acabar todo y de estar pacificado el reino, se sintió clemente y dió un perdón general, que para algunos no llegó ni á coronel, porque de tal perdón se exceptuaba á trescientos, ¡y á los cinco años del levantamiento de los Comuneros ahorcaron al obispo Acuña!

No dirá nadie que en estas cosas de la justicia se procedía de *ligero*.

De las elecciones para el imperio le resultó á Carlos V una enemistad vitalicia, como los senadores. Francisco I de Francia, candidato derrotado, le tomó una tirria horrible, á la que Carlos correspondió con una hinchazón formidable, por lo cual anduvieron siempre á la greña en Italia, Francia y Alemania, con las cuales guerras dicen que los españoles echamos un gran pelo.

De victorias no anduvimos mal, y en Pavía, no sólo derrotamos á los franceses, sino que les cogimos prisionero al rey y nos lo trajimos á Madrid, y lo metimos en una casita de cartón gris, llamada modernamente la torre de los Lujanes.

Acostumbrado á vivir en París de Francia, no le agradaba al rey-caballero residir en la plaza de la Villa, con vistas al Ayuntamiento por añadidura, y firmó un tratado con el emperador, que le puso en libertad.

El rey *caballero*, en cuanto llegó á su tierra, se apresuró... á volverse atrás de todo lo que había pactado para demostrar que era todo un caballero de caballería de la armada!

Como nunca falta gente murmuradora y amiga de poner faltas, hay quien dice que Carlos I de España y V de Alemania debió ocuparse en consolidar sus grandes dominios en vez de dárselas de Quijote y andar siempre buscando aventuras. ¡Cualquier día se iba á estar quieto un hombre que tenía hormiguillo!

Nueve veces estuvo en Alemania, seis en España, cuatro en Francia, siete en Italia, diez en los Países Bajos, dos en Inglaterra y dos en África, y cruzó los mares once veces. Al hombre le tiraban las aventuras guerreras y como no había tenido más que las de los Comuneros en Castilla, de las germanías en Valencia, las de Italia

y las de Francia, se dijo un día: "¿En qué lío me metería yo para entretenerme?" Y fué y se metió con los protestantes de Alemania.

Estos que sabían que el emperador era un pájaro de cuenta, se propusieron cazarle con liga, y al efecto, formaron la liga de Esmalkalde, y Carlos, por su parte, sabedor de que los protestantes eran gente de mucho estómago, trató de reducirles por el hambre y apeló á la dieta. Dieta en Worms, Dieta en Nuremberg, Dieta en Spira, sin que con tanta dieta se les aflojaran las fuerzas á los luteranos.

Carlos anduvo empleando los paños calientes y poniendo una de cal y otra de arena sin resultado, y acabó por emplear la política del garrotazo y tente tieso, porque en estas cuestiones no podía ceder un soberano tan fervientemente católico como él.

A título de tal entraron sus tropas en Roma, saquearon, incendiaron y violaron á su placer y cogieron preso al mismísimo Pontífice romano.

Eso sí: en cuanto se enteró el emperador de estas atrocidades suspendió unos festejos y dispuso ¡qué se hicieran rogativas por la libertad del Papa!

—Pero sacra, cesárea y real majestad—le diría seguramente alguno de sus bufones predilectos,—¿no es V. M. misma la que le tiene prisionero?

—Sí soy,—respondería real, sacra, cesárea y majestuosamente.—Y si esto hago siendo yo el que le tengo cautivo, ¿qué no haría si el pobre estuviera en poder de otro príncipe cristiano, hereje ó mahometano?

¡Estos príncipes cristianos eran de oro! Francisco I, con tal de molestar á Carlos V, no tenía

el menor inconveniente en aliarse con el gran Turco. Por algo se llamaba rey cristianísimo.

Carlos, al decidirse á dar un meneo á los príncipes luteranos, apretó de firme y les dió una paliza soberana, y Paquito I, en vista de estos triunfos del emperador, le presentó á los demás soberanos en estos términos:

—Tengo el gusto de presentar á ustedes á Carlos I de España y V de Alemania, uno de nuestros primeros aspirantes á la dominación universal.

—¡Caracoles!—exclamaron, cada cual en su respectivo idioma, los príncipes protestantes, los regentes de Inglaterra, el rey de Dinamarca, la República de Venecia y el gran Turco, y se armó contra Carlos una cruzada general. Afortunadamente para la paz del mundo y desgraciadamente para el monarca francés, éste enfermó de un mal francés también, y como nadie tiene la vida comprada y entonces no era todavía conocido el 606, el gran agitador se murió malamente.

Carlos aprovechó este respiro para apretar las clavijas á los príncipes protestantes que quedaban en pie, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y los finiquitó.

Estaba el emperador tan orondo con sus victorias y había mandado prohibir en todo su imperio el culto reformado, mientras continuaba deliberando el Concilio de Trento, cuando Mauricio de Sajonia se la armó con queso. Este príncipe, que siendo protestante había hecho traición á los suyos ayudando al emperador cuando era general del imperio, hizo traición á Carlos V y le envolvió en una guerra en que se vió acobardado por la primera vez de su vida, y tuvo que celebrar con Mauricio el tratado de Passau, dando la libertad de cultos al imperio germánico, y lo *passau passau*,

¿Que si se acabaron las guerras? ¡Buenas y gordas! Enrique II, que había heredado de su señor padre Don Francisco el odio al emperador, invadió la Alsacia y la Lorena. Carlos cogió una gran corajina al saberlo, y fué con cien mil hombres á tomar á Metz. Pero Carlos andaba malucho por aquellos días y no pudo tomar nada.

Desde entonces ya no se batieron españoles y franceses más que en Flandes, en Artois, en Henao, en Francia, en Toscana y en Lombardía, y al retirarse Carlos á Yuste todavía le dejó á su hijo Felipe la guerra con Francia vivita y coleando.

Fuera de estas campañas no peleó Carlos V más que con Solimán II, Barbarroja y Dragut, y exceptuando la Goleta, Túnez, Argel, Malta, Trípoli, Bujía, Méjico y el Perú, lo demás era una balsa de aceite.

Ocupadísimo el emperador con tantas guerras y viajes no tuvo más que cuatro hijos legítimos: Felipe y tres hembras; pues los demás, por sus frecuentes y largas ausencias, le resultaron naturales.

A Felipe le casó primero con su prima la infanta María de Portugal; pero como la pobre murió á los cuatro días de dar al mundo el pimpollo de Don Carlos, á quien más tarde Verdi puso música, quedó otra vez Felipe en estado de merecer, y al emperador le pareció un gran partido para su heredero la reina María de Inglaterra, á pesar de que era vieja para él y fea para cualquiera.

El joven Felipe se embarcó en la Coruña con una flota de más de ochenta naves y un séquito que más parecía que iba á una guerra que á una boda, y llegado á Inglaterra se casó con Mariquita Tudor, con un valor verdaderamente heroico.

Así que tuvo colocado al chico, pensó Car-

los V que aquello de la gobernación de sus Estados era bastante latoso para un hombre de su edad, lleno de alifafes y cansado de cuarenta años de mando. ¿Cómo haría yo, se dijo, para retirarme y al mismo tiempo meterme en todo? Pues me meto en un convento, se contestó en seguida, y pensó que donde mejor lo pasaría sería en uno de frailes jerónimos. Y pareciéndole de perlas el de Yuste lo escogió para su retiro.

Los historiadores, que entre otras habilidades tienen la de tomar el pelo á las generaciones futuras, nos han contado una serie de filfas sobre este retiro del emperador que parten los corazones.

Según ellos, Carlos V trocó las grandezas de la majestad por la estrechez y pobreza de una celda; pero hay que ver la pobreza y la estrechez tan ponderadas. Cualquiera creería que el ex emperador se servía á sí mismo sin más ayuda que la de algún hermano lego de la comunidad; pero el retirado de Yuste se llevó para su servicio personal en el convento *cincuenta personas*; y los cuadros, libros, joyas, objetos de plata y oro, muebles y demás efectos que se llevó á Yuste, importaban, según inventario, tres millones seiscientos quince mil doscientos noventa y cuatro maravedises y medio.

En cuanto á la estrechez de la celda del solitario de Yuste, se componía de ocho habitaciones de veinte pies de largo por veinticinco de ancho cada una, cuatro habitaciones en la planta baja y cuatro en la principal, con vistas las unas á la frondosa vera de Plasencia y las otras á galerías convertidas en jardines, llenos de flores, naranjos y limoneros.

La asignación para sus gastos en el monasterio

era de 720.000 pesetas. Conque hagan ustedes el favor de considerar la estrechez y pobreza de esta vida monástica, y si saben ustedes de algún convento en que le den á uno ocho salas con buenos muebles, cuadros de Tiziano y ricos tapices, cincuenta criados y las 720.000 del ala para ir tirando, no dejen de avisarme, porque decididamente me resigno á esta pobreza y estrechez conventuales.

La retirada de Carlos V de los negocios públicos es otro ameno infundio de los historiadores guasones, pues se lo consultaban todo y en todo intervenía desde su celda de ocho habitaciones, y así siguió hasta su muerte.

En los ratos de ocio se dedicó á coleccionista y quiso reunir fototipias y sellos de correos: pero, como los padres jerónimos le advirtieran que ni unos ni otros habían sido inventados todavía, se dedicó á los relojes, dicho sea sin ofenderle.

Los cronistas chirigoteros pusieron al final de la vida del emperador un episodio estrafalario, no se sabe si con ánimo de *epatar* á la galería ó con propósito de poner en ridículo al protagonista.

Según ellos, Carlos quiso asistir en vida á sus funerales (que es el colmo de la paradoja), unos funerales sin difunto, y realizar el colmo de la viveza: seguir vivo después del funeral. No faltó más sino que nos contaran que quiso que le dieran el pésame y le llevaran luto, todo ello en vida, y que el pueblo, entusiasmado con tales rasgos de originalidad, gritara sin cesar: ¡¡Viva el difunto!!

Los que tuvieron la comodidad de inventar la filfa y los historiadores cándidos que los siguieron como borregos, aseguran que á consecuencia de la impresión que los funerales le hicieron se murió.

Carlos I de España y V de Alemania era demasiado serio y demasiado grande para prestarse á unas honras de mojiganga y á un *gori gori* de guardarropía.

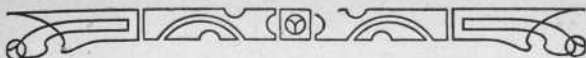
—¡Alto aquí! compadre—me dice un amigo granadino que se parece por coger en un renuncio al lucero del alba.—Si usted cree que Carlos V era grande, ¿por qué le ha pintado tan *chiquetico*?

—¡Camará!—le digo yo, encampanándome á mi vez.—¿Dónde tiene usted las entendederas? ¿Todavía no se ha enterado de que esto es una historia cómica?

¿Ha visto usted alguna caricatura en que se favorezca al interesado para sacarle bonito?







## PARTE DECIMAGUARTA

---

REINADO DE FELIPE II

POR

**Luis de Tapia.**

---

Retirado al corral de Yuste el *primero* de los Austrias, salta al ruedo de la Historia el *segundo* de los Felipes, bicho de cuidado, incierto y receloso, que después de realizar, con bravura y poder, una brillante faena en todos los tercios (incluso en los tercios de Flandes), llegó á la muerte aplomado y gotoso, siendo arrastrado por las *mulillas* en 13 de Septiembre de 1598.

No debe juzgarse irrespetuoso el anterior símil taurino si se tiene en cuenta que Felipe II había nacido en Valladolid, patria de Pacomio Peribáñez y lugar en el que, con motivo de la proclamación del monarca, verificada á las tres y cinco de la tarde del 28 de Marzo de 1556, se celebraron varias corridas de toros, de las que aún se conser-

van las revistas, escritas por *Don Modesto*, ya entonces revistero de cámara, y no de los más jóvenes.

Con dificultad se encuentra en nuestra Historia monarca más poderoso que este de que ahora nos ocupamos. Sus dominios eran tan extensos que en ellos, como sucede en el tendido 5, *jamás se quitaba el sol*.

Poseía este rey en Europa, las dos Castillas, Aragón, Navarra, Sicilia, los Países Bajos, el Rosellón, todos los Franco-Condados y algunos Francos Rodríguez. Tenía en Africa las Canarias; en Asia, las Filipinas, y en el *Nuevo Mundo...* dos *acciones* que en vida habíale regalado Perrojo.

Rey el más guerrero de todos los reyes, su especialidad fueron las conquistas; no sólo las de territorios y ciudades, sino las conquistas amorosas.

¡Nada menos que cuatro veces se casó este Don Felipe, que en punto á hacer matrimonios daba quince y raya á su tocayo el *acreditado Don Felipe* de la calle de Calvo Asensio, núm. 8.

Apenas el joven soberano veía una princesa guapa y con dote, ya la estaba chicoleando, sobre todo si la veía bien calzadita y con medias de seda. En guerras y en amores, siempre empezaba este monarca por los *países bajos*.

De todas sus esposas á la que más adoró fué á la primera, María de Portugal, hija de Juan III y dama de rostro agraciado, aunque algo chulo.

Aconsejaba entonces la razón de Estado casar al rey con Margarita de Francia, hija de Francisco I; pero Felipe II, después de exclamar: "A mí que no me echen Margaritas," determinó seguir los impulsos del querer, casándose con María la

Portuguesa, á la que amaba con enajenación mental.

También Maruja idolatraba á Don Felipe. A menudo cantábale al oído:

¡Ay, Felipe de mi vida!

¡Si contigo yo soñaba noche y día!...

*Lo cual* que aquel dúo amoroso entre ambos soberanos era *talmente* el dúo de *La Revoltosa*. Jamás matrimonio alguno entre príncipes celebróse con más pompa y boato que éste entre María y Felipillo.

Las bodas fueron de lo más suntuoso y rico que imaginarse puede. Las célebres bodas de Camacho fueron una tontería al lado de éstas. En aquéllas no se vió más que á Camacho. En éstas se vió *cá macho y cá hembra* (sobre todo *cá hembra*) que quitaba el sentido.

Hubo además en ellas, bailes públicos, fuegos de artificio, ocho ó diez torneos y diez y siete *justas* (ni una más, ni una menos).

Las bodas, pues, no pudieron ser más cabales, ni más *justas* (justas y cabales).

Poco duró á los novios felicidad tanta.

María murió en breve de sobreparto, dejando huérfano á su hijo (el príncipe Carlos de Austria) y viudo á su Felipe, quien, loco de desesperación, juró no volver á casarse, juramento que no dejó de cumplir sino tres veces en el curso de su vida.

Más político, aunque más desdichado, fué el segundo matrimonio de Felipe II con María de Inglaterra, jamona de treinta y ocho años de edad y de un carácter tan intransigente que no había príncipe que se lo aguantase.

Enamorada de su Inglaterra, quiso esta reina adaptar las costumbres del monarca castellano á

las costumbres de su país. Desde que se verificó el matrimonio, en el Regio Alcázar todo se hacía *á la inglesa* (hasta las patatas fritas).

Harto el rey de comer *á la inglesa*, de montar *á la inglesa* y de pagar *á la inglesa* (cosa que le molestaba muchísimo), escapóse á Bruselas con ánimo de ver á su padre y de comprar unas coles propias de aquel país.

Precisamente al poco tiempo abdicaba Carlos V en su hijo, y empezaba éste, ya jurado rey, á meterse con más valor y anticlericalismo que Canalejas, con el papa Paulo IV.

Con varias palizas y algunos cuantos *cardenales* más enriqueció el duque de Alba, por encargo de Felipe, el sacro colegio de Roma.

El rey mandó tomar Italia, como quien ordena tomar un refresco, y los españoles llegaron á las puertas de la capital católica.

Aún no habían descansado los soldados de esta lucha, cuando se *armó la de San Quintín* entre franceses, ingleses y españoles.

Consiguió Felipe II que el duque de Saboya penetrase en Francia por Picardía.

Manuel Filiberto fingió sitiar á Guisa, pero luego *á guisa*, también, de estratagema se presentó ante San Quintín y derrotando á Montmorency que, como los guardias del orden, acudió cuando ya era tarde, tomó la plaza el día 10 de Agosto de 1557.

Gracias á esta batalla quedó abierto el camino de París, y logró Felipe quedarse con toda la Picardía (con toda la picardía del que se queda con lo que no es suyo).

No quiso el soberano dejar de conmemorar el triunfo de San Quintín, y para fijar la fecha de San Lorenzo mandó construir el Monasterio del

Escorial, soberbio edificio que el rey construyó en piedra por no conocerse entonces el cemento armado.

Fué autor de esta *octava maravilla* un tal Juanito Herrera, célebre arquitecto y tocayo de Navarro Reverter, y aunque muchos soberanos extranjeros quisieron imitarla, ninguno de ellos (como les sucede á ciertas niñas pianistas) pudo llegar á la *octava*.

Pero dejemos el Monasterio del Escorial para que le visiten los ingleses y se lleven de él hasta los clavos, y sigamos los pasos de este gran reinado Filípico.

Firmada la paz de Chateau-Cambresis, pensó Felipe repartir sus tierras entre varios amiguitos, pagando así sus deudas particulares. (¡Bonito modo de acabar con los ingleses!)

A Cosme de Médicis le dió la tierra de Siena (no sabemos si en tubos preparados *al óleo*); á Octavio Farnesio el ducado de Parma, y si le dejan hubiese dado las Canarias á Lopez Domínguez; el alto Aragón á Paraíso, y al Gaona la Navarra y... dos *de frente por detrás*.

Pero una gran cuestión europea detuvo al rey en el camino) de las dádivas.

La reforma luterana preocupaba al mundo. Felipe declaróse enemigo de los reformadores. Su padre desde el retiro de Yuste le aconsejaba quemar vivos á los contumaces y á los que se reconciliasen *cortarles la cabeza* sin excepción de persona alguna.

El consejo, como veis, era un consejito que *quitaba la cabeza*. Los *protestantes*, como era en ellos natural, *protestaban* de que se los tomase por café torrefacto y estaban que *echaban lumbré*, sobre todo en los autos de fe que en Vallado-

lid se verificaron y que el rey presenció cual si se tratase de agradables funciones de fuegos artificiales.

Terminado el *tuesten*, nuevos cuidados distrajeron la atención de este monarca, que pasó una vida muy distraída.

Los moriscos alzáronse en armas. Los judíos luchaban en Andalucía; las judías se pegaban en la Alpujarra. Don Juan de Austria (hijo natural de Carlos V) fué encargado de vencer á esta judía gente y lo logró con creces en la batalla de Guejar; batalla en la que, por su valor, fué Don Juan de Austria reconocido (reconocimiento que le vino muy bien, pues, como antes dijimos, Don Juan era hijo natural).

No descansó mucho tiempo tan ilustre guerrero. A otra gran batalla fué en breve enviado.

Los turcos de Solimán nos hacían tragar bastante *idem* en el Mediterráneo. Felipe II encargó al de Austria batir las naves enemigas reunidas frente al golfo de Lepanto.

Don Juan tomó el mando de nuestra escuadra, que convertida por obra de su almirante en amoníaco, en menos de media hora *acabó con la turca*.

Entusiasmado Don Felipe con la labor de Don Juan exclamó, como si estuviese haciendo *El Puñado de rosas*: "¡Ese es mi hermanito!" y al pedir, luego, á la enfermería el parte facultativo de la batalla, pudo enterarse de que se hallaba herido en un brazo el soldado Miguel de Cervantes, escritor bastante más castizo y claro que Unamuno, aunque éste crea otra cosa.

Terminada la guerra con Alí-Bajá, que allí se quedó levemente privado de la vida, subleváronse los Países Bajos.

También á combatir en ellos fué enviado Don

Juan de Austria (por lo visto no había otro hombre como este *para arreglar cuestiones*) y, en efecto, al principio consiguió que en Flandes no se pudiese el sol, con bastante disgusto de Marquina, que pensó que se quedaba con su drama embotellado.

Indecisa fué la política de Don Felipe en aquellos países. Combatió unas veces á los flamencos; procuró, otras, atraerlos con sabias reformas, estableciendo escuelas de cante y subvencionando á las principales figuras de *tablao*. Pero hartó el pueblo holandés de aguantar al monarca, que tan sólo contaba entre los flamencos con un buen amigo llamado Juan Breva, declaróse independiente, y entonces sí que se puso el sol en los Países Bajos. Por lo menos aquello *estaba obscuro y olía á queso...* de Holanda.

Perdió del todo Don Felipe aquellas hermosas plazas flamencas. Lovaina, Limburgo, Lieja, Amsterdam desobedecieron al monarca, suceso que le estuvo muy bien empleado, tanto por Lieja y Amsterdam, como por Lovaina.

Y no sólo fueron éstas las guerras famosas que el rey se vió obligado á sostener.

Como Felipe II era un señor que no podía estar diez minutos sin hacer el amor á alguna reina, pidió, á la muerte de María Tudor, relaciones á Isabel de Inglaterra, hermana de María y ambas á dos soberanas de aquel trono. Soberanas fueron también las calabazas que Isabel dió á Felipe, tomándole una *hinch*a que la duró toda la vida y que fué causa de grandes luchas entre españoles é ingleses.

Isabelita había auxiliado á los flamencos y protegía á un tal Drake, corsario inglés que nos sóbaba la caspa en el Atlántico.

Cierta mañana, Drake, el piratá (¡bonito título para la *Novela de Ahora!*) se presentó en aguas de Cádiz. Apoderóse allí de treinta naves cargadas de oro y con tan rico botín se volvió tranquilo á su casa, que fué desde entonces *la casa de botín* más abundante de toda la piratería.

Para vengar este odio invencible de Isabel, Don Felipe organizó una armada también invencible. Pero apenas se puso en marcha, *la dieron pocas* (como dicen los flamencos de hoy día).

Ciento treinta navíos *hicieron el paso* de Calais y el paso más ridículo. En el mar del Norte fueron acometidos por una tempestad, y encallando bastantes en las costas de Escocia, volviéronse los demás convencidos de que en Escocia no eran los españoles los que cortaban el bacalao.

Los elementos acabaron con aquella escuadra y allí quedó palpablemente demostrado lo que la Providencia protegía al más católico de los reyes.

Suerte distinta corrió el monarca en Portugal y Francia. Ambos tronos se incorporó á su corona con la misma facilidad que se *incorpora* uno en la cama, después de haber dormido la siesta.

Y aquí empieza un nuevo aspecto del reinado de Don Felipe.

Antonio Pérez, sombrerero favorito de Su Majestad, fué encarcelado, sin duda por hacerle al Rey aquellos sombreros tan feos con los que aparece retratado en los seis ó siete *platinos* con que le honró el entonces fotógrafo de cámara Sr. Pantoja.

Antonio Pérez, fué, en efecto, encarcelado.

No escuchó el monarca los balidos de su valido, y el privado quedó privado de libertad.

Obscuro fué el motivo de esta prisión. Dicen algunos tuvo por causa la muerte de Escobedo,



secretario particular de Don Juan de Austria, con seis mil reales de sueldo, atribuyéndola otros á rivalidades amorosas entre el rey y su secretario, por la Princesa de Eboli. Ambos querían abonarse á la Princesa, y sin duda para que Antonio no pudiese conseguirlo, Felipe le encerró en la cárcel de Zaragoza.

Amotinóse con este motivo Aragón y bien caro le costó el amotinarse. El rey quitó á los aragoneses infinidad de tierras, derechos, ciudades y fueros. Por una casualidad no les quitó también la jota.

Juan Lanuza pagó el pato en todos esos líos y Zaragoza quedó deshecha, y ¡oh triste suerte! condenada á elegir á Moret en todas las legislaturas.

Viejo y cansado de tanta guerra y de suceso tanto, Felipe II retiróse al Monasterio del Escorial. Condújole un *cicerone* á unas estrechas habitaciones y le dijo en voz dulce, aunque algo aguardentosa: "¡Ahí te puedes morir con bastante modestia cuando se te antoje!"...

El rey dió al guía algunos maravedises y quedó sepultado en vida entre los pétreos muros del convento.

No abandonó por eso sus asuntos el enjaulado monarca.

Desde el retiro en que se hallaba escribía cartas políticas á una antigua dama castellana que en Valladolid había conocido.

Iban estas cartas desde el retiro á la castellana y desde la castellana al retiro de San Lorenzo, sin perderse en tan corto trayecto, pero sin que se haya podido conservar una sola.

La Historia, como ciertos jugadores, ha perdido mucho con perder tanta carta.

Enfermo el rey de achaques gotosos, metióse aún más en el interior del Monasterio. Tan pequeñas, humildes y mal alumbradas éran sus habitaciones, que un día hubo de exclamar el médico de cámara ante el ilustre enfermo: "No veo gota," equivocación de diagnóstico que no se comprende ante un tan gotoso monarca.

Acabó sus días y sus noches Don Felipe.

El día 13 de Septiembre de 1598 quedóse el Rey en el sitio (ó mejor dicho en el Real Sitio), y aquí, á manera de epitafio, haremos un ligero resumen de lo que fueron su política y su reinado.

El chico de las de Carlos V fué y será más discutido que el *Chico de la Blusa*.

Para ciertos espíritus Felipe II fué un gran rey; para otros no pasó de ser una zapatilla austriaca.

Ni lo uno, ni lo otro.

Hay quien considera á Don Felipe autor de todos los crímenes, incluso el de la calle de Fuenarral. Y eso no es justo.

Hay, en cambio, quien opina que el hijo del emperador Carlos fué el más grande encauzador del derecho divino de los reyes. Y á eso *tampoco hay derecho... divino*.

Si Felipe II mandó matar á su hijo el príncipe Carlitos, que amaneció un día ahorcado casualmente en su lecho; si ordenó el degüello de los condes de Horn y Egmont; si tuvo parte en la muerte de Escobedo y si quemó, en fin, más de quinientos holandeses cierto miércoles de Ceniza (¡vaya si habría ceniza!), fué tan sólo por pasar el rato y enriquecer á su patria rápidamente, radicalmente, brutalmente.

Algo frío y calculador (aunque no tanto como

Inaudí), fué este rey austriaco, pero jamás *regateó*... los medios de hacer felices á sus súbditos y amigos.

Grandes hombres florecieron por aquella época.

Rodearon al Rey, el príncipe de Eboli; Ruiz-Gómez de Silva; el duque de Alba; el portugués Mora, alma de Felipe II é inventor del timo del *portugués*, que aun hoy se practica con éxito; Granvela, Idiáquez y otros mil, todos valientes y distinguidos...

¡Ah!... se nos olvidaba el duque de Saboya, Manuel Feliberto (dispensa, Manolo).

Si en política y guerra eran muchos los genios, en arte y ciencia no digamos (no digamos una palabra).

Hasta el arte culinario llegó á su mayor apogeo. ¿Cuándo se han servido mejor hechos los bisteks de hereje?...

Y de la extensión que la cultura adquirió en aquella época todo elogio es pálido.

Tantos libros mandó el rey comprar en la librería de D. Fernando Fé, con ánimo de enriquecer las bibliotecas públicas, que, enriquecido el simpático librero, pudo comprar cuatro ó cinco automóviles de 40 caballos.

¡Ni un solo día dejó de pasear en ellos Don Felipe! ¡Bien es verdad que aquel monarca siempre mostró gran afición á los *autos de Fe*!

Por eso dijimos al empezar este juicio crítico, que lo que es *vivo*, era *vivo* Don Felipillo.

Cuando la victoria le acompañaba atribuía el éxito al poder de sus armas. Cuando le daban una paliza, tenían la culpa los elementos. Así da gusto, y vamos andando por la historia de España...

No muy próspera quedó ésta á la muerte del

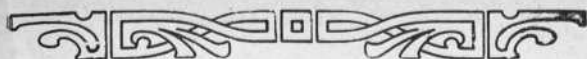
Rey, gotosa muerte que no queremos contar detalladamente porque un historiador no debe ser un cuenta-gotas.

En política interior siempre se decidió este monarca á la política conservadora. Ni una sola vez se inclinó hacia la izquierda dinástica. El segundo de los Austrias fué un *segundo de la derecha*.

Y un *segundo* con no muy buenas luces y bastante húmedo.

Acasó por tal húmedad contrajo la afección reumática que le llevó al sepulcro, donde le dejamos reposando para dar paso á Felipe III, hijo de Felipe II y de Doña Ana de Austria, última mujer del *tute* de esposas que usufructuó aquel rey que dió tanta guerra... á la historia patria.





## PARTE DECIMAQUINTA

---

### TRES FELIPE Y UN CARLOS

POR

**Agustín R. Bonnat.**

---

#### **Felipe III.**

Nació el 14 de Abril de 1578 y murió el 31 de Marzo de 1621, con lo que queda demostrado, echando la cuenta por los dedos, que primeramente vino al mundo y luego tuvo la comodidad de entregarlo.

Madrid fué su cuna, cuna que por lo grande muy bien pudiéramos llamar cama de matrimonio, y tuvo el honor, por lo tanto, de ser paisano de Don Ramón de la Cruz y del *Chico de la Blusa*.

Fué hijo de Felipe II y de Ana de Austria y sucedió, no sólo á su padre, sino que sucedió... lo que tenía que suceder, que el chico creció y le vino corta, no ya la ropa, sino la ropilla.

Cuando ya se andaba en el *Juanito* y comenzaba á fumar á hurtadillas de sus ayos, empezó

á mostrar grandes sentimientos religiosos, que le valieron el sobrenombre de el *Piadoso*. (Hay que advertir, que en aquella época los reyes eran como los toreros y los timadores, todos tenían apodos).

Su carácter le hacía ser más á propósito para habitar una celda monástica que para sentarse en un trono. Tanto es así, que al decirle que se sentara, replicó: "Gracias, no estoy cansado". E hizo la señal de la cruz.

Cuando los cortesanos vieron la señal, comprendieron que el rey se quedaba con el piso.

Era franco y clemente, cosas ambas agradables, pues ya en aquella época comenzaban á ser apreciados los *francos*, y respecto á lo de clemente, en más de una ocasión dió lugar á cierta confusión sobre si se llamaba Clemente ó Felipe.

Comenzó su reinado acreditándose con un acto de piedad y buena intención, y una vez *acreditado Don Felipe* y dueño de sí, como las jóvenes que se desmayan, comenzó á desarrollar su plan: señal de que lo tenía hecho: un rollo.

Sin embargo, el oficio de rey le obligaba á ir muchas horas á la oficina y decidió buscar un sustituto, adelantándose á lo que hacían después los *quintos* que tenían que ir á Cuba. Este sustituto fué el duque de Lerma, al que se abandonó.

Viéndose Lerma en el alto cargo de favorito, se apresuró á hacer lo que los ministros de todos los tiempos, distribuyendo las mercedes y los cargos entre sus amigos, y á éste le colocaba de archipámpano, á otro le daba una plaza y al de más allá una plazuela. Amigo hubo que llegó al reparto de mercedes y se llevó una con el apellido de Pérez, que le duró toda su vida y le dió cuatro hijos.

Con semejante derroche, el Duque llegó á contar con una mayoría dispuesta á aprobar en votación nominal todo lo que él quisiera.

Lo malo fué que por no tener turrón para todos, ni en los días de Nochebuena, comenzaron los descontentos, y no faltó quien se quejara de que el rey estaba dominado por un valido, hecho bastante desagradable, pues lo del *valido* parecía cosa de ovejas.

El Duque, á su vez, viendo lo cómodo que era ceder los trastos á alguien y dedicarse solamente á leer periódicos y tomar café con media, cual hacía su soberano, buscó un subsecretario y colocó en este puesto á D. Rodrigo Calderón, antecesor de los que más tarde habían de ser famosos picadores.

D. Rodrigo salió un tanto avaricioso, y como si fuese un sencillo recaudador de contribuciones, asaba vivo á todo el mundo, sacando dinero y encerrándolo luego en medias de lana que escondía, á pesar de lo cual se enteró el pueblo. Sólo á sus íntimos decía: "Tengo medias", frase que actualmente emplean los jugadores de *muš*.

Ni el rey ni el ministro eran de carácter belicoso; pero claro está que tampoco se dejaban pisar los callos, y aspiraban á conservar la supremacía de España sobre las demás naciones, siendo esto causa de nuevos gastos y guerras.

Las provincias de Flandes, ya saben ustedes, donde hacen la célebre manteca y de donde proceden los flamencos que pasean por la calle de Sevilla, habían sido cedidas por Felipe II á su hija Isabel Clara Eugenia—¡esta tontería de nombre!—que se había casado, á gusto de los papás y habiendo celebrado la boda en la *Bombilla*, con el Archiduque Alberto, y allá (á Flandes) envió

tropas y sostuvo guerras para que reconociesen á su hermana. Pero es lo que se decían los flamencos: "Señor, ¿cómo hemos de reconocer á la princesa si no la hemos visto nunca?"

Por fin, esta guerra quedó terminada con el tratado de La Haya, en una forma que puede que no la haya mejor. Sobre todo para los flamencos, que desde aquel momento se consideraron libres é independientes.

Felipe III heredó también de su padre la guerra con los ingleses, y ya pueden ustedes figurarse lo que esto supone.

Entonces el duque de Lerma organizó una escuadra compuesta de 50 naves para que hostilizase las costas de Inglaterra, pero se levantó un furioso temporal y los navegantes vieron perdido el pleito y las costas.

Al año siguiente se armó otra escuadra y se armó otro zipizape marítimo; pero los españoles pudieron desembarcar en Kinsale y Baltimore... Los que llegaron al primero de dichos puertos dijeron: "Bueno, ya estamos en Kinsale; ahora veremos *Kinsale* vivo de aquí".

Efectivamente, los españoles é irlandeses unidos, fueron zurrados por los ingleses, y los primeros tuvieron que regresar á España con el aspecto de un novillero á quien han echado un toro al corral.

Poco después falleció Isabel de Inglaterra, y su sucesor, Jacobo I, hizo en Agosto de 1604 las paces con Felipe III, cambiándose mutuos regalos consistentes en tabaco, zapatillas bordadas, tirantes y chicos de horchata; esto último por hallarse en Agosto.

Pero estaba escrito que Felipe III no tuviese nunca paz, y se vió precisado á mandar barcos



contra los piratas que robaban en la costa de Andalucía.

Desde 1602 á 1618 hubo caza con ojeo de piratas en el Mediterráneo, hasta que casi se consiguió que éste quedase más limpio que una batería de cocina en sábado.

Así continuó durante todo su reinado el bueno de Don Felipe, metiéndose con la gente y en constante guerra con todo el mundo, como si hubiese sido una de esas vecinas revoltosas que se salen al patio á ensartar improperios.

Cierto día en que estaba más aburrido que una ostra, decidió trasladar la Corte á Valladolid, atraído por la fama de sus piñones. Contratáronse los correspondientes carros de mudanza y, ¡hala!, hacia allá se fué el rey con todos los cortesanos. Había que ver la cabalgata por la carretera. ¡Ríñanse ustedes de un martes de Carnaval en la Castellana!

Con semejante traslado, los caseros de Madrid vieron en peligro sus respectivos cocidos, pues en todas partes no había más que papeles de cuartos desalquilados y esto no podía ser más desagradable. Así es que comenzaron á pedir que volviese la Corte, y Felipe III lo resolvió en seguida, accediendo á tales deseos... cinco años más tarde. ¡El rey era muy activo para sus decisiones!

Respecto á dinero, no hay que decir cómo se hallaba éste en aquella época. Había mañana en que el rey no tenía ni para mandar á la chica á la compra. Hubo un día en que tuvo que contentarse con comer sopas de ajo y chupar dos pedazos de suela. Los cortesanos, deseosos de sacar al rey de aquellos apuros, superiores á los de un empleado de 5.000 reales con descuento y retención, se echaron por las calles y las casas á

pedir un pedazo de pan para el *pobre* Don Felipe.

Para tener más dinero, á los ministros se les ocurrió una idea digna de Gedeón, la de hacer que cada moneda aumentase su valor, y así resultaba que una peseta tan pronto valía cuatro reales como doce. Una delicia, pues así no sabía uno qué dinero llevaba en el bolsillo ni si tenía para pagar un vaso de agua ó para comprar una máquina de coser.

En fin, Felipe III murió tranquilamente, dejando cinco hijos, uno de los cuales fué Felipe IV, que le sucedió en el trono.

### **Felipe IV.**

Pasados los primeros días de luto, el joven Felipito comenzó á ocuparse de los asuntos propios de su nuevo cargo.

Siguiendo el ejemplo de su señor padre, lo primero que hizo el niño fué buscarse un favorito para descansar, y como en aquella época, por lo visto, los favoritos abundaban más que las alcachofas, en seguida encontró uno bueno, bonito y barato, llamado el conde de Olivares, que al propio tiempo era duque de Sanlúcar, y al que desde luego se le conoció con el nombre del Conde-Duque.

Este célebre personaje se encerró un día en su despacho y empezó á pasar lista de las personas que en el anterior reinado habían sido algo, dispuesto á meterles mano, sobre todo si se trataba de damas influyentes.

De este modo fué encarcelando y confiscando los bienes á los favoritos del reinado de Feli-

pe III, y á éste le quitaba una tierra, al otro un gabán, al de más allá dos puros, con lo que el Conde-Duque, más que un primer ministro, parecía la barredera mecánica.

Desde luego se dedicó Felipe IV á cultivar sus aficiones literarias y artísticas, cosa que hacía con la regadera de su imaginación, siendo más dado á enjaretar quintillas, aunque éstas le salieran con ripios, que á preocuparse del Estado. Durante este reinado bastaba haber hecho un romance para que el rey dispensase su protección al versificador, aunque éste fuese más bruto que un cerrojo

Mientras tanto, el Conde-Duque seguía en guerra con todo el mundo, y bien puede decirse que en aquella época nos peleamos con todo el mapa.

Durante el reinado de Felipe IV se reunieron varias veces las Cortes de Castilla, faltando en algunas de ellas el rey á la reunión, bien fuera por haberse quedado en casa versificando, ó bien por haberles dicho cuatro picardías á los diputados.

Mientras tanto, el Conde-Duque de Olivares trabajaba de firme, como lo demuestra los muchos impuestos que cargó sobre el pueblo, si bien el rey no le iba en zaga respecto al trabajo, toda vez que tuvo seis hijos con su primera mujer, cuatro con la segunda y siete naturales. Esto último fué muy celebrado en aquellos tiempos, pues siete naturales no los ha dado ni *Lagartijo*, sin intercalar uno por bajo.

Don Felipe resultó más desnaturalizado que el alcohol que venden para las tenacillas de rizar el pelo y no tuvo ni la curiosidad de ver de qué pelo le habían salido los chiquitines.

En su tiempo hubo varias conspiraciones con-

tra su propia persona, saliendo bien de todas ellas, con lo que demostró su buena suerte. Si en aquella época se hubiera conocido la lotería, seguramente que al rey le cae el gordo de Navidad.

Reinando Felipe IV florecieron, vamos al decir, porque no echaron flores más que á las muchachas al paso, Calderón de la Barca, el que está en la plaza de Santa Ana; Saavedra Fajardo, inventor de las fajas; Rojas; Murillo, pintor, paisano y amigo de *Bombita*, y Velázquez, que sin duda vivió en el barrio de Salamanca, puesto que allí tiene su calle.

Felipe IV escribió comedias que luego representaban señores de la Corte ó cómicos de profesión, siendo todas muy aplaudidas, pues ¡cualquiera se atrevía á *patear* un chiste al monarca!

En resumen, que este rey si llega á nacer en nuestros tiempos, no hubiera tratado de competir con el Kaiser ni con Mr. Fallieres, sino con Perrín y Palacios.

## Carlos II.

Tengo el gusto de presentar á ustedes á Carlos II, el *Hechizado*, nuevo en esta plaza.

Este fué uno de los chiquitines del difunto Don Felipe IV, que en paz descansa, y apenas tenía cuatro años cuando tuvo que subir al trono. Subiría gateando, digo yo, porque según mis noticias, Carlitos había nacido tan torpe que tenía cinco años y no andaba ni hablaba y sólo sabía decir "chacha" y "teta". Su constitución era tan enfermiza que necesitaba caldos cada media hora; y respecto á su espíritu, baste decir que éste era in-

suficiente para mojar la mecha de un encendedor mecánico. Según cuentan las crónicas, cierto día vió un grillo en un jardín de Palacio y se llevó un susto más grande que si hubiera visto un miura. Los cortesanos dijeron que aquello del grillo sería grilla; pero luego se convencieron de que Carlitos no era capaz ni de jugar al chito con los de su edad.

De regentar el reino se encargó su señora madre Doña Mariana, cuya primera medida fué la de elevar á su privanza á su confesor el jesuita Nithardt.

Mientras Don Carlitos se entretenía en las ocupaciones propias de su sexo y edad, como eran las de recortar aleluyas, jugar á la pelota y meterse los dedos en las narices, la regente y el jesuita, palabras que parecen el título de una fábula, se dedicaban á perder para España provincias y más provincias. Eran algo así como el jugador que no acierta ni una.

De este modo nos quedamos sin el Franco-Conado y Portugal se declaró independiente y *ó terror dos mares*.

Don Juan de Austria, ya saben ustedes, el bastardo del rey Felipe IV, ó sea el inventor de la letra *bastardilla*, se dedicó á molestar á Doña Mariana, al jesuita y á todo bicho viviente.

Retirado á Consuegra, que por lo visto era una villa muy animada en aquella época, se dedicó desde allí á decir picardías de la reina, y tan pronto aseguraba que era tonta de la cabeza, como afirmaba que se teñía el pelo. Respecto al padre jesuita, dijo tales atrocidades que me río yo de Nakens y demás clerófobos.

Como es natural, pues á cualquiera le molestan las picardías aunque se tenga la testa com-

pletamente coronada, la reina dió orden de que prendieran á Don Juan, pero cuando se presentaron los guardias de Seguridad éste había salido de la población en el primer mixto.

Don Juan se refugió en Barcelona y desde allí continuó en su tarea de parecer una comadre de vecindad, hasta que para que se callara se empleó un sistema que ha dado excelente resultado en todas las épocas; la de nombrarle para un cargo con el correspondiente *chupen*.

Ya tenemos al bastardo encaramado en su vi-reinato; pero no se contentó con el jamón que allí podía comer, sino que pidió las chorreras de que le diesen dos *puntapieses* al reverendo padre Nithardt, lo que hizo la reina ni-tharda ni-perezosa!

Pero he aquí que por lo visto la pobre Doña Mariana no podía pasarse sin un hombre á su lado, aunque fuese como consejero, y no había llegado el jesuíta á la primera fonda del camino de Roma, cuando ya había sido reemplazado por D. Fernando de Valenzuela, un joven con una caída de ojos que traía transtornadas á las damas de la Corte. ¡Rediéz con S. M. y qué veleidosa había salido! El joven Valenzuela comenzó á subir más que un aeroplano y pronto lo fué todo, hasta caballerizo mayor. ¡Sin duda la reina apreció que montaba muy bien!

Bueno, pues ya tenemos otra vez á Don Juan de Austria de peor humor que si le hubieran pateado una obrita. Vuelta á meter chismes con los porteros; vuelta á decir que si la reina era una tal, y que si Valenzuela no se limpiaba las uñas ni se mudaba de camiseta más que cada quince días.

En esto, el rey Carlitos hubo cado tal estirón,

que ya no le servía la ropa y acordaron declararle mayor de edad en 1675, entrando en posesión del reino. Su hermano bastardo consiguió que le nombrase consejero, y el primer consejo que dió fué el de que diesen la cuenta al favorito Valenzuela, mandándole á Filipinas para que hiciese estudios sobre el modo que tenían de guisar el arroz los tagalos, y que Doña Mariana pasase á Toledo para entregarse á la confección del mazapán.

No pararon aquí las ideas de Don Juan, sino que suprimió el Conejo de Indias y dejó cesantes á la mayor parte de los empleados, que por entonces no eran inmuebles.

Pero, claro está, todo esto no le salió de balde á Don Juan, pues entre unos y otros, ayudados por la reina Doña Mariana, comenzaron á darle más disgustos que si tuviera un hijo calavera, y el maldiciente señor enfermó de tristeza y por fin murió con la cara vuelta hacia la pared.

No sintió gran pena por ello el rey Don Carlos, el cual, aunque su aspecto era enfermizo y débil, quiso tener á su lado á una mujer para jugar al tute por las noches, y se casó con la princesa María Luisa de Orleans.

Hizo las paces con su señora madre, la cual volvió de Toledo á tiempo para dar consejos á su nuera sobre el modo de ponerse el velo de desposada. Ella, por lo visto, lo que quería era correr un velo sobre lo pasado.

Como el pobre Don Carlos, á pesar de sus esfuerzos, no consiguiese tener hijos, se pensó en quién había de sucederle cuando doblase, manifestándose así lo avispados que eran en aquella época, pues antes de que hubiera rey muerto ya había rey puesto.

Formáronse más partidos que en un frontón,

viéndose que cada vez ganaban más terreno los que apoyaban como sucesor de Carlos II á un príncipe francés, cosa que en efecto lograron, pues al morir definitivamente Don Carlos fué nombrado rey de España Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV.

Durante este reinado sólo se realizaron majaderías, entre ellas la de hacer creer que el rey estaba hechizado, llegando así á conseguir que España pareciese una tienda en liquidación: nadie tenía dinero, por todas partes nos metían mano y si duran mucho más tiempo Don Carlos y sus favoritos, la nación se convierte en un gran solar y hay que poner un cartel diciendo: "Se alquila por estupidez de sus dueños".

### Felipe V.

Este rey, traído de Francia como la moda de las faldas-pantalones, nació en Versalles el 19 de Diciembre de 1683, y murió (¡Dios le haya perdonado!) en Madrid el 9 de Julio de 1746.

Fué hijo segundo de Luis, delfín de Francia, y de María Ana de Baviera, pudiendo, por lo tanto, decirse que era de buena familia.

Cuando tenía diez y siete años pasó á ocupar el trono de España, pudiendo asegurarse que le sobraba sitio, inaugurándose con él la dinastía de los Borbones, inauguración que se llevó á cabo con murga, reparto de polvorones y todo el aparato propio del caso.

Según el historiador Sismondi, el gran Felipito se hizo notar desde luego por su dulzura, hasta el punto de que pasarle la lengua por el cogote venía á ser como chupar una yema de coco.



Subió al trono con el nombre de Felipe V, y como, según es sabido, no hay *quinto* malo, la gente empezó á *enfundar* esperanzas en él.

Sus principales gustos eran la devoción y la caza, y lo mismo se rezaba dos conejos que le pegaba un tirc á un rosario, ó viceversa.

Entró en Madrid en Febrero de 1701, siendo celebrado y aplaudido, porque á los buenos madrileños les parecía bastante robusto el nuevo monarca, sobre todo después de haber visto al escuchimizado Carlos II.

Apenas sentado en el trono se durmió, quiero decir, que se entregó á la bonita ocupación de no hacer nada, entregándose por completo á los favoritos, porque el buen francés no se contentó con menos de tres á un tiempo.

En Francia corrió la voz de que con el rey Felipe, por ser compatriota, estaba aquí todo pagado, y comenzaron á llegar súbditos de aquel país, viéndose por las calles tal número de franceses y de francesillas, que ni en una tahona hay más al terminar la hornada.

Después de prestar juramento en la iglesia de San Jerónimo, donde por cierto tuvo una cuestión con un monaguillo porque le oyó jurar dentro del templo, anunció que en breve se casaría con una princesa de Saboya.

Felipe V marchó después á jurar á Zaragoza; luego á Barcelona, donde hizo lo propio, y por último á Italia, hasta el punto de que ya la gente decía que juraba más que un carretero.

En sus gustos era lo que hemos dado en llamar un juerguista, pues no había madrugada que no anduviera por los colmados de la época tomando pescado frito y bebiéndose sus buenos *chatos* de Montilla. De los asuntos no se ocupaba para nada,

y había quien iba á la antesala de Palacio para ver al rey en audiencia y entraba recién afeitado y salía con barba corrida.

Tuvo necesidad de marcharse á Italia en virtud de unos telegramas alarmantes recibidos, y dejó al frente de los negocios de España á su esposa, que, según dicen, tenía más simpatías que una tiple del género chico.

María Luisa de Saboya se dió tal maña en administrar los intereses del rey, que apenas se marchó éste, sacó á las Cortes cien mil pesos, que envió á su Felipito por medio del Giro mutuo, contenta de haber aliviado, no ya de aquel peso, sino de aquellos pesos, á la nación española.

Principal consejera de la reina era la princesa de los Ursinos, una mujer más lista que una florista de teatro, y que sabía dónde tenía la mano izquierda para eso de trastear políticos.

Desgraciadamente para ella, la reina María Luisa espichó, y Don Felipe, que tenía horror á la soledad, se enyugó de nuevo con otra señora, llamada Isabel de Farnesio, siendo el primer acto de la nueva reina el poner al fresco á la princesa de los Ursinos.

Felipe V mientras tanto cada día estaba de peor humor; unas veces porque le habían ganado al tresillo y otras porque tenía un grano hacia el cogote que le molestaba bastante, por lo que decidió abdicar en su hijo Luis y tomar un billete de recreo para La Granja.

El joven Luis apenas pudo saborear las delicias de ser rey, porque tanto le impresionó la noticia que murió seis meses después sin haber tenido tiempo ni de estrenar el traje de soberano, que era un soberano traje.

De nuevo volvió Felipe V al poder, y enton-

ces todo su afán fué el de poner paz á las guerras comenzadas, logrando en parte su propósito y obteniendo por ello el aplauso general, como si hubiera banderilleado al quiebro.

Una fresca mañana, cuando se hallaba tomando chocolate, sufrió un ataque de apoplejía, cerrando para siempre los ojos, y heredó la corona su hijo Fernando, del cual tendrá el honor de hablar á ustedes otro historiador no menos ilustre que este servidorito, que deja la pluma de historiar y se retira modestamente por la derecha.







## PARTE DECIMASEXTA

---

FERNANDO VI Y CARLOS III

POR

**Zadig.**

---

### **Reinado de Fernando VI.**

Pluma de oro quisiéramos tener para historiar este reinado... y venderla luego.

Asegura la voz del pueblo que no hay quinto malo, pero muchas veces el sexto es mejor. Si bueno fué Don Fernando V no le fué en zaga Don Fernando VI, aunque éste no estuvo nunca tan *Católico* como el cónyuge de Isabel I.

Era el único fruto que dió á Felipe V su primera costilla María Luisa de Saboya. El bondadoso Fernando se *ciñó* la corona (aunque nunca se la *ciñó* mucho) á la temprana edad de treinta y cuatro años (1746). Ya andaba solo y no necesitó tutela.

Había dudado un poco, temiendo que le diesen el timo del portugués; pero al fin contrajo

matrimonio con la hija de Juan V de Portugal, María Teresa Bárbara, excelente señora que tenía mucho más de María Teresa que de lo otro.

Fernando VI era pacífico de suyo (consentía que le chupase una pulga por no darla muerte); pero no tuvo más remedio que continuar la guerra de Italia.

Nombró general en jefe de nuestro ejército al marqués de la Mina, que era una verdadera mina de valor y de vergüenza guerrera. El Marqués, comprendiendo que los austriacos y los sardos tenían más fuerzas (de un puñetazo reventaban á un buey), se retiró á Provenza airosamente. De esta retirada no se habló tanto como de la de los *diez mil*, ni como de la del Guerra.

El general austriaco Botta Adorno, quiso adornarse y puso la bota en la ciudad de Génova. Esta victoria le entonteció un tanto, pero los genoveses se levantaron como fieras contra sus opresores y el general tuvo que huir de la plaza, perdiendo el... adorno y la bota derecha.

Franceses y españoles tomaron entonces la ofensiva y obligaron á los austriacos á repasar el Var. El río quedó como nuevo después de este repasito.

En suma, Génova quedó libre y pusimos en un aprieto á los austriacos y al rey de Cerdeña.

Empezó á hablarse de la Paz (hembra apetecible que enriquece á los pueblos) y comenzaron las negociaciones en Breda, pero no se concluyeron *aquí* sino en *Aquisgrán* (1748). Por este tratado se regalaban á nuestro infante Don Felipe los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla (¡buen regalo!), con obligación de devolverlos al Austria si moría sin hijos machos ó heredaba algún reino; se sancionaba la subida del gran

duque de Toscana á la silla imperial, que era una silla muy alta que valía un imperio; y se agregaban á Francia los ducados de Lorena y Var. (Nosotros, siempre magnánimos, nos quedamos sin un ducado.)

Con esta paz terminó la dichosa guerra de sucesión, que fué una sucesión de calamidades.

Fernando VI respiró á sus anchas. En 1753 firmamos un concordato con el campechanote Benedicto XIV, y si nosotros ganamos algo, el Padre Santo de Roma quedó la mar de satisfecho. “¡Esto hay que mojarlo!”—exclamó Benedicto, y pidió una ronda de benedictino.

Fernando, que no era guapo precisamente, pero que tenía una caída de ojos muy dulce, era indolente, lánguido, y se dejaba manejar como una albondiguilla. Adoraba á su esposa y ésta le decía con frecuencia:

—“¡Ay hijo, eres incapaz!”

El se resignaba y reconocía su insuficiencia. En cambio María Teresa Bárbara poseía un talento bárbaro, pero era bastante fea: tenía los ojillos diminutos, la boca enorme, los labios gruesos y los carrillos mofletudos. Fuera de esto, podía pasar; porque era francota, afectuosa; tenía *ángel*, en una palabra. Ella fué el primer consejero de su esposo y nunca le aconsejó ninguna tontería.

Dos ministros muy célebres tuvo Fernando VI. El más famoso fué D. Zenón Somodevilla y Bengoechea, más conocido (afortunadamente) por el *marqués de la Ensenada*. De origen humilde, tomó gran afición al lujo y á la magnificencia; le gustaba mucho el fausto (y eso que aún no se conocía la ópera), y como un día el rey le criticara su ostentación, repuso: “¡Señor, por la librea del

criado se conoce la grandeza del amo"; y añadió en voz muy baja: "¡Chúpate esa!"

Con afectada modestia, solía decir de su título que era *En sí nada*. Pero los señoritos cursis de la corte protestaban exclamando: "¡Uy qué chiste tan malo!... ¡Marqués, no hay derecho!"

Por indicación suya se nombró ministro de Estado á D. José de Carvajal y Lancáster, pero le salió la criada respondona.

El nuevo Ministro (que debía descender de aquellos *arrojados* hermanos Carvajales, quienes descendieron á su vez de la peña de Martos), era un hombre torpón, lento, desgarrado; en resumen, un tarugo, pero con muy buena voluntad y una conciencia severísima. Pocos la tendrán tan recta.

Ensenada y Carvajal mantenían distintas opiniones. Al primero, fastuoso y gastador, le molestaban los *ingleses*. Por el contrario, á Carvajal no le gustaban los *franceses*, porque decía que tenían una corteza muy áspera y demasiado miga.

En la corte se formaron dos partidos: el francés y el inglés. (Este último partido dió nombre al café donde se reunía, café que aún existe constelado de estrellas coletudas.)

Aunque los dos querían atraerse al rey, Fernando VI se hizo el tonto. Esta fué siempre su conducta: cuantas veces trataron Francia é Inglaterra de engatusarle, se estrellaron contra su neutralidad inquebrantable. Fué un monarca algo más que hermafrodita, pues era masculino por su sexo, femenino por su debilidad y neutro por su política.

Tenía muy buen corazón. En 1755 hubo un terrible temblor de tierra que destruyó á Lisboa é hizo añicos infinidad de cristales en Andalucía.



Fernando VI se ofreció para todo al monarca portugués y pagó los vidrios rotos.

Además suprimió los impuestos sobre la sal, aumentándose desde entonces la pícara gracia de este bendito pueblo español.

El marqués de la Ensenada no se quedó corto en hacer reformas. Sin ser muy hacendoso arregló la Hacienda, mandó la formación de un catastro en previsión de una catástrofe; hizo volver en sí á la Agricultura, que estaba desmayada; abrió los Cuatro Caminos y algunos más. El ramo de Guerra quedó que daba gloria olerlo, y la Marina salió de la postración en que la infeliz se hallaba.

Cuando el buen Carvajal estiró las extremidades inferiores, el rey nombró Ministro á D. Ricardo Wall, hombre que wallía mucho y que había ido á Inglaterra con una embajada. Volvió á la corte D. Ricardo, y á fuerza de empujones consiguió hacer caer á Ensenada. Los franceses lamentaron el batacazo del Marqués.

En este reinado se fundaron la "Academia de Nobles Artes de San Fernando", la "Academia Latina," las de "Buenas Letras" de Barcelona y de Sevilla y una "Academia de baile y cante flamenco" por todo lo alto.

También se erigió en Madrid el monasterio de las Salesas. Esto fué cosa de la reina; pero el rey fué el primero en celebrar la erección.

Dos favoritos tuvieron estos soberanos: un jesuíta y un cantante.

El P. Rábago, confesor del rey, pesó muchó en el ánimo de éste. Llegó á murmurarse en la corte que á Fernando VI "todo le importaba un Rábago". En justicia debemos decir que si bien el padre sacó raja, no abusó nunca de su influencia.

Tampoco fué abusón el otro favorito. Su nombre de pila era Carlos Broschi, pero le llamaron *Farinelli* porque cuando se metía en *farina* no había otro como él.

Nació este fenómeno en Nápoles, "rico vergel de amor". La naturaleza le concedió una voz más dulce que un merengue. Isabel de Farnesio le hizo venir á España para ver si le levantaba el decaído ánimo á Felipe V, y efectivamente, parece que se lo levantó un poco.

Fernando VI, también mustio y melancólico, le siguió favoreciendo. El monarca y su esposa se extasiaban oyéndole hacer gorgoritos.

Un día exclamó la reina, cerrando los ojos de gusto:

—¡ Es un ruiseñor!

—¡ Canario!—gritó el rey. Y fué esta la única ocasión en que no estuvieron de acuerdo.

Aseguran algunos historiadores que Farinelli cantaba mejor que Tanci. Se le nombró caballero de Calatrava y en Palacio tenía una jaula de oro.

La virtuosa reina, que tantas veces había cerrado los ojos oyendo cantar al favorito, los cerró definitivamente en 1758.

Su muerte fué un golpe de porra para Fernando. Hecho un mar de lágrimas se trasladó á Villaviciosa, aunque una villa llena de vicios no sea el lugar más á propósito para plañir una viudez.

Fué su dolor tan tremendo que acabó por perder la razón; y con razón, después de todo. No quería que le afeitasen y se paseaba en camisa, la cual no se mudaba en mucho tiempo, detalle que ensucia algo la memoria de este buen monarca.

Por fin, el 10 de Agosto de 1759, á los trece años de reinado, pasó á mejor vida el ilustre viudo. (R. I. P.)

Su constante divisa habfa sido: "Todo por la Paz." Divisa harto más noble que la de muchos ganaderos.

No fué un rey de espadas, pero tampoco fué un rey de bastos y viles procederes. Se le lloró mucho y se puso su nombre á una calle de la corte, merced que todavía no ha conseguido Vicente Pastor.

### Reinado de Carlos III.

Carlos III era rey de Nápoles y de Sicilia; pero al morir su pobre hermano Fernando VI heredó la corona de España, y aunque le venía un poco grande la achicó rellenándola de *Liberales*.

Antes de partir, hizo proclamar rey de las dos Sicilias á su hijo tercero, porque su primero era imbécil y á su segundo (luego Carlos IV), imbécil también, le destinaba á Príncipe de Asturias.

Salió Carlos III de sus antiguos dominios no sin cierta tristeza, porque sus súbditos le querían y porque le gustaban con locura los higos napolitanos; y desembarcó en Barcelona, donde se le dispensó un gran recibimiento, por más que él no quería que se le dispensase nada.

Llegó á Madrid, y se sentó en el trono (1759). Lo encontró blando y á los pocos momentos se levantó.

Desde un principio demostró las mejores disposiciones. Su primera disposición fué nombrar ministroj de Hacienda á D. Leopoldo de Grego-

rio, marqués de Squilache, al que había conocido en Italia y en el que tenía una confianza mfope.

Al pájaro Farinelli le dijo que ahuecase el ala y al marqués de la Ensenada le levantó el destierro.

Perdonó á los colonos españoles las deudas que tenían con el Tesoro; permitió la entrada de los granos pero no la salida de los diviesos, y creó una "Contaduría de Propios y Arbitrios", contaduría en la que se despachaba sin ningún recargo.

Carlos III era muy moral y tomó medidas para corregir la relajación de costumbres. Prohibió "La pulga" en todos los teatruchos y se propuso acabar con los tapados y tapadas, que cometían de tapadillo las mayores indecencias.

El pueblo había tomado *hincha* al marqués de Squilache y por poco le hincha.

Todas sus disposiciones eran miradas con malos ojos. Algunas eran acertadas, como el alumbrado público y la limpieza de las calles, casi tan sucias como ahora.

Perjudicaba también á Squilache el proceder deshonesto de su mujer Doña Pastora, que no era la divina, precisamente.

El odiado Ministro enconó los ánimos concediendo un monopolio para abastecer á Madrid de pan, aceite y otros artículos más necesarios que los de fondo. Subieron los precios de dichos artículos y Squilache acabó de meter la pata con el decreto del 10 de Marzo de 1766, prohibiendo el uso del sombrero de ala ancha (que debía sustituirse por el de tres picos), el de la capa larga y, en paseo público, el del gorro y la redecilla.

El público madrileño es muy bueno, pero en tocándole al pelo de la ropa ¡adiós!... Aquello

era demasiado: ¡pretender cortarles las alas y caparles la capa!... Quitarles el gorro era mayor insulto que ponérselo...

Y estalló el furor popular á los gritos de ¡*Viva el rey!* ¡*Muera Squilache!* y otros gritos que no deben pasar á la Historia.

El motín duró varios días. Hubo refriegas con la guardia walona, sustos, palos, pisotones, abortos, tiendas cerradas, faroles destrozados, pasquines insolentes...

Carlos III viendo que el horno no estaba para bollos y que si no perdonaba el bollo le iban á dar un coscorrón, envió á Squilache á comer macarrones, nombrando en su lugar á D. Miguel de Muzquiz. Abolió el monopolio y el decreto de marras, y con toda su familia se fué á freír espárragos á Aranjuez.

Volvió pronto á la corte: nombró al conde de Aranda presidente del Consejo de Castilla y capitán general de Castilla la Nueva y desterró de nuevo al marqués de la Ensenada por sospechar que había movido y calentado las *masas* rebeldes. ¡Un Marqués entregado á oficios panaderiles! ¡Qué ejemplos y qué lecciones encierra la Historia!...

Llegamos á un acontecimiento de los que hacen época.

Carlos III no podía tragar á los jesuítas; según él (aunque el hecho no está comprobado), le daban cien patadas en la boca del estómago. De ser esto cierto á nadie extrañará la expulsión.

Los hijos de San Ignacio tenían en Madrid las siguientes casas: el *Colegio Imperial* (donde lo enseñaban todo), el *Noviciado* (género sicilíptico), la *Casa Profesa* (antes *Casa Novicia*), el *Seminario de Nobles* (al que acudían muchos que

no lo eran), el de *Escoceses* (donde se cortaba el bacalao) y el de *San Jorge* (donde se tiraba de la oreja al santo).

El 31 de Marzo de 1767, á las doce de la noche, rodeó la tropa estos seis colegios. En todos ocurrió lo mismo; reunida la comunidad en el refectorio, se leía el decreto de expulsión y el magistrado correspondiente exclamaba:

—¡Ya saben ustedes que aquí estorban; con que... arreando!

Todos los jesuítas, gordos y flacos, viejos y jóvenes, hicieron el petate llenos de angustia y fueron metidos en automóviles que les llevaron á Getafe.

En las provincias se siguió el mismo método, mucho más corto que el de Ollendorf.

Se les embarcó en buques ya dispuestos; y dándoles un puntapié en la popa, se les envió á los Estados de la Iglesia.

El encargado de dar el golpe fué el conde de Aranda, y efectivamente dió el golpe, diciéndose para explicar esta enérgica resolución que los jesuítas habían tomado parte activa en los trastornos de Madrid.

Carlos III comunicó al Papa Clemente XIII lo que había hecho, y el Pontífice le contestó en breve con un *breve*, poniendo el grito en la bóveda celeste.

Carlos III no supo quedarse en medio como el jueves ó como el difunto y neutral Fernando VI, y en 1761 firmó en mal hora (no sabemos en qué hora fué, pero sí que fué mala), el funesto *Pacto de familia*, unión defensiva y ofensiva (más ofensiva que otra cosa) entre España y Francia.

A Carlos III le parecía de perlas el susodicho

pacto ó *patto*, como él decía con pronunciación italiana; pero muy pronto empezamos á pagar el *patto*, pues con esta familiar alianza nos indispusimos con Inglaterra y Portugal y en seguida vinimos á las manos. Ayudados por nuestros vecinos de arriba les quitamos á los vecinos de al lado la plaza de *Almeida* (1762); pero perdimos la *Habana*, que se fumó tranquilamente el almirante inglés Pacok, almirante al que nunca se le acababa el carbón, porque *pa cok* el suyo.

Los ingleses también nos quitaron *Manila* con todos sus mantones, y tuvimos que aceptar el tratado de París (10-2-1763). (Este tratado no es el que suscribió Motero Ríos, pues D. Eugenio aún estaba entonces en la lactancia). Nos devolvieron la *Habana* y *Manila* y nosotros nos vimos obligados á ceder. A ceder muchas cosas.

Nuestras aventuras en el imperio de Marruecos datan de muy antiguo. En 1774, los moros, que estaban farrucos, nos sitiaron en *Melilla*; pero les pudimos resistir. Ahora, en cambio, no hay quien les resista, de insolentes que se han vuelto.

En una expedición contra Argel tuvimos muchas bajas. (No decimos el número para no alarmar á la nación.) El pueblo culpó de esta descalabradura al ministro Grimaldi, al que se profesaba un odio que daba grima; y retirado Grimaldi á los corrales de la desgracia, nos dieron en calidad de sustituto al conde de *Floridablanca*, en cuyo tiempo quitamos á los portugueses la isla de *Santa Catalina* y la colonia del *Sacramento*.

Y no tardaron los truenos. Francia reconoció la independencia de las colonias británicas de América del Norte. A Inglaterra le sentó mal este reconocimiento; nosotros, como buenos aliados, juntamos nuestra escuadra á la francesa,

pero los ingleses poseían un *escuadrón* formidable y el almirante Rodney (aunque íbamos con los franceses) nos dió una paliza como para nosotros solitos.

Carlos III quiso entonces echar á los ingleses de Gibraltar. Para sitiar mejor á la plaza, se construyeron por consejo del caballero de Arzón, francés que presumía de ingeniero, diez buques gigantes. Empezó el combate de noche y las balas de los sitiados prendieron fuego á aquellos flotantes armatostes. Los diez buques se quedaron en el *sitio* y ni siquiera nos devolvieron los cascos. El caballero de Arzón quedó á la altura de una zapatilla; nos quedamos sin Gibraltar y al fin hicimos las paces con los ingleses (1783).

Sobrevino después la sublevación del Perú y de Buenos Aires. El cabezota (porque cabecilla es poco) del levantamiento fué Tupac-Amaru, cacique de la provincia de Tinta. Se creyó al principio que la insurrección podría ahogarse en Tinta, pero se extendió por todas las referidas comarcas; al fin Tupac-Amaru fué vencido y se le hizo la *cuzca* en la plaza mayor de Cuzco.

Necesitaría escribir veinte tomos como éste (y no me da la gana) para decir todo lo que se progresó durante el reinado de Carlos III.

Adelantaron la agricultura, la industria, el comercio, las ciencias, las letras; adelantaron la instrucción y las obras públicas; adelantaron semillas los Pósitos y... adelantaron los relojes.

El bondadoso soberano no ganaba para disgustos; las intrigas y las sátiras de la corte le hacían rabiar, y además salsa de un duelo para entrar en otro. En 1760 perdió á su querida, á su adorada compañera María Amalia de Sajonia; luego, á su hermano Luis, á su hijo Gabriel, á su



nueva María Ana Victoria, á su nieto Carlos José... Apenas iba á aliviarse de un luto, otro surgía, y, es natural, no pudiendo nunca aliviarse, fué empeorando, hasta que el 14 de Diciembre de 1788 exhaló el último suspiro.

Fué casto como José y limpio como los chorros del oro. Tenía afición desmedida á la caza, mas nunca consintió que cortesanos aduladores le presentasen piezas afirmando que las había matado él. Si no cobraba más que una, se volvía á casa tan campante con su pieza.

Severos historiadores opinan que este monarca cometió varios yerros. Pero, ¿á qué cazador no se le escapan algunos gazapos?





## ULTIMA PARTE

---

REINADO DE CARLOS IV

POR

**Joaquín Belda.**

---

### **Guerra de la Independencia (1788-1814).**

A los cuarenta años de edad subió al Trono de España el *conocido* monarca Don Carlos IV, y si bien es cierto que todas las edades son buenas para subir á un trono como para subir al tranvía, hay que convenir en que el esposo de María Luisa llegó algo maduro al trono de sus mayores.

La primera medida radical que tomó Carlitos para el buen gobierno de sus Estados fué conservar en sus puestos á los *últimos primeros* ministros que tuvo su señor padre; cumpliéndose una vez más el adagio que afirma que los últimos serán los primeros; y Aranda y el conde de Floridablanca fueron los beneficiados por esta sabia costumbre, que, de implantarse hoy, haría las delicias de algunos personajes completamente *conspicuos*.

Digan lo que quieran los historiadores pesimistas, eran en aquella época más felices los españoles de lo que lo somos en la actualidad. ¿Se quiere una prueba? Ahí va...—música de *La Corte de Faraón*—Cinco eran solamente los ministros que aconsejaban al soberano en sus decisiones: los de Estado, Gracia y Justicia, Hacienda, Guerra y Marina. Hoy son nueve: en poco más de un siglo hemos ganado cuatro. ¡Vive Dios que éste es el juego del ganapierde!

Los revolucionarios franceses—hombres terribles, según cuenta Rodríguez San Pedro, que comió con ellos en el *juego de pelota*, y mucho más temibles que nuestros revolucionarios de la travesía del Horno de la Mata—parece que estaban esperando que Carlos IV tomara asiento en el Trono de España para dar comienzo á sus barbasadas. Luis XVI y nuestro monarca eran primos entre sí; cualidad matemática de ambos soberanos que fué para nosotros origen de todas las asolaciones y fieros males que trajo consigo la guerra de la Independencia. Esta grandiosa epopeya, cuyos trémolos azulinos aún rasgan el ambiente pétreo y letal en que nos tiene sumidos...; pero detente, pluma: ¿adónde vamos á parar por este camino?... Aceptemos *en principio* los hechos consumados—como decía Hugo Fóscolo—y sigamos adelante.

Decíamos que Carlos IV, al ver tratado á su augusto primo como una rata por los descamisados franceses, *se impresionó*—como el protagonista de la copla al ver morir ahorcado á su padre—y decidió intervenir de una manera enérgica: tan enérgica, que pasaron unos años sin que dicho rey hiciera nada más que cazar en El Pardo, hasta que el 23 de Enero del 93 rodó ensangren-

tada la cabeza del más infortunado de los monarcas franceses, como rueda el ídolo amoratado por las gradas del altar, ante el impulso civilizador del moderno racionalismo. (Nos parece que la frase tiene el suficiente vigor para no pasar inadvertida.)

Aquello era grave: nuestro Carlos siguió impresionándose, y un atardecer, al regreso de una batida de rebecos efectuada en mitad de la carretera de la Coruña, decidió... aceptar la declaración de guerra que Francia acababa de hacernos, después de esperar pacientemente que nosotros se la hiciéramos. El conde de Floridablanca, que era el García Prieto de la época, hombre dulce y apacible como éste, aunque no tan listo, ni mucho menos, se opuso tenazmente á aquella aceptación, y el rey, inspirado por Godoy—¡ya apareció aquello!—le mandó á paseo destituyéndolo de su alto cargo como justo castigo á su perversidad.

Le sustituyó—¡cómo no!—el propio y auténtico D. Manuel Godoy, ya duque de Alcudia y favorito de los reyes, guapo mozo, aunque algo barrigón, y hombre de quien ha hecho la calumnia un estandarte diciendo que si tuvo ó si no tuvo que ver con la reina María Luisa, y que á ello debió su encumbramiento. ¡Chismes de café que la Historia no puede recoger, entre otras razones, por falta de tiempo!

Manolito Godoy, que había sido guardia, no de Seguridad, sino de Corps, lo primero que hizo en cuanto se vió primer ministro fué nombrar capitán general de Cataluña al general Ricardos, hombre tan indispensable en su época como Valeriano Weyler en la nuestra; Ricardos recibió el encargo de ponerse al frente de uno de los tres cuer-

pos de ejército lanzados contra los franceses, y con él les dió lo suyo en el Rosellón, que conquistó para España en gloriosa y memorable campaña, aunque no tan gloriosa y memorable como la realizada por la minoría republicana del Ayuntamiento de Madrid para llegar á la supresión de los consumos. Vino á la corte Ricardos, pues también en esto de las idas y venidas fué predecesor de D. Valeriano, y quedóse aquí para siempre. ¿Por qué? Porque falleció.

El conde de la Unión, el marqués de las Amarillas y Pepito Urrutia, heredaron sucesivamente el puesto de Ricardos. El primero—que era, por cierto, un hábil director de cotillones—se vió obligado á abandonar el Rosellón en 1.º de Mayo de 1794, y los franceses, siguiendo sus pasos, se colaron bonitamente en Cataluña, lo cual chocó un poco á los elementos avanzados de la Solidaridad de *en Cambó*.

Por fin, en Julio del año siguiente se firmó en Basilea la paz entre Francia y España: recuperamos por ella todo lo que los gabachos nos habían quitado en Cataluña y les cedimos graciosamente Santo Domingo, aunque sin incluir la cuesta que lleva ese nombre.

Como se ve, la tal paz fué para España una ganga precursora de otras gangas que poco á poco nos han convertido en unos gangosos: pues, á pesar de ello, y aun por ello, á Manolo Godoy se le concedió el título de príncipe de la Paz, título que hoy llevan un café de la calle de Carretas y un hotel de la Puerta del Sol, dicho sea sin vistas al reclamo.

La desgracia nos perseguía: ocurriósele á Carlos IV renovar con Francia el *Pacto de Familia* que su ilustre padre había concluído, y esta re-

novación—cuyos intereses pagamos— nos llevó á la guerra con Inglaterra, que, después de darnos un limpión en nuestras colonias de América, nos puso el *inri* derrotando á nuestra escuadra en el Cabo de San Vicente (1797).

Como se ve, la vida era una delicia: había para renegar del pacto, de la familia y de todo lo nacido. Menos mal que, cinco años más tarde—1802,—Napoleón lo arregló todo en Amiens sin contar con nosotros para nada: cedió *nuestra* isla de Jamaica, con ron y todo, á los ingleses... y “aquí no ha pasado nada.”

Es decir, sí pasó: pasó que Godoy tuvo que salir del Gobierno silbado y abucheado por todos como un Garibaldi con casaquín, y le sustituyó Jovellanos—después Zarzuela,—que duró lo que un suspiro: porque ocurrió que el rey no podía pasarse sin Manolito, cuya gracia para contar chistes verdes amenizaba de modo insustituible las tertulias nocturnas del monarca.

Godoy, que era un ansioso, casó por entonces con una princesa de la familia real, dejando á su primera esposa, la célebre Pepita Tudó, confiada á la posteridad y al talento de Ceferino Palencia, que, con el tiempo, supo sacar muy buenos cuartos de tan afamada señora.

En 1805 volvemos á armar trifulca con Inglaterra; decididamente nos molestaban los ingleses, y en Trafalgar pagamos el precio de esa molestia hundiéndonos en el fondo del mar de la mano de los franceses. Napoleón cantaba las cuarenta en Austerlitz y, lleno de júbilo, pensó en nosotros y en Rusia. ¡Qué amable!

*Proceso del Escorial.*—No nos referimos para nada al que distrajo nuestra atención á fines del verano de 1910 y en el que jugaron tan importan-

te papel los celos de un policía. Se trata del entonces príncipe de Asturias Don Fernando, quien de acuerdo con el canónigo Escoiquiz, el duque del Infantado y otros amigos, intentaba, según malas lenguas, dar cordilla á su propia madre y á Godoy, para ceñirse la corona de papá, obligándole á abjurar. ¡Una friolera! Menos mal que exceptuó de la cordilla al autor de sus días, pero con lo tramado y descubierto hubo bastante para que el secretario de Gracia y Justicia, que lo era el amigo Cabarrús, encontrase razón para declarar al joven príncipe reo de siete y pico de penas de muerte. Tampoco era una tontería el tal acusando, y no sabemos lo que hubiera hecho de vivir en nuestros días y haber tenido que actuar como fiscal en la causa del *huerto del Francés*. Fernandito se libró de todo, el asunto se vió muy pronto cubierto de tierra, y en El Escorial no quedó más rastro del suceso que la inevitable murmuración de los chismosos, que se reunían diariamente á tomar el sol en una huerta situada junto á la fábrica de Matías López.

*Se formaliza el jaleo.*—Napoleón, con pretexto de pasar á Portugal, nos envió primero á Junot, después á Moncey y á Dupont con sus hombres correspondientes, y por fin —Marzo 1808—á su propio cuñadito Joaquín Murat, duque de Berg, que tampoco vino solo como es de suponer. Total, cien mil hombres. Para una merienda ciudadana no son muchos; pero para una excursión á la patria de Teófilo Braga, sobran unas cuantas docenas.

*Motín de Aranjuez.*—El 19 de Marzo—fiesta onomástica de Pepe Canalejas—el pueblo de Aranjuez, donde á la sazón residía la Corte, alzóse turbulento contra el favorito, á quien achacaba la



entrada de los franceses en la Península. Hasta la fresa y los espárragos del famoso Real Sitio dejaron oír su protesta contra Godoy, quien, temiendo las iras del populacho, pasó veinticuatro horas escondido entre unas esteras en los desvanes de palacio como una cucaracha inconfesa. Carlos IV, lleno de pánico ante la *relativa* falta de heroísmo de su primer ministro, abdicó la corona en su hijo Fernando, y al día siguiente D. Manuel decidió desesterarse, y salió por piernas para Villaviciosa de Odón, como cualquier torerito rural de nuestros días.—No es ofensa, pero es sabido que el castillo de la famosa villa, es hoy el Versailles de nuestros recogidos mendigos.

### Fernando VII.

Este respetable y distinguido joven, que se vió rey por la huída de su señor padre, hizo su entrada en Madrid en 24 de Marzo, siendo acogido por el populacho con la misma alegría que el vals de *El Conde de Luxemburgo*. Però no contaba con la huéspedada: sus papás, que eran de encargo, marcharon á Bayona á ver á Napoleón y á comprarse unos chalecos, que ya por entonces eran famosos. Una vez en Bayona, se dedicaron al chisme como dos porteras, y empezaron á corromper los oídos con el cuento de que si ellos habían abdicado la corona de España no había sido espontáneamente, sino amedrentados por el episodio de las esteras; Bonaparte, con la intención de un miura, llamó á su lado á Fernando VII, y cuando tuvo reunida á toda la familia les dió el timo del portugués quedándose con la corona de España, que entregó á

su hermano Pepe, como si se hubiese tratado de un palco para la cuarta de Apolo.

*El Dos de Mayo.*—Napoleón, sintiéndose cada vez más farruco, ordenó que saliesen de Madrid los pocos individuos de la familia real que no habían querido marcharse en espera de la terminación de las obras de la Gran Vía: esto indignó á los madrileños y armaron aquel glorioso zafarrancho que se conoce en la historia con el nombre de Dos de Mayo, y que, si no hubiera existido habría que haberlo inventado; porque ¿qué iban á hacer sin él los milicianos nacionales el llegar el aniversario? Los nombres de Velarde, Daoiz, el teniente Ruiz y otros muchos, vivirán en la historia algo más que el de Lacierva y el de la Fornarina.

*La guerra.*—Inglaterra, al ver la irritación antifrancesa que se extendió por toda la Península, arrió el ascua á su sardina y envió un cuerpo de ejército á Portugal. Entretanto los somatenes catalanes hacían morder el polvo á los franceses en el Bruch, así como ellos nos lo hicieron morder á nosotros—seamos justos—en Rióseco y en Cabezon... por cabezones.

Pero llegó el verano, y el general Dupont, que sin duda había oído hablar con justo elogio de las pescadillas de Cádiz, marchó allá con cuatro mil hombres, teniendo que volverse desde Córdoba, y siendo vergonzosamente derrotado en Bailén por las tropas de Castaños y unos cuantos piqueros sin contrata que supieron entrar por derecho y picar en todo lo alto. Cuentan otros historiadores—y debe de ser cierto cuando ellos lo dicen—que la noticia de la derrota de Bailén la recibió Napoleón estando lavándose los pies—no hay que olvidar que el César del siglo XIX tenía cos-

tumbres señoriales—en casa del alcalde de una pequeña aldea francesa, y que fué tal el efecto emoliente que la nueva le produjo, que se cayó dentro del barreño, de donde tuvo que ser sacado con ayuda de dos cuerpos de ejército de los que habían estado en Austerlitz. Esta anécdota, si bien dice muy poco en favor de la serenidad del héroe de Santa Eléna, dice mucho en pro de su amor al aseo personal.

*Pepe Bonaparte.*—Buena persona, aunque otra cosa digan algunos de sus biógrafos pagados por la reacción, hombre incoloro, de quien se llegó á decir que era tuerto del derecho y amante furioso del marrasquino, en cuanto se enteró de lo de Bailén salió huyendo de la corte—á donde había llegado el día antes—y no paró hasta Miranda de Ebro, donde, no sabiendo en qué emplear sus horas mientras llegaba otra noticia, se dedicó á leer las obras completas de Sol y Ortega.

Valencia, Zaragoza y Portugal hacían lo suyo en contra de los gabachos, y esto obligó al propio Napoleón á dejar los baños de pies y venir á la Península con doscientos mil hombres, poniendo el 2 de Diciembre sitio á Madrid y el 4 se rendía después de haber puesto en peligro la vida del coloso Botellas, el cual estuvo á punto de dejarla *en brazos* de una bala de cañón de los sitiados que le alcanzó en plena calle de Serrano, cuando se dirigía al Suizo en el tranvía de Goya.

*Zaragoza y Gerona.*—Sitiadas de nuevo estas dos ciudades por los franceses, resistieron con heroísmo sólo comparable al que se desarrolla ante la promesa de la lectura de un drama, y cuando se rindieron, y los sitiados entraron en ellas, tuvieron que dedicarse á la desagradable y productiva tarea de levantar muertos, de los que

las calles rebosaban. El año 1810 marchaban de nuevo las tropas francesas á Andalucía: la manzanilla de Sanlúcar constituía una obsesión para los vencedores de Magenta, y sobre Cádiz marcharon otra vez como quien va de juerga. ¡No fué mala la orgía! Dos años y medio pasó el ejército enemigo ante los muros de la ciudad de la *marcha*—¡Salve, manes de Chueca!—mientras sus moradores, con una serenidad carlovingia, se dedicaban á reunir unas Cortes que fueron el origen de las actuales, regocijadas y arlequinescas.

*La Constitución. Arapiles.*—Mientras Wellington en Torres Vedras hacía que los gabachos abandonasen definitivamente Portugal como si fuesen jesuítas tras la revolución, los diputados de Cádiz formaban una Constitución bastante apreciable, según los que la han estudiado á fondo, y no se sabe si huyendo de ella, los franceses levantaron el cerco de la histórica ciudad en Marzo de 1812. En Arapiles se eclipsó definitivamente la estrella napoleónica: una de las consecuencias más agradables de esta batalla fué la marcha de Madrid de Pepe Bonaparte, hombre aprovechado, como lo prueba el espléndido botín que supo llevarse de la corte, en el cual figuraba como pieza de gran valor una colección completa de postales con vistas del Viaducto y de la plaza de la Cebada.

Su viaje—que recordaba mucho la huída á Egipto—tuvo un epílogo sangriento en Nanclares, donde el año 13 nos comimos con *pomes de terre* los pocos franceses que aún nos molestaban, persiguiéndolos hasta su propio territorio donde les dimos la propina con la derrota de San Marcial.

*La Paz. Apoteosis*—Por fin Francia pidió la

paz, que le dimos de buena gana á cambio de que nos devolviese á Fernando VII y demás individuos de la familia real, pues no podíamos pasarnos sin ellos. Hubo apoteosis á cargo de Muriel y Vila, y quedamos tranquilos por una temporada, hasta que hicieron ministro de la Gobernación á Juan de Lacierva.

*Situación de las letras y las artes en este período.*—La situación social y política de España en este período fué una situación ridícula en general, salvo contadas ocasiones: por eso no decimos ni una palabra de ello. Goya y Ramón de la Cruz—cada uno en lo suyo, como se dice ahora—*rayaron á gran altura*, como también Moratín—*Moratán*, como pronunciaban los afrancesados de entonces,—quien con sus célebres obras *El sí de las niñas* y *El Café* hizo dormir á dos generaciones de escépticos: sobre todo *El Café* resultó con tostada para los infinitos españoles que, por no estar tocados de afrancesamiento, no decían *menú*, no leían *Le Matin* y no jugaban al *baccarrat*.

Y nada más: concluimos con esto la misión de Herodotos que nos arrogamos al empezar estas líneas. No sabemos si te habrán gustado ¡oh lector!; pero por lo menos te juramos que en el desfile de ellas no hemos tropezado con el oro de la reacción, ni con el otro, para inclinar nuestra pluma en sentido determinado.







## C O D A



Los sapientísimos historiadores á quienes se debe la humorística narración de los hechos acaecidos en España desde las épocas antehistóricas (ó antistéricas, que dijo el otro) hasta los felices días de nuestros bisabuelos, consideran rematada su tarea. Y digo rematada, no en el sentido de pésima, sino en el de concluída.

Según queda manifestado en el prólogo de este monumento literario, he preferido cortar oportunamente la relación de los acontecimientos á prolongar el estudio de España en cómico hasta nuestros ínfastos, pero alegres días, temeroso de incurrir en el desagrado de unos por adulator, ó en el de otros por embustero, ó en el de algunos, en fin, por aquello del amargor de las verdades, la sogá en casa del ahorcado y la badila en los nudillos, y demás frases de cajón

aplicables al caso, huyendo, por consecuencia, de meterme en jocundas críticas respecto de mis apreciables contemporáneos.

No se me oculta—repito también—que algunos imbéciles de esos que toman el rábano por las hojas y no ven, ni con el auxilio de seis pares de gafas, el lado cómico de la vida, sentiránse molestados, ya en su árbol genealógico, ya en su inflamable espíritu patriótico ante nuestras inocentes bromas, y, por ende, nos pondrán como chupa de pascua, como hoja de dómine ó como ropa de perejil.

Pero yo confío en que los lectores de buen sentido predominarán, y que esta nuestra modesta labor *educativa* obtendrá por lo menos tan lisonjero éxito como sus competidoras las mil y pico de *Historias* que andan en manos de colegiales, y que con pretensiones de obras modelos, son en definitiva mucho más disparatadas que la que unos cuantos humoristas acabamos de ofrecer á nuestros píos lectores, á los que, según la moderna fórmula de saludo, estrecho las manos, y á nuestras amables lectoras, á las cuales estrecho asimismo los pies, seguro de que más de cuatro estimarán tal operación en lo que vale.  
*Vale.*

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



# Índice del tomo segundo.

---

	<u>Páginas</u>
PARTE NOVENA	
Continuación de la reconquista, por <i>José Estrañi</i> ..	5
PARTE DÉCIMA	
Ojeada retrospectiva, por <i>Juan Pérez Zúñiga</i> .....	23
PARTE UNDÉCIMA	
La casa de Trastámara, por <i>Miguel Ramos Carrión</i> ..	49
PARTE DUODÉCIMA	
Reinado de los Reyes Católicos, por <i>Juan Pérez Zúñiga</i> .....	81
PARTE DÉCIMATERCERA	
Carlos V, por <i>Carlos Luis de Cuenca</i> .....	127
PARTE DÉCIMACUARTA	
Felipe II, por <i>Luis de Tapia</i> .....	139
PARTE DÉCIMAQUINTA	
Tres Felipes y un Carlos, por <i>Agustín R. Bonnat</i> ..	151
PARTE DÉCIMASEXTA	
Fernando VI y Carlos III, por <i>Zadig</i> .....	167
ÚLTIMA PARTE	
Carlos IV... y no va más, por <i>Joaquín Belda</i> .....	181
Coda.....	193



# OBRAS DE JUAN PÉREZ ZUÑIGA

- Cosas.**—Poesías y artículos, prólogo de Taboada.  
**Desafinaciones.**—Poesías, prólogo de Vital Aza.  
**Gárgaras poéticas.**—Poesías, prólogo de Sinesio Delgado.  
**Guasa viva.**—Prólogo de *Clarín* y epílogo de Luceño.  
**Pampiroladas.**—Poesías.  
**Piruetas.**—Poesías y artículos.  
**Zuñigadas.**—Poesías.  
**Cosquillas.**—Verso y prosa, prólogo de Peña y Goffí.  
**Cocina cómica.**—Recetas y otras cosas.  
**Confetti.**—Menudencias en verso.  
**Galimatías.**—Artículos cómicos.  
**Guía cómica de San Sebastián.**  
**Música ratonera.**—Poesías escogidas.  
**Paella festiva.**—Versos.

**Viajes morrocotudos.**  $\left. \begin{array}{l} 1.ª \text{ jornada} \\ 2.ª \text{ ídem.} \\ 3.ª \text{ ídem.} \\ 4.ª \text{ ídem.} \end{array} \right\} 5.ª \text{ edición.}$

**Camelario Zaragatono.**

**Amantes célebres puestos en solfa.**

**Tipos raros.**—Artículos festivos.

**Doña Tecla en Pomotú.**—Aventuras novelescas.

**Sin pies ni cabeza.**—Artículos y poesías.

**Villapelona de Abajo.**—Cuentos breves.

**Seis días fuera del mundo.**—Viaje involuntario.

**Chapucerías.**—Poesías cómicas.

**Buen humor.**—Artículos cómicos.

**Cuentos embelados** (festivos, por supuesto).

**Coplas de sacristía.**—Versos humorísticos.

**Pura broma.**—Artículos amenos.

**La soledad del campo.**—Cuento cómico.

**El cocodrilo azul.**—Cuento cómico.

**Alma guasona.**—Prosa festiva.

**Historia cómica de España.**—(En colaboración con Taboada, Delgado, Aza, Luceño, Ramos, Palacio, Parellada, Estrafí, Cuenca, Tapia, Bonnat, Zadig y Belda.)

## OBRAS TEATRALES

- La manía de Papá** (juguete cómico).—Teatro Lara.  
**¡Felicidades!** (juguete cómico).—Teatro de la Comedia.  
**El señor Castaño** (zarzuela) (1).—Teatro de Maravillas.  
**¡Viva la Pepa!** (zarzuela) (2).—Teatro de Variedades.  
**Los Tíos** (zarzuela) (3).—Teatro de Apolo.  
**El quinto cielo** (zarzuela) (4).—Teatro Felipe.  
**El pasmo de Cecilia** (zarzuela) (5).—Teatro Martín.  
**A las dos de la mañana** (zarzuela) (4).—Teatro de Maravillas.  
**Las goteras** (zarzuela) (4).—Teatro Martín.  
**El traje de gala** (zarzuela) (4).—Príncipe Alfonso.  
**La lucha por la existencia** (zarzuela) (6).—Teatro Eslava.  
**El salvavidas** (juguete cómico).—Teatro Lara.  
**La india brava** (zarzuela) (7).—Príncipe Alfonso.  
**El mártir de las veladas** (monólogo).—Teatro Lara.  
**El gabán de pieles** (juguete cómico).—Teatro Lara.  
**La chica de la portera** (pasillo) (5).—Teatro de la Zarzuela.  
**La gente del patio** (zarzuela) (4).—Teatro de Maravillas.  
**La Mallorquina** (zarzuela) (8).—Teatro de la Zarzuela.  
**La Gloria** (juguete cómico).—Teatro de la Comedia.  
**El Portal de Belén** (entremés).—Salón Venecia.  
**El cuarto alegre** (zarzuela) (9).—Ciudad Lineal.  
**El néctar de los dioses** (opereta) (10).—Gran Teatro.  
**Bronquitis aguda** (pieza cómica).—Teatro de la Comedia.  
**Descanso dominical** (pasillo cómico).

- 
- (1) Música de Blasco y Ovejero
  - (2) Id. de Justo Blasco.
  - (3) Id. de Julio Ruiz.
  - (4) Id. de Quijano y Zúñiga.
  - (5) Id. de Caballero.
  - (6) Id. de Valverde y Mateos.
  - (7) Id. de Valverde (hijo).
  - (8) Id. de Jerónimo Jiménez.
  - (9) Id. de Pérez Zúñiga.
  - (10) Id. de Paul Rubens.

## EN PRENSA

**Cuatro cuentos y un cabo.**—Pr osa festiva.

## EN PREPARACION

**El Chápiro verde.**—Cuento.

**La familia de Noé.**—(Intimidades del arca.)

**Arte de hacer curas.**

**La reina de las lombardas.**—Novela.

**Festival.**—Poesías.

## OBRAS MUSICALES

**Los can grejos.**—Pasodoble para andar hacia atrás.

**El Liberal.**—Pasodoble para piano y para banda.





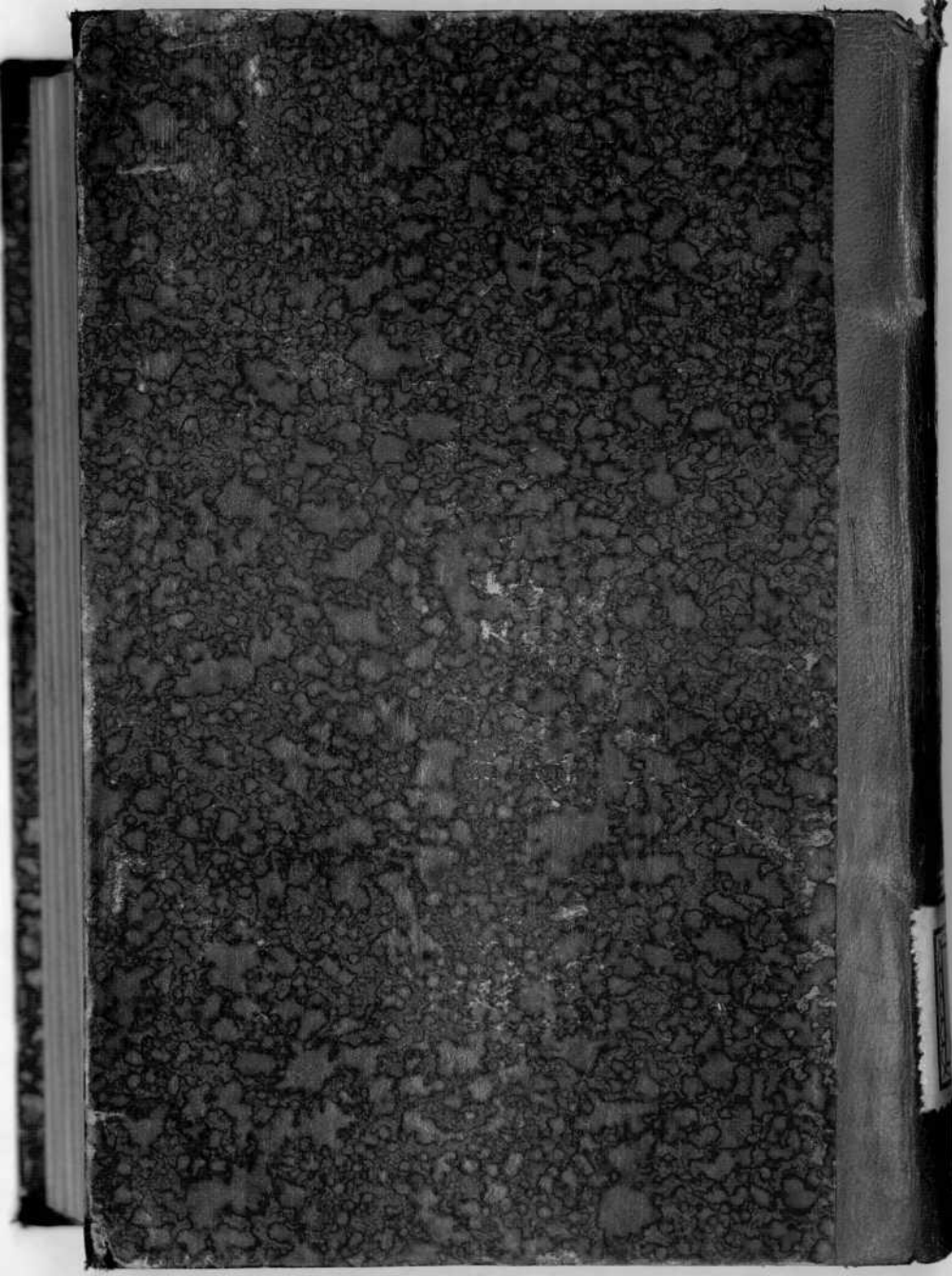












LIBRARY OF CONGRESS

PHOTODUPLICATIONS SERVICE  
UNIVERSITY MICROFILMS INTERNATIONAL

TESTIMONIA CONTRA

DE ESPAÑA

PHOTODUPLICATIONS SERVICE  
UNIVERSITY MICROFILMS INTERNATIONAL

2

PHOTODUPLICATIONS SERVICE  
UNIVERSITY MICROFILMS INTERNATIONAL

1965

POPULAR

